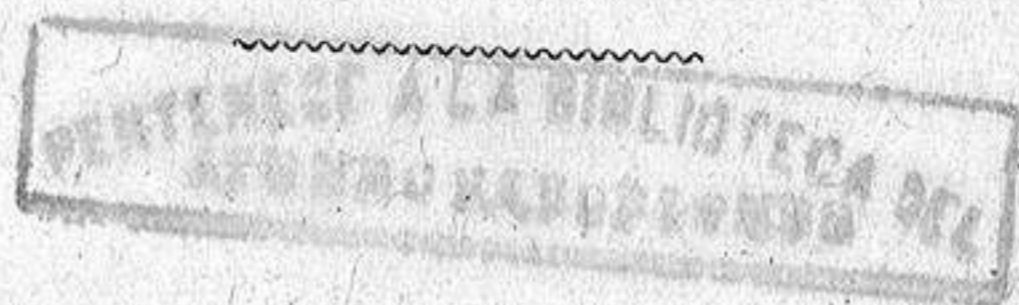


LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 16.

NUM. 192.

LA
ESPAÑA MODERNA



Director: JOSÉ DE LÁZARO

DICIEMBRE 1904

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle del Tutor, núm. 22.—Teléfono 2.000.

10.185

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

RECUERDOS

Pasé, como decía en el artículo anterior, el Canal de la Mancha, y lo pasé por la parte más ancha del Estrecho, que fué una mala idea, fundada en una mal entendida economía, porque una hora más de mareo compensa con exceso la economía de unos cuantos francos.

Muchas veces he cruzado el Canal de la Mancha, ninguna con tanta molestia como la primera; porque de la segunda en adelante siempre pasé el Estrecho por lo más estrecho, es decir, por la línea Calais-Dover.

Pero la vez primera que hice este viaje pagué la novatada.

Siempre se paga la novatada, y quién sabe si en esta existencia lo pasamos tan mal, con tantas penas, angustias y desazones, porque estamos pagando la novatada del existir.

¡La novatada del existir! Me parece que he hecho una frase muy profunda. Un filósofo alemán tendría con ella bastante, desarrollándola convenientemente, para publicar una obra en dos ó tres tomos.

Pero volvamos al viaje por el Estrecho. Desde París vinimos en compañía de una familia americana, con quien trabajamos amistad por el solo motivo de hablar todos español.

Acompañaba á la familia, ó como amigo ó como deudo, un joven elegante, refinado y de buena presencia, á quien debo mencionar especialmente, porque al llegar á Londres fué el protagonista de una escena cómica, digna de figurar en un *vaudeville* disparatado.

El joven se llamaba Luis, y por las bromas que le daban sus compañeros y compañeras de viaje, claramente se deducía que era todo un Tenorio á la americana.

En la travesía, á pesar de sus bríos amorosos, de su elegancia y de su juventud, se mareó de una manera horrible y grotesca.

Se le arrugó el traje, se le desató el nudo de la corbata, cayéronsele lacios los bigotes con prosaicas salpicaduras del mareo, se le descompuso el artístico peinado, se le enturbiaron los ardientes ojos, y resultó todo él el Tenorio más averiado que ha podido imaginar el más realista de los escritores.

No dejaban de burlarse de Luis sus compañeros de expedición, preguntándole á cuántas inglesas proyectaba enamorar; pero no estaba el pobre chico para empresas amorosas.

De mi mareo nada diré, pues fué la segunda edición, notablemente aumentada, aunque no corregida, de aquel otro mareo del golfo de Lyon.

Al fin llegamos á tierra firme, y en cuanto tomé tierra desapareció el mareo; pero el joven Luis siguió tan mareado como en el Estrecho, y con fuertes dolores de estómago, que fué una complicación más, como demostraron los acontecimientos.

La familia americana, sabiendo que era la primera vez que íbamos á Londres, nos recomendó una casa española, que no era propiamente una fonda, y en que había algo de las costumbres de la familia inglesa y de su recogimiento y severidad.

Aceptamos la recomendación, y todos nosotros fuimos á parar á la casa en cuestión.

Era, en efecto, severa y confortable: las habitaciones buenas, el servicio correcto, la señora que estaba al frente, y que era la propietaria, hablaba español como una española; era verdaderamente hermosa, y de unos treinta años cuando más; vestía con buen gusto y elegancia, y se mostraba amabilísima con toda su familia: advirtiéndome que su familia éramos nos-

otros, es decir, los huéspedes, ó, de otro modo, los que pagábamos.

No sé si aquella señora era soltera, viuda ó casada: sólo sé que ella mandaba en jefe, que á todo acudía con gran solicitud, que para todos tenía una sonrisa bondadosa, y que su aspecto era señorial.

Lo único malo era la comida, y por eso nunca me fué simpática aquella buena señora, á pesar de su elegancia, sus maneras y su solicitud; una comida detestable, sin jugo, ni gracia, ni substancia.

Sopas muy cargadas de mostaza y muy claruchas, rosbif por activa y rosbif por pasiva; ningún plato de huevo, que es una de las grandes creaciones de la creación, y poquísimos pan.

Eso sí, la mesa puesta con elegancia, y ella presidiéndola dignamente, y yo muriéndome de hambre, y á cada nuevo plato de rosbif acariciando con ojos feroces la cadena de oro que la patrona, porque para mí ya no era más que una patrona, llevaba al cuello, y pensando que aquel cuello tan blanco y tan esbelto bien podría apretarse con la elegante cadena, con lo cual se daría punto final á la fila de platos de rosbif y de dulces agrios, y de copitas de Jerez falsificado.

Entro en estos pormenores, porque para mí la cocina es una de las cosas más esenciales que existen en el universo mundo. Y yo, que no soy rencoroso por carácter, ni olvido nunca una buena comida ni perdono una comida mala.

Y vamos á parar á la aventura del elegante D. Luis, que por lo enamorado podría llamarse D. Luis Mejía y por el estado en que llegó á Londres *el rigor de las desdichas*.

Desde que entró en la casa y observó á la dueña empezó á lanzarla miradas de carnero moribundo, y todos sus compañeros y compañeras de viaje empezaron á darle bromas.

—Conténte, Luis.

—Mira que no estás para empresas amorosas.

—Espera á que se te pase el mareo.

—Rízate otra vez el bigote y ponte camisa limpia.

—¡Prudencia, Luis, prudencia! Que en Inglaterra es muy peligroso hacer el Tenorio.

Y en efecto, Luis nada contestaba, porque le seguían los mareos, el dolor de cabeza, las náuseas y el malestar del estómago, que, según decía, íbase acentuando cada vez más.

Lo que pasó después, se supo y se comentó y se celebró con grandes carcajadas.

La escena fué como sigue:

Luis, saliendo de su cuarto todo desencajado y oprimiéndose el vientre, se dió á vagar por los salones y por los pasillos de la casa.

Se encontró á un criado, y en español, y muy bajito, le hizo una pregunta; el criado no le comprendió, porque los criados y las doncellas de aquella casa española no hablaban más que inglés.

Le saludó respetuosamente, y le volvió la espalda.

Siguió el pobre Luis su peregrinación, y repitió la misma pregunta, con mayor angustia, á una criadita inglesa, que tampoco le comprendió una palabra y que, pronunciando con suma dulzura algunas palabras en inglés, se retiró, dejándole al pobre en la misma desesperada situación.

Continuó cruzando corredores, entreabrió una puerta que creyó ver teñida del color de sus esperanzas; pero la voz cascada de una vieja le hizo retroceder.

Hasta que al fin vino á su encuentro la dueña de la casa y plantó ante el atribulado mancebo su hermosa figura, diciéndole en perfecto castellano «que los criados le habían manifestado que un caballero de los que acababan de llegar, les decía algo que ellos no comprendían, y que dispensase, porque el único criado que hablaba español había salido».

Aquí de los apuros del pobre Luis.

¿Cómo explicarle á aquella señora tan hermosa y tan elegante, cuál era su miserable situación y cuáles sus prosaicos deseos y sus angustiosas necesidades?

Cruzar por primera vez la palabra con una dama bellísima para revelarle las tristes consecuencias del mareo, oponiendo á tanta poesía tanta prosa, unir á lo ideal lo grotesco, era humillación y vergüenza, y era comprometer todo un porvenir de ilusiones.

Pero la necesidad carece de ley, como dice el adagio latino *necessitas caret legis*, ó, como otros traducen, la necesidad tiene cara de hereje.

Y así, el pobre joven, cediendo á la urgencia del caso, bajando los ojos y sonriendo tristemente, hizo como pudo su confesión.

La señora acentuó la sonrisa, le guió en la peregrinación vergonzosa, y, señalándole una puerta que ostentaba una W colosal, se retiró siempre sonriente y como nunca discreta.

La historia se supo aquel mismo día, y era de oír cómo todos embromaban al pobre Luis, repitiendo en formas diversas esta misma idea:

«Pero Luis, es usted un Tenorio incorregible: apenas llegó usted, y ya hizo usted su declaración á la dueña de la casa.»

Y fué regocijado tema de todas las conversaciones la declaración de Luis.

* * *

Tuve suerte al llegar á Londres, porque el tiempo era malísimo: el cielo oscuro, una niebla espesa envolviendo la ciudad, las calles enlodazadas.

Y digo que tuve suerte, porque ésta es la nota característica de la gran ciudad del Támesis, y por eso produjo en mí Londres una impresión extraordinaria, quizá más impresión que París. Conocer Londres de otro modo, no es conocerlo.

París es espléndido, alegre, lleno de vida, y de luz en el verano, mas era una ciudad á la manera de otras que yo había visto: muy grande, muy hermosa, lujosísima, resplandeciente, la primera ciudad del mundo, y con todo ello parecida á otras muchas.

Algo en mayor escala, pero respondiendo al mismo tipo.

Yo, de antemano, me figuré cómo sería París, y la realidad resultó en consonancia con la imaginación.

Londres era otra cosa distinta.

Calles que no concluían nunca y en que alternaban grandes edificios de piedra, ya un frontón griego, ya una columnata, con casas de ladrillo obscuro, ennegrecido por el humo, y con otras casuchas miserables, adornadas de innumerables muestras y anuncios de colores chillones; y de pronto la prolongada verja de un parque.

Algunas calles animadísimas, tanto como las de París; otras solitarias á las doce del día, como calles de una ciudad muerta.

Por ejemplo, la calle en que yo vivía ¡qué extraña resultaba! No era muy ancha, y no se veía ni el principio ni el fin, porque en ambas extremidades se condensaba la niebla.

Entre sus velos, y á lo lejos, se divisaba un pórtico coronado por un frontón, y la piedra, manchada á trechos con ráfagas negras, parecía algo así como una colosal fotografía. El resto de la calle se componía, en sus dos aceras, de casas de ladrillo obscuro, formando dos largas fachadas, en que se abrían ventanas cerradas por cristales, todos del sistema llamado de guillotina.

Tras los cristales se adivinaban gabinetes de la burguesía acomodada, limpios y correctos.

Pero lo que más extrañeza me causaba era ver que en una y otra acera se abría delante de las casas algo así como un prolongado foso, en cuyo borde corría una barandilla de hierro, cuya forma cambiaba de una casa á otra.

Aquello me parecía simbólico. La casa inglesa es como una fortaleza: el foso la defendía.

El inglés se encastillaba *at home*, en su casa, y para entrar en ella había que salvar el foso como se salva el de un castillo: echando el puente levadizo.

Los tejados aún eran más extraños: estaban llenos de in-

numerables tubos de chimenea, cubiertos en la parte superior con caperuzas de arcilla de color muy rojo.

Y como todo esto estaba envuelto por la niebla, el foso y el tejado tomaban formas fantásticas, y me figuraba que en los tejados danzaba un enjambre de monos con gorras coloradas.

Serían los defensores de la fortaleza, que desde arriba se asomaban á ver si alguien era osado á traspasar el foso.

En lo que de la calle se alcanzaba había varios pasos ó *crossing*, y en ellos se habían establecido pordioseros con andrajosos trajes de caballeros y señoras; ellos con levitas raídas, ellas con sombreros de paja desteñida y casi deshecha, y unos y otros sin pedir limosna, marchaban delante del que cruzaba el paso, barriendo el barro ó haciendo que lo barría.

Todo este cuadro, que está tomado fielmente de la realidad, lo veo ante mí como hace cuarenta y cuatro años: es de las cosas que se han quedado grabadas en mi imaginación con mayor fijeza.

Durante mi estancia en Londres le escribí una carta á uno de mis amigos, no sé si á Broockman ó á Caunedo, y estoy seguro que la descripción que hoy hago es idéntica en el fondo á la que entonces hice.

*
* *

Los pocos días que pasé en Londres bien los aproveché; vi cuanto pude: desde la Torre de Londres hasta los Parlamentos, desde el Palacio de Cristal hasta la abadía de Westminster, desde el Jardín Zoológico hasta las figuras de cera: todo cuanto traen las guías, todo cuanto yo conocía por las novelas inglesas, incluyendo las orillas del Támesis y los parques y palacios reales.

Era un no cesar de visitar cosas nuevas, es decir, nuevas para mí, que en Londres ya eran viejas, y para muchas de ellas éste era su único mérito.

¡Qué caprichos tan raros tiene la memoria!

Uno de mis mayores anhelos era ver la tumba de Newton, con el célebre binomio grabado en la losa sepulcral.

Y debí ver la tumba y el binomio, y sin embargo, este recuerdo se ha borrado por completo de mi memoria; ni siquiera recuerdo haber visto el sepulcro del inmortal autor del cálculo de las fluxiones y del creador de la teoría de la atracción de los astros.

Debí verlo, indudablemente lo vi; pero no recuerdo haberlo visto.

Y en cambio, estoy viendo ahora mismo los dos fosos que corrían delante de las casas de la calle en que yo vivía, y las chimeneas, imitando monos de gorra encarnada, en los tejados.

¡Sea usted inmortal para esto, y descubra usted el binomio de Newton, para que borren su divino recuerdo unos tubos de arcilla y unas caperuzas rojas!

Y nada más puedo decir de Londres en este viaje. El Palacio de Cristal, que con ser hermosísimo me pareció menos grandioso de lo que yo me había imaginado; los teatros, que me causaron gran extrañeza; los clowns ingleses, que no tienen rival en el mundo, y el idioma inglés, que en labios de una *lady* es más dulce que el italiano, porque al hablar dijérase que anhelan y suspiran.

Muchas de ellas parecen tísicas poéticas. La pronunciación de este idioma, áspero de suyo, en los labios de las señoritas inglesas es de lo más poético que puede imaginarse.

Y se acabó la expedición á Londres, afortunadamente sin que volviera el buen tiempo, sin ver el sol en los tres ó cuatro días que allí estuve, adivinándolo tan sólo á la caída de la tarde, por una mancha rojiza y sin contornos que se difuminaba en la niebla.

Vuelta al Estrecho, vuelta al mareo y vuelta á París.

Del poco tiempo que en esta capital estuve por vez segunda, nada recuerdo importante.

Sí: de mi salida para Strasburgo tengo un recuerdo, y poco agradable, en verdad. Que perdí en la estación unos botones de brillantes de bastante valor.

Yo no sé si este hecho tendrá importancia para la Historia; pero ¡cuántos hechos históricos hay que no valen mucho más!

Tal vez algún lector de mal carácter la ejerza de crítico implacable con estos artículos, pretendiendo que mis recuerdos ni tienen valor por sí, ni tienen mérito literario, por la forma desaliñada y vulgar en que los voy exponiendo, ni semejantes pequeñeces tienen interés para nadie.

Pero vamos despacio.

Si bien se mira, la vida de todos los seres, todos los fenómenos de la Naturaleza y todas las masas planetarias, están compuestas de pequeñeces también.

Cójase un granillo de arena, y nada más pequeño, más insignificante, más insustancial; y, sin embargo, de granillos insignificantes se componen las soberbias montañas.

Si por insignificante se suprime cada uno de ellos, la montaña desaparece y al ras queda de cualquier arenal.

No es gigantesca, ciertamente, una gota de agua, pero de gotas de agua se componen los océanos; y si porque cada una de ellas nada vale se suprime una, y otra después, y después otra, y así sucesivamente, los abismos del mar se quedan en seco.

Una integral, diría cualquier matemático, es la suma de diferenciales; pero si todas las diferenciales se anulan, se anula con ellas la integral.

Si porque cada hecho de los que constituyen la trama de la vida es un hecho vulgar se desprecia, la vida, lo más admirable, lo más profundo y lo más inexplicable, se desvanece en la nada.

De modo que hay que andar con mucho cuidado en desdeñar lo infinitamente pequeño y en pretender anularlo.

¿Por qué cada una de estas pequeñeces, el grano de arena, la gota de agua, un hecho vulgar de la vida humana, con ser

cosas tan mínimas, no han de ser otros tantos centros del Universo?

Yo creo que el Universo es un sistema de infinitos centros, algo así como la senoide trigonométrica, en que es un centro cada punto de inflexión, y que tiene centros en número infinito; y apuesto cualquier cosa á que el lector criticón, que encuentre mal mis artículos, no entienda esta última imagen geométrica, lo cual probará evidentemente su ignorancia; y, sin embargo, él mismo será un centro más de la máquina mundiana, y quién sabe si la máquina se desquiciaría suprimiendo este centro ú otro cualquiera.

* * *

Quedamos en que tomé el tren para transportarme á Turín; y de este viaje sólo conservo en los cuadros fotográficos de mi memoria tres ó cuatro puntos brillantes: todo lo demás queda envuelto en las nieblas del olvido.

El primer punto brillante, que por desdicha se convirtió en punto obscuro, es el de cualquiera de los tres brillantes que perdí á mi salida.

El segundo es el recuerdo de mi paso por Strasburgo.

Es una ciudad muy triste: verdad es que llegué de noche y que me marché á las nueve de la mañana.

Sólo recuerdo que me levanté muy temprano y que me fuí á ver la catedral.

Pasar por Strasburgo y no ver la catedral hubiera sido pecado imperdonable.

Pero casi no la vi.

Vi con las luces de la mañana una masa enorme: entré en ella, y vi naves envueltas en sombra; por las cristalerías entraban las luces del alba, y nada más; pero todo ello grandioso: la nota sublime vibrando en las piedras oscuras y perdiendo sus ondas en las nieblas de la mañana.

Ni vi más, ni tuve tiempo para más.

Recibí una sensación, una sensación vaga de sombras, nieblas, luces del amanecer, bóvedas ojivales y torres muy altas, algo así como gigantes de piedra escalando el caos.

Y de la catedral me marché al tren, que fué dejar á mi espalda un mundo, el de la fe religiosa, las grandes catedrales, las almas que se escapan por las puntas de las ojivas, una civilización que fué; y ante mí la estación del ferrocarril, las barras de la vía, dos líneas paralelas que también hablan de lo infinito, porque en lo infinito dicen los matemáticos que se encuentran, y esta fórmula, siquiera sea simbólica, tiene también su grandeza.

La crítica moderna niega lo infinito, y, sin embargo, lo infinito se encuentra en todas partes: en los vértices de las ojivas, que pugnan por subir y buscan lo infinito en la altura; en las barras paralelas de las vías de hierro, que buscan lo infinito en el horizonte, á ras de tierra.

Lo infinito, al pasar de una á otra civilización, ha descrito un cuadrante.

Y sobre estas barras, la locomotora, monstruo de hierro que corre llevando fuego dentro.

Todas estas reflexiones no las hice entonces; de modo que no son recuerdos.

Entonces lo único que me apuraba era el temor de perder el tren.

Me encontraba como aquella familia inglesa que visitó á Víctor Hugo, y de que hablé en una de mis crónicas anteriores. A las seis de la mañana, á la catedral; á las ocho de la mañana, á la estación del ferrocarril.

Y no lo perdí, ciertamente; que yo nunca he perdido ningún tren: verdad es que tomo la precaución de llegar dos horas antes de la salida.

Del tren sólo recuerdo que los coches eran muy cómodos y muy elegantes.

A medida que recorro mi vida, voy cayendo en la cuenta que soy un sibarita. Me gusta comer bien, me gusta viajar con

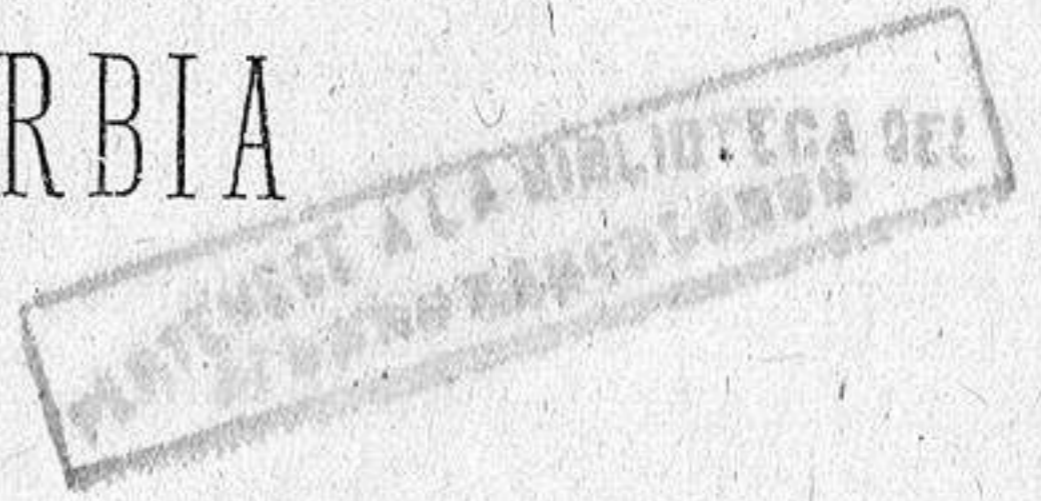
comodidad; pero no creo que ni uno ni otro gusto puedan clasificarse entre los pecados capitales.

Y así hasta que llegué á Basilea: no quisiera equivocarme, pero creo que fué Basilea, y por si hay error téngase en cuenta que hablo de memoria, y es posible que cometa errores cronológicos ó geográficos enormes ó disparatados.

Quedamos para otro artículo en que llegué á Basilea.

JOSÉ ECHEGARAY

SOBRE LA SOBERBIA



Sólo odiamos, lo mismo que sólo amamos, lo que en algo, y de una ó de otra manera, se nos parece; lo absolutamente contrario ó en absoluto diferente de nosotros no nos merece ni amor ni odio, sino indiferencia. Y es que de ordinario lo que aborrezco en otros aborrézcolo por sentirlo en mí mismo; y si me hiere aquella púa del prójimo, es porque esa misma púa me está hiriendo en mi interior. Es mi envidia, mi soberbia, mi petulancia, mi codicia, las que me hacen aborrecer la soberbia, la envidia, la petulancia, la codicia ajenas. Y así sucede que lo mismo que une el amor al amante y al amado, une también el odio al odiador y al odiado, y no los une ni menos fuerte ni menos duraderamente que aquél.

Hay con frecuencia, ó un sostén ó un sedimento de amor en el fondo de no pocos odios; muchas personas se aborrecen, ó creen más bien aborrecerse, porque se respetan, se estiman, y hasta se quieren mutuamente. Y para no quedar solo en esta que parecerá á muchos forzada paradoja, quiero aquí aducir dos sentencias del originalísimo asceta y pensador yanqui Enrique David Thoreau, quien dice en una, en prosa, que «á nadie tenemos más derecho para odiar que á nuestro amigo»; y en la otra, en verso, que «sería traición á nuestro amor y un pecado contra el Dios del cielo borrar una sola jota de un odio puro é imparcial».

A menudo ocurre que se pasa uno la vida combatiendo la intolerancia de los demás, y si lográis arrimaros á su espíritu

y registrarlo con vuestra mirada, veréis que está combatiendo su propia intolerancia.

Los absolutamente humildes no se escandalizan ni apenas se conduelen de la soberbia ajena, como los verdaderamente pródigos no se indignan de la avaricia de los demás. ¿Qué espíritu ha combatido al espíritu de la soberbia siempre? El espíritu de la soberbia misma. No tenéis sino ver las prevenciones que los humildes de profesión han tomado siempre para que su humildad no se convierta en soberbia; no tenéis sino ver con cuánta frecuencia los maestros de la vida espiritual, al comentar aquello de que quien se humille será ensalzado, nos advierten que el humillarse en vista de ello, para ser ensalzado por haberse humillado, es la más refinada soberbia.

Podría acudir á muchos y doctos maestros; pero me es más cómodo y más manual tomar á uno nuestro, á uno español, que resumió á todos los que hasta su tiempo habían adoctrinado á los espirituales. Me refiero al B. V. Padre Alonso Rodríguez, de la Compañía de Jesús, muerto á los noventa años de su edad y setenta de religioso, en 1616. Este docto varón nos dejó un libro, de apacible y tersísimo discurso, aunque algo prolijo, y es el *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*. Divídese en tres partes, y en la segunda de ellas dedica el tratado tercero á la virtud de la humildad.

En este tratado discurre de la falsa humildad, como es la de aquellos que fingen pobreza, á cuyo propósito hace notar que «es menester que la pobreza ande siempre muy acompañada de humildad, porque la una sin la otra es cosa peligrosa; fácilmente se suele criar un espíritu de vanagloria y soberbia del vestido pobre y vil, y de allí suele nacer un menosprecio de los otros; y por esto San Agustín huía de muy viles vestiduras, y quería que sus religiosos trajesen vestidos honestos y decentes para huir de este inconveniente» (cap. III). Y más adelante (cap. V) dice que la humildad no consiste en traer vestidos viles y despreciados ó en andar en oficios bajos y humildes; «no consiste en eso, porque ahí puede haber también

mucha soberbia y desear uno ser tenido y estimado por eso, y tenerse por mejor y más humilde que otros, que es la fina soberbia». Retened esto de que la fina soberbia es desear uno ser tenido y estimado por más humilde que otros; y vamos adelante con el tratado.

El cual, en su capítulo XIII, en que se discurre del segundo grado de humildad y se declara en qué consista este grado, dice esto: «¡Ay! dice San Gregorio, que muchas veces eso es lo que pretendemos con nuestras hipocresías y humildades fingidas, y lo que parece humildad es soberbia grande. Porque muchas veces nos humillamos por ser alabados de los hombres y por ser tenidos por buenos y humildes. Si no, pregunto yo: ¿para qué decís de vos lo que no queréis que crean los otros? Si lo decís de corazón, y andáis con verdad, habéis de querer que los otros os crean y os tengan por tal; y si esto no queréis, manifiestamente mostráis que en eso no pretendéis ser humillado, sino ser tenido y estimado. Esto es lo que dice el sabio: *Hay algunos que se humillan fingidamente, y allá en lo interior su corazón está lleno de soberbia y engaño.* Porque ¿qué mayor engaño que buscar ser honrado y estimado de los hombres? Y ¿qué mayor soberbia que pretender ser tenido por humilde? Pretender alabanzas de la humildad, dice San Bernardo, no es virtud de humildad, sino perversión y destrucción de ella. ¿Qué mayor perversión puede ser que esa? ¿Qué cosa puede ser más fuera de razón que querer parecer mejor, de donde parecéis mejor? Del mal que decís de vos queréis parecer bueno y ser tenido por tal; ¿qué cosa más indigna y más fuera de razón? San Ambrosio, reprendiendo esto, dice: Muchos tienen apariencia de humildad, pero no tienen la virtud de la humildad; muchos que parece que exteriormente la buscan, interiormente la contradicen».

Ya estoy oyendo, al llegar aquí, que más de un lector tuerce el gesto y exclama: ¡Sutilezas de claustro! Y no seré yo quien le contradiga, sino que, poniéndome de acuerdo con él, exclamaré también: ¡Sutilezas de claustro! Sutilezas de claus-

tro, sí, en que el recogido tiembla ante aquello mismo de que huyó y que dentro de sí mismo lo lleva. Porque siempre he creído que los que huyen del mundo se llevan al mundo dentro dentro de sí, y que hay, por el contrario, muchos que, viviendo en el mundo, le tienen cerradas las puertas de su corazón.

Ya dijo, entre otros, Emerson, que «es fácil vivir en el mundo según la opinión del mundo, y fácil vivir en la soledad según la nuestra; pero el hombre grande es el que en medio de la muchedumbre mantiene con perfecta mansedumbre la independencia de la soledad».

A los mundanos, á los que viven en el mundo y del mundo, encenagados en él, según esos espirituales de la huída, les sorprenden de ordinario las pinturas que de los vicios mundanales suelen hacer los que viven retirados en el claustro, pinturas en que, pretendiendo afearlos, en realidad los embellecen.

Un hombre que no había negado nunca á su carne ninguno de los apetitos de ésta, y que había gustado siempre, hasta con exceso, de las mujeres, me decía en cierta ocasión, después de haber leído la descripción que de la lujuria hacía un fraile: «esto es pura mentira y pintar como querer: la lujuria es sencillamente tonta, y no hay en ella nada de estos deleites y estos ardores que el buen fraile ha soñado. La falta de sencillez lo estropea todo».

Y así es la verdad: la falta de sencillez, la falta de sinceridad, lo echa á perder todo. Y de pocas cosas hablan los claustrados con menos sinceridad que de la pasión de la soberbia. En puro temerla, van á caer en ella; y sería mucho mejor, á no dudarlo, no preocuparse de tal cosa, dejarse ser tal como se sea y decir de sí mismo lo que uno de sí mismo crea, resulte ó no soberbio para los demás.

Sospecho que lo que voy á decir escandalizará á lectores timoratos, si es que los tuviere; pero hay que decirlo: y es que no pocas veces la comisión de un acto pecaminoso nos purifi-

ca del terrible deseo de él, que nos estaba carcomiendo el corazón.

La doctrina podrá ser terrible, pero no me cabe duda alguna de que más de un matador habrá empezado á sentir compasión y hasta amor á su víctima una vez que matándola desahogó su odio en ella.

Desde un punto de vista mezquino y estrecho podrá parecer lo más malo el haber matado á uno; pero, visto desde las honduras del espíritu, lo peor es nutrir los sentidos con odio y vivir corroídos por malos deseos. No me parece monstruoso lo de aquel padre que decía á su hijo: «Anda, vé, hijo mío; rómpete las narices de un puñetazo, y luego dale un abrazo: es mejor esto que no el que evites encontrarle y sigas odiándole».

Los malos sentimientos contenidos pueden llegar á emponzoñarnos la sangre del espíritu, y éste enferma y se hace malo, y es, á las veces, mejor mil veces dejar que estallen los malos humores hacia fuera. Porque una cosa es hacer el bien y otra ser bueno, aunque se conozca al árbol por sus frutos, y las buenas acciones broten de las almas buenas.

Sí, una cosa es hacer el mal y otra muy distinta ser malo, distinción que con muy sano instinto columbra casi siempre la gente sencilla é inculta, que se enamora de sujetos tenidos por grandes pícaros, y mira con ojeriza á otros que pasan por irreprochables. Cuando oía yo decir aquello tan repetido de «en el fondo es bueno», refiriéndose á algún sujeto de fechorías y daños al prójimo, solía añadir por mi cuenta: «tan en el fondo, que es como si no lo fuera; en el fondo todos somos buenos». Pero hoy he modificado no poco mi sentimiento á este respecto, y entiendo de muy otra manera que entendía antes eso de que en el fondo todos somos buenos.

Crece de día en día mi persuasión de que hay hombres que se mueren sin haber cometido una mala acción de bulto y de alcance, y sin haber abrigado, no obstante, un solo buen deseo, alegrándose íntimamente del mal que no eran capaces de

hacer; mientras hay otros que molestando de continuo al prójimo, y aun dañándole, se mueren sin haber abrigado rencor contra nadie, sino habiendo estado llenos siempre de buen deseo.

Es mucho más frecuente de lo que podría creerse aquello de San Pablo de que «no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero hago», sentencia que antes expresó Ovidio con lo de *video meliora proboque, deteriora sequor*.

¿Quién en las luchas de la vida no ha sentido mil veces, al encontrarse con su corazón á solas, que se lo henchía honda querencia al adversario, querencia nacida de la lucha misma? Combatiendo se aprende á amar; de la común miseria surge la compasión mutua, y de la compasión el amor. Siempre he creído que la guerra es la gran purificadora de los rencores, y que no hay abrazo más efusivo ni más apretado que el que se dan los combatientes al deponer las armas. Desconfío del que no lucha, y veo siempre un mayor enemigo en el que se me somete que en el que me resiste.

La diferencia que he visto siempre entre la moral y la religión es la de que aquélla nos enseña á hacer el bien, y ésta á ser buenos; y pocos pasajes del Evangelio me levantan más el corazón que aquel de la oración en la cruz del buen bandido y la promesa que el Cristo le hizo de la vida eterna.

Creo que, por lo general, somos mejores de lo que se deduce por nuestros actos, y que de muchos puede decirse lo contrario de lo que del poeta dijo el poeta Zorrilla, y es que

hay hombre que en su misión
sobre la tierra que habita
es una planta bendita
con frutos de maldición.

El citado Thoreau decía: «Si hice alguna vez algún bien al prójimo, en su sentido, era sin duda algo de excepcional é insignificante, comparado con el bien ó el mal que estoy haciendo constantemente con ser lo que soy».

Y ved cuán frecuente es que se distingan por su constancia en los rencores los que con más cuidado evitan las violencias externas, muchos que aspiran á la espiritualidad en religión, muchos que van de tiempo en tiempo á deponer á los pies del confesor sus malas acciones, pero no sus malos sentimientos. Se ha hecho ya proverbial el *odium theologicum*, y es sabido cómo las disputas religiosas se señalan por la acritud y por la virulencia. Son muchos los que creen que es buen camino para llegar al cielo romperle á un hereje la cabeza de un cristazo, esgrimiendo á guisa de maza un crucifijo.

En la fe misma en el infierno, ¿no veis algo de demoníaco? Deséanlo muchos para el prójimo, y recuerdo aquel apóstrofe del profesor que, combatiendo á los materialistas, exclamaba encendido en demoníaco celo: «¡Almas de carbono, así arde-
réis mejor en los infiernos!» Y es, por otra parte, que temen que la gloria sea chica para albergarnos á todos, y que cuantos más allí entremos, á menos de ella nos ha de tocar á cada uno. Se les amargaría la dicha si la compartiera con ellos uno de esos herejazos á quienes en vida combatieron á sangre y fuego y á cristazos.

Y ese especial y característico *odium theologicum* es hijo de otra característica y muy especial *superbia theologica*, ó, si se quiere mejor, de la soberbia espiritual. Malo es que un hombre se ande preocupando de si es ó no es soberbio y de ahogar la soberbia en sí, y dé luego en cavilar y revolver en su cabeza si no es por soberbia por lo que trata de combatirla, y si la humildad á que aspira no es la más fina soberbia, y otras sutilezas por el estilo. Mejor es dejarlo y dejarse ser como es, á la buena de Dios, desnudando el alma y abandonándose al primer impulso. Todos esos tiquis miquis espirituales no hacen sino enconar la herida y envenenar la sangre del alma; dejarlo estar es lo seguro.

Y aquí viene como anillo al dedo lo que el Apóstol dice de la ley y de cómo la ley hace el pecado, pues no se conoce el pecado sino por la ley, porque no se conocería la codicia si la

ley no dijera: «No codiciarás». Y el pecado, tomando ocasión de la ley, obra en nosotros codicia, ya que sin la ley estaba el pecado muerto; mas en cuanto viene el mandamiento, revive (Rom. VII, 7-9). Siempre, al leer las epístolas de Pablo de Tarso, me he detenido en este pasaje y en aquello de los que, sin tener ley, hacen naturalmente lo que es de la ley, y son ley para sí mismos, pues la llevan escrita en sus corazones (Rom. II, 14-15), y me he dicho: ¿Para qué acongojar al ánimo restregándole la ley escrita, que es muerte, y no dejarle que descubra su ley viva, la que en sus entresijos yace? Y esta ley viva es la ley de la sinceridad; es que correspondan á nuestras entrañas nuestras *extrañas*, que sea nuestro proceder hijo de nuestro sentir y nuestras palabras revelación de nuestros pensamientos.

Este debe ser nuestro hito: ¡sé sincero! Y si por dentro te tienes en algo, no lo ocultes por estudiada humildad, que cuando es de estudio la humildad deja de serlo.

Humildad rebuscada no es humilde, y lo más verdaderamente humilde en quien se crea superior á otros es confesarlo, y si por ello le motejan de soberbio, sobrellevarlo tranquilamente. Dice el susodicho P. Rodríguez en el cap. V del tratado que cité que, según San Bernardo, «el verdadero humilde desea ser tenido de los otros en poco, no por humilde, sino por vil, y gózase en eso». Y ¿no será fina humildad soportar, ya que no desear, ser tenido por soberbio? Aunque yo entiendo que la más fina, la más sencilla humildad es no cuidarse en ser tenido por nada, ni por humilde ni por soberbio, y seguir cada uno su camino, dejando que ladren los perros que al paso nos salgan, y mostrándose tal cual es sin recelo de habladurías.

Dicen muy piadosos varones que las virtudes de los paganos no eran sino falsas virtudes, pues se fundaban en vanagloria. Y las de esos cristianos de cabeza que buscan ser virtuosos por estas ó aquellas razones, y acaso en esperanza de la gloria, ¿son virtudes finas y espontáneas? Todo lo rebuscado

es falso, y humildad que vaya á aprenderse de libros ascéticos es casi siempre falsa humildad. Y conoceréis su falsedad en una cosa, y es que los falsamente humildes se escandalizan de los soberbios.

Todo lo rebuscado es malo, y eslo, por lo tanto, la soberbia rebuscada, la falsa soberbia, que es una de las más frecuentes. El fingimiento de soberbia es de lo que más á menudo he topado en mi vida, y cuidado que ésta no es aún larga.

Hablábame en cierta ocasión un amigo de un sujeto, conocido mío, y me decía: «No lo puedo soportar: tiene una soberbia que apesta; no acierto á comprender cómo se tiene en tan alto aprecio á sí mismo». Y hube de contestarle: «Estás equivocado: ni es soberbio, ni se tiene en tal aprecio». Y le expliqué cómo era eso una astucia que usaba el hombre para defenderse de los que le tenían por majadero, fingiendo tenerse él por un genio ó poco menos, pues es la cuenta que se echaría: «tal vez á fuerza de dar yo á entender que soy un genio, llegue alguno á creérmelo». Y es que nunca he tomado tan á pechos lo de «conócete á ti mismo», que haya llegado á creer que es lo más difícil conocerse y que haya pocos que se conozcan. Creo, por el contrario, que los más de los hombres se conocen bastante bien, y que si les hiere el que se les eche en cara sus defectos, es porque ellos mismos se los han echado antes.

Abrigo la cada vez en mí más arraigada convicción de que cuando el hombre se encuentra á solas, cara á cara consigo mismo, suele juzgarse con severidad reconociendo sus propias faltas, aunque luego se arredre de reconocerlas ante los demás, y se ponga á disculparse y justificarse á sí mismo. Y aún hay más, y es que este abrumamiento de la conciencia sobre sí misma es la pesadumbre mayor de la vida, y del que necesitamos se nos aligere para poder marchar desembarazados y escoteros por el camino de ella. Así le ocurre al que, encarándose á solas consigo mismo, da en cavilar en su soberbia, y en si molesta ó no á los otros con sus aires de superioridad é indife-

rencia. Dejémonos de ello y obremos, que la soberbia que obra está ya salvada y no emponzoña.

Tomás Carlyle, en el capítulo XI, *Trabajo*, del libro tercero de su «Pasado y Presente» (*Past and Present*), dice: «El último Evangelio en este mundo es: conoce tu obra y llévala á cabo. «¡Conócete á ti mismo!» Largo tiempo te ha atormentado ese tú mismo; jamás llegarás á conocerlo, estoy seguro. No es tu tarea la de conocerte á ti mismo; eres un individuo inconocible; conoce lo que puedes obrar, y óbralo como un Hércules!» Tales son las palabras de Carlyle, de quien algunas veces he tomado sentencias, pero siempre citándole en tales casos, para que lo sepan los badulaques que hablan de él y de mí sin haberlo leído.

La mala es, en efecto, la soberbia ociosa, la que se limita á la propia contemplación y á repetir el «¡si yo quisiera!...» Mas desde el momento en que, persuadido uno de su superioridad, se lanza á obrar y desea que esa superioridad se manifieste en obras, cuando su soberbia pasa de contemplativa á activa, entonces pierde su ponzoña, y hasta puede llegar á ser, y de hecho llega á ser muchas veces, una verdadera virtud, y virtud en el sentido más primitivo, en el etimológico de la palabra *virtus*, valor. Soberbia cuyos fundamentos se ponen al toque de ensayo y comprobación de los demás, deja de ser algo malo. La soberbia contemplativa es la que envenena el alma y la paraliza; la activa, no. La mala es la soberbia del que por no ver discutida, ó aun negada, su superioridad, no la pone á prueba. La lucha purifica toda pasión.

Buscad la soberbia, antes que en aquellos que se echan á la calle y se muestran á las miradas de todos y al juicio de todos exponen sus palabras y sus actos, en los que no salen de casa ni rompen el coto de su vida privada, en los que dicen que los tiempos están muy malos, y no les queda á los buenos sino lamentarlo y aislarse del contagio del mal y pedir á Dios misericordia.

Estos tales son los soberbios de verdad, los que se enfure-

cen de que se ponga en duda su virtud, los que se amedrentan ante la censura pública. Sólo se decidirían á obrar si se les garantizase el buen éxito.

El acto de más grande humildad, de verdadera humildad, es obrar. Los místicos y ascéticos cristianos han comentado mil veces el supremo acto de humildad que significa la encarnación del Hijo de Dios y su muerte por redimir á los hombres; pero no sé de ninguno de ellos que haya visto en el acto mismo de la creación, tal cual la ortodoxia lo enseña, un acto de suprema humildad. Dicen los teólogos que Dios llenaba la eternidad contemplándose á sí mismo, y de lo que de activo hay en toda contemplación, que exige, cuando menos, contemplador y cosa contemplada, é implica en el sujeto que se contempla á sí mismo cierto desdoblamiento de la personalidad, de esa actividad contemplativa sacan el misterio de la Trinidad; pero no sé que se les haya ocurrido decir que el crear el mundo, no siendo necesario sino voluntario en Dios, implica la más grande humildad, la soberana lección de humildad, pues hace un mundo y luego hace hombres que lo juzguen y lo censuren, y expone así su obra á los juicios de sus criaturas. Y de aquí podrían deducir que nuestra existencia misma arranca de un acto de divina humildad. Todo lo cual son reflexiones que me sugiere la doctrina tradicional ortodoxa de la creación del mundo y de la esencia de Dios, sin que me meta á juzgar ahora de esta doctrina, ni á rechazarla ni á adoptarla. Mas una vez supuesta ella, se me ocurre ver en esa actividad *ad extra* la divinidad de la humildad. Obrar es ser humilde, y abstenerse de obrar suele, con harta frecuencia, ser soberbia.

Observad que las pinturas más sombrías de los males de la soberbia proceden de los abstinentes, de los que se abstienen de obrar, de los más puramente contemplativos. Es que la sienten en vivo. Las más acabadas pinturas de los estragos de la soberbia vienen de los profesionales de la humildad, de los que toman la humildad por oficio, presos de la soberbia con-

templativa, como las más vivas pinturas de la lujuria vienen de los que han hecho voto de castidad. Mala cosa es siempre violentar á la naturaleza, en vez de dejarla á que se purifique en la acción. Esa contemplación abstinerente forma los espíritus rumiantes.

Llamo rumiantes á los hombres que se pasan la vida rumiando la miseria humana, preocupados de no caer en tal ó cuál abismo. Llega á ser enfermedad terrible, y enfermedad que produce verdaderas úlceras en el estómago espiritual. Y una úlcera en el estómago es cosa grave, porque roto el epitelio, que resiste á los jugos mismos que segrega el estómago, y con los que disolvemos los manjares; roto ese epitelio protector, empieza el estómago á digerirse á sí mismo, y se destruye y se daña. Y así esas almas de rumiantes contemplativos suelen acabar por digerirse á sí mismas, por disolverse en el jugo de sus propios escrúpulos, celos y cavilaciones. Es lo que les pasa á muchos que huyen del mundo para encontrarse consigo mismos, sus peores enemigos. Dicen que los enemigos del alma son tres: el mundo, el demonio y la carne; pero hay que añadir un cuarto y peor enemigo: el alma misma. A no ser que este enemigo, al que otros llaman el satánico yo, no esté incluido en el demonio.

El satánico yo es dañino mientras lo tenemos encerrado, contemplándose á sí mismo y recreándose en esa contemplación; mas así que lo echamos afuera y lo esparcimos en la acción, hasta su soberbia puede producir frutos de bendición. La inocencia de un niño, flor de la vida, suele ser la redención de los más impuros hartazgos de la carne de sus padres; por criminal que una pasión sea—hablo aquí el lenguaje corriente,—el fruto humano de ella es bendito. Un bastardo que llegue á héroe, ¿quién duda que es más para la humanidad que un legítimo que se quede en cobarde retiro?

Recuerdo ahora un soberbio, un hombre á quien tenían muchos por la encarnación de la soberbia. Y ese hombre, hombre animoso y fuerte, henchido de vida, se lanzó á obrar y á

luchar, y caminó de fracaso en fracaso, de tropiezo en tropiezo, entre las rechiflas de las gentes. Y continuó obrando, y cuanto más se burlaban de él, más intensa era su actividad; y vinieron los días de la indiferencia y del silencio en torno de él, y continuó obrando. Y decían las gentes: «¡pobre hombre, está loco! los fracasos le acrecientan la soberbia; cuanto en menos le tienen los demás, en más se tiene él á sí mismo». Y murió, y luego de haber muerto, venció. Y venció porque no fué nunca soberbio, realmente soberbio, con la soberbia contemplativa del retraído, del que se recoge en sí á los primeros golpes ó al sentir los primeros fríos del desdén ambiente; porque fué un hombre realmente humilde, con la verdadera humildad, con la humildad del que se entrega y se reparte y no se reserva. Tenía fe en sí mismo.

Tenía fe en sí mismo, fe de que carecen los soberbios contemplativos; para creer en sí no necesitaba que los demás creyesen en él. Tenía fe en sí mismo, y esta fe brotaba de su plenitud de vida. Tenía que obrar, para él no había otro remedio sino obrar; tenía que engendrar y gestar y parir pensamientos vivos, porque, como Raquel, sentía que habría de morirse de no tener hijos. Y esos pensamientos los echaba al mundo, á morir ó á vivir entre las gentes, al aire libre y á la luz de todos, llevando en su palabra la gloria ó la infamia de su padre: eran sus hijos, eran sus hijos, que hoy mantienen vivo su espíritu entre nosotros.

¿Qué es la soberbia colectiva, uno de los pecados que á peor traer nos traen en España? Secularicémosla, porque es una soberbia claustral, contemplativa, una soberbia que no se vierte en obras por temor al fracaso. Es soberbia marroquí, fundada, más que en su propio conocimiento, en ignorancia de lo ajeno; es soberbia faquiresca ó soberbia de yogui que se aduerme contemplándose el ombligo.

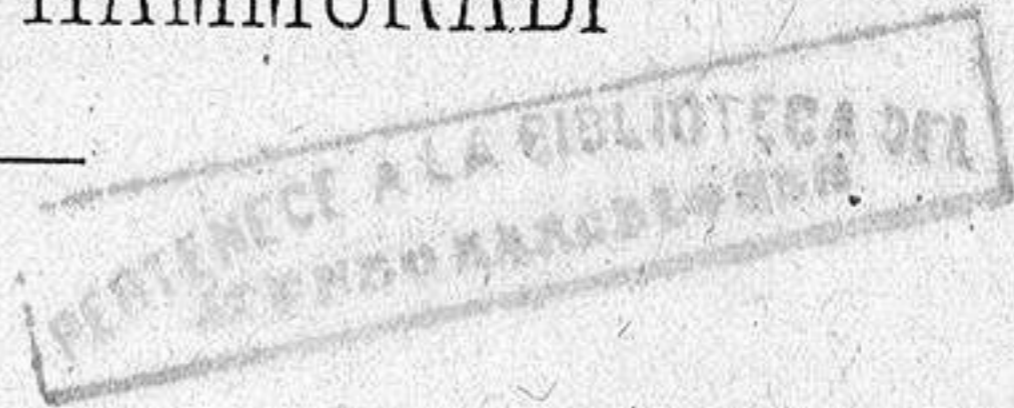
Desclaustrémosla, secularizándola; echémosla de la contemplación á la acción, y dejará de ser soberbia.

Muchas veces se ha fustigado, aunque nunca tanto como

se merecen, á nuestras clases neutras, á los que se están en sus casas, so pretexto de que corremos malos tiempos para que los hombres honrados se den á la vida pública; pero no sé si al fustigarlos se ha visto que es soberbia lo que principalmente les retiene en sus casas.

MIGUEL DE UNAMUNO

EL CÓDIGO DE HAMMURABI (1)



En la serie de notables descubrimientos que desde mediados del siglo XIX vienen dilatando el horizonte de la historia del Derecho, ocupa acaso el primer lugar, así por su antigüedad como por su importancia, el extenso Código promulgado en el siglo XXIII antes de la Era Cristiana por Hammurabi, rey de Babilonia.

El reinado de este monarca, que gobernaba á Babilonia hacia el año 2225 antes de Jesucristo, forma época en la historia de este país. En su tiempo se llevaron á cabo construcciones monumentales en las ciudades más importantes de Caldea y se realizaron obras hidráulicas de colosal trascendencia, merced á las cuales alcanzó la agricultura un alto grado de prosperidad; pero más que estos trabajos, conmemorados en numerosas inscripciones descubiertas en los últimos tiempos, se hizo acreedor á memoria imperecedera por la promulgación de un extenso Código, el más antiguo conocido hasta ahora y el más comprensivo que nos ha legado la antigüedad. Hízolo grabar sobre un prisma de diorita de 2,25 metros de altura y 190 de circunferencia en la base y 165 en la cúspide,

(1) He utilizado la traducción francesa de Scheil (París, 1904), la alemana de Winckler (Leipzig, 1902) y las exposiciones y comentarios siguientes: Daresté, *Nouvelle Revue historique de droit* de 1903; Martin, *La Quinzaine* de 1903; Cohn, *Die Gesetze Hammurabis*, (Zürich, 1903); y Kohler-Peiser, *Hammurabi's Gesetz*, I (Leipzig, 1904). Esta última obra contiene una nueva traducción del texto por Peiser, y un importantísimo comentario por Kohler.

colocado en el templo del dios Marduk de Babilonia, de donde, en época desconocida, fué trasladado, acaso como trofeo de guerra, á Susa, en cuya Acrópolis fué descubierto, partido en tres pedazos, por el explorador francés Morgan, en Diciembre de 1901 y Enero de 1902. Consérvase actualmente en el departamento de antigüedades asirias del Museo del Louvre. Transcribió y publicó el texto y la traducción por vez primera el dominico francés P. Scheil.

La inscripción es de una corrección admirable, y se extiende por todo el prisma en 44 columnas de 70 á 100 renglones. No se echan de menos en el texto más que cinco columnas, borradas intencionalmente y que, según una conjetura plausible, se refieren al contrato de inquilinato.

En la superficie anterior del prisma, sobre la inscripción, hay un bajorrelieve que figura á la deidad sideral Chamach en su trono, cubierta la cabeza con una tiara formada de cuatro hileras de cuernos, llevando en la mano derecha un bastón con un brazalete, símbolo de mando entre los asirios. Señala con la mano á Hammurabi, que de pie ante el dios parece escucharle con atención.

Conocíanse ya pequeños fragmentos de una transcripción del Código de Hammurabi mandada hacer diez y seis siglos después por Asurbanipal. Consta el Código de 282 artículos, y no sólo abarca el derecho político y administrativo, el penal y el procesal, sino que contiene disposiciones relativas á la agricultura y la industria. Como observa Dareste, «ninguna otra ley antigua proporciona sobre estas materias noticias tan completas ni tan precisas».

Precede al Código un breve preámbulo destinado á reseñar la piedad y las glorias de Hammurabi, manifestadas en los grandes beneficios que había dispensado á sus súbditos. Jáctase en él de haber inaugurado en Babilonia el imperio de la justicia y del derecho.

Al final del Código declara Hammurabi que se considera como encargado por los dioses de amparar al débil contra el

fuerte y proteger al huérfano y á la viuda, y exhorta á los que tengan algún pleito á que acudan á su Código para que se les haga justicia y se conozca la ley aplicable al caso para que, ensanchándoseles el corazón, exclamen: «el rey Hammurabi es como un padre para sus súbditos». Pondera, por último, las excelencias de su obra, intima á los que le sucedan en el trono que se atengan á ella estrictamente para procurar el bien de sus súbditos, atraerse la protección del cielo y no incurrir en los castigos con que conmina á los que infrinjan sus preceptos ó borren del Código el nombre de su autor.

Distínguese el Código por el carácter eminentemente casuístico y por la falta de orden de materias, si bien están de ordinario seguidas las que se refieren al mismo asunto.

I

La monarquía, según el Código de Hammurabi, es absoluta y muestra carácter teocrático, pues que su representante se considera como delegado de los dioses en la tierra. En el soberano radica la plenitud de los poderes. Legisla por sí solo; los funcionarios públicos son nombrados, pagados y destituidos por él.

Así como la provisión de los cargos públicos correspondía al soberano, ante él debían responder de su desempeño. Como emolumentos, recibían los funcionarios en usufructo tierras laborables con los animales de labor para cultivarlas, las cuales tenían carácter inalienable y no podían tampoco ser embargadas por deudas del usufructuario.

Cuando éste se ausentaba, por orden del rey, del lugar en que residía de ordinario, quedaban las tierras á cargo de su hijo; y si no lo tenía ó era menor de edad, al de la esposa, si bien ésta no debía gastar más que el tercio de la renta, reservando el resto para la vuelta del marido. En los casos en que el rey le confiaba provisionalmente otro cargo, percibía

además un estipendio en dinero. Estaba obligado á cultivar bien la tierra que usufructuaba; y si faltaba durante tres años á este deber, la perdía. Si el gobernador de un territorio desposeía á un funcionario de su tierra ó le privaba del sueldo, incurría en la pena de muerte. Tampoco podía, bajo la misma pena, privar del cargo á los recaudadores oficiales, ni reemplazarlos con otros. Incurría en pena de la vida y pérdida de la hacienda el funcionario que no cumplía los mandatos del soberano.

Los ministerios del culto estaban á cargo de un numeroso personal de sacerdotes y de doncellas, dedicados de por vida al servicio del templo. Los gastos del culto y la sustentación de las personas consagradas á él se sufragaban con el producto de las tierras afectas á este servicio.

Los habitantes del imperio babilonio se dividían en libres, libertos y esclavos; diferencias que trascienden al derecho civil y al penal.

II

En Caldea, según revela el estudio atento de los centenares de documentos que se nos han conservado desde más de dos mil años antes de Jesucristo, vemos contratos de venta, de cambios, de división, de sociedades comerciales, etc., tan bien concebidos y redactados, y revelando nociones jurídicas tan adelantadas, como las que nos han legado los romanos en sus mejores tiempos.

Los contratos, en especial los de matrimonio y depósito, para los cuales era de rigor la forma escrita, so pena de nulidad, se consignaban en escritura pública, grabándose en ladrillos con aposición del sello.

«En Caldea, las ideas religiosas lo dominaban todo... Recorriendo todas las inscripciones oficiales en que los soberanos de los grandes imperios de Caldea y de Babilonia se jactaban de ser instrumentos y vicarios de los dioses; abordando, en

una palabra, toda su literatura, de un extremo á otro, asombra la intensidad del sentimiento de la fe de estos pueblos. No puede, por tanto, causar admiración ver invocado el nombre de los dioses para reforzar los contratos, como es regla en los documentos procedentes de Warka, la antigua capital de Caldea, y fechados en el reinado de la familia Hammurabi, esto es, más de dos mil años antes de Jesucristo... En los documentos de Warka, todos los procesos terminaban con juramentos pronunciados en los templos.»

Las prescripciones concernientes á los contratos agrarios, al jornal de los trabajadores del campo y de los artesanos, al alquiler de los carros y de los animales de labor y al flete de los barcos, son en extremo minuciosas é interesantes.

La duración normal de los contratos agrarios era uno ó tres años, y la renta consistía de ordinario en la mitad ó tercera parte de la cosecha; á veces se pagaba en dinero. El arrendatario estaba facultado para subarrendar. Debía dar las labores necesarias, y al término del arrendamiento entregar la finca sembrada. Cuando se había perdido la cosecha por su culpa, tenía que pagar la renta al propietario, sirviendo de tipo la cosecha del propietario ó colono colindante. Cuando se perdía por fuerza mayor, si había cobrado el arrendador, la pérdida gravaba sobre el arrendatario; si no, se distribuía entre ambos por partes proporcionales de la renta convenida. Esto en el caso de que por contrato no estipularan otra cosa. El Código sólo tenía en este punto carácter supletorio.

El arrendatario podía tomar dinero á préstamo sobre la cosecha futura; pero si ésta se perdía por caso fortuito, quedaba dispensado del pago de los intereses.

Cuando una tierra destinada á cereales se dedicaba á huerta, el arrendamiento duraba cinco años; durante los cuatro primeros, no pagaba renta el colono, pero desde el quinto debía dar al propietario la mitad del fruto recogido de los árboles que hubiera plantado; y según parece (como en el *complant* de la Edad Media), se dividía la tierra también por par-

tes iguales, eligiendo el dueño de ella lo que quisiera, y adjudicándosele además la que no hubiera plantado el arrendatario.

El que por negligencia en la conservación y reparación de las empalizadas ó diques de los canales de riego, ó por descuido en cerrar las compuertas, etc., causaba daños á los dueños ó colonos de otros predios, tenía que indemnizarlos, respondiendo con todos sus bienes. La misma indemnización debía el que apacentase rebaños en prado ajeno; y si era en tiempo prohibido, el pastor aprovechaba los pastos, pero pagando tres veces su valor. Asimismo se pagaban los daños causados en los huertos y arboledas.

Son asimismo interesantes las normas que regulaban los contratos entre los grandes capitalistas y los comerciantes al *detall* que recibían de aquéllos dinero ó especies para negociarlos. Cuando, con este motivo, surgían diferencias ó litigios entre unos y otros, si era vencido en juicio el comerciante, se le condenaba al pago del triplo de la suma que le hubiera entregado el capitalista; si éste perdía el pleito, era sentenciado á pagar el séxtuplo al comerciante. El que distraía dineros ú objetos que se le hubieran entregado para llevarlos de un punto á otro, debía pagar al dueño el quintuplo de su valor. El contrato de depósito había de verificarse ante testigos y consignarse por escrito, para que el propietario del dinero ú objetos depositados pudiese reclamarlos judicialmente. El que recibía la cosa en depósito respondía de ella, aun en el caso de que le fuera sustraída. Esta misma regla se aplicaba al que recibía trigo para custodiarlo en sus almacenes.

La gran importancia de la navegación fluvial como vehículo del inmenso tráfico que existía en las regiones del Eufrates y del Tigris, explica el número é importancia de las disposiciones concernientes á los barcos y á los marineros.

Si dentro del año siguiente al en que se había calafateado un barco, éste se resentía de algún deterioro, el calafateador tenía que recomponerlo gratuitamente. El marinero que por su culpa perdía un barco alquilado debía indemnizar al dueño

de la embarcación con otra igual y al del cargamento con el importe de las mercancías. Si lo ponía á flote, no tenía que indemnizar sino de la mitad del valor de la embarcación. El marinero que abordaba á otro barco era sentenciado, mediante juramento del demandante, á indemnizar lo que valiesen la embarcación y el cargamento.

III

Los artículos del Código más notables por su prolijidad y extensión, y más interesantes y dignos de estudio, son los relativos al derecho de familia.

La forma del matrimonio usual entre los babilonios, según el Código y los numerosos contratos de esta índole que se han conservado, era la compra. El futuro marido concertaba con el padre de la mujer el precio que debía pagarle por ésta, y una vez entregado, se consignaba el contrato por escrito. La mujer aportaba al matrimonio su ajuar, consistente en ropas, alhajas y muebles y cierta cantidad en metálico, ó sea una dote, que era, generalmente, superior al precio de compra. Era potestativo en el marido, pero se observaba frecuentemente, señalar á la mujer, para cuando él muriese, en usufructo vitalicio bienes muebles ó inmuebles, de los cuales podía ésta disponer únicamente en beneficio de uno de sus hijos. El régimen de bienes de la sociedad conyugal era el de gananciales. Los bienes aportados por marido y mujer constituían durante el matrimonio una sola masa, con cuyas rentas se atendía á los gastos de la sociedad. Las adquisiciones se dividían por mitad, y las deudas contraídas después del matrimonio gravaban sobre los bienes de ambos, á diferencia de las anteriores á su unión, de las cuales respondía cada cónyuge con sus bienes propios.

La mujer de un babilonio prisionero de guerra debía seguir morando en el domicilio conyugal, á menos que éste no

la hubiera dejado bienes con que mantenerse. Cuando lo abandonaba sin mediar esta circunstancia, era arrojada al agua. Si entre tanto contraía relaciones con otro y moraba en su compañía, aunque tuviera hijos de él, debía juntarse con el marido al volver éste del cautiverio. Caso de abandonar el marido á la mujer, perdía éste la facultad de obligarla más adelante á que viviera en su compañía.

Si la mujer legítima era estéril, podía el marido tomar una concubina para que le procurase descendencia, á no ser que aquélla prefiriese darle con este objeto una de sus siervas. Si el marido tenía hijos de la sierva, ésta no podía ser ya vendida, á menos de resultar estéril. Práctica idéntica á la que existía entre los hebreos, según resulta de la Historia bíblica.

Cuando el marido no señalaba viudedad á la mujer, los hijos habían de asignarle una parte de la herencia igual á la que á ellos les correspondía como legítima. La madre vivía con los hijos, mientras no incurriese en faltas que autorizasen para expulsarla del hogar según dictamen del juez. Abandonando voluntariamente el domicilio de los hijos, perdía el derecho á la viudedad.

Era lícito al marido divorciarse, aun sin causa, entregando á la mujer, si no tenía hijos de ella, el importe de la dote; y cuando no la había dotado, una mina de plata ó un tercio de mina, según que era libre ó liberto. Cuando había hijos debía dar á la mujer el ajuar que ésta había llevado y bienes en usufructo para atender á la alimentación y crianza de ellos. Terminada ésta, recibía la mujer repudiada una legítima igual á la correspondiente á cada hijo, y era libre para contraer nuevo matrimonio. Caso de incurrir la mujer en falta grave, se permitía al marido repudiarla pura y simplemente. En el caso de divorcio por enfermedad de la mujer, el marido podía casarse; pero tenía el deber de mantenerla mientras viviese. Esta podía también divorciarse mediando justa causa según el juez, recobrando los bienes que había aportado al matrimonio.

IV

Los honorarios y las responsabilidades de los médicos y arquitectos son asunto de varios artículos. Si se hundía una casa causando la muerte al propietario, el arquitecto que la había construido era condenado á muerte. Si en el hundimiento moría un hijo del propietario, se imponía la pena de muerte á un hijo del arquitecto. Si moría un esclavo, debía dar otro en su lugar. Caso de que el hundimiento sólo causara pérdidas materiales, como la destrucción del mobiliario, debía reponerlo á su costa y reconstruir el edificio ó la parte de él que se hubiera hundido.

Fíjase en diez siclos los honorarios del médico por la curación de la fractura de un miembro ó de una grave enfermedad de la vista, mediando operación, si el paciente era hombre libre; cinco siclos, si liberto; dos, si esclavo. Si el enfermo era hombre libre y moría por efecto de la operación ó perdía la vista, se cortaban las manos al médico; siendo esclavo, debía dar otro al dueño, caso de muerte, é indemnizarle de la mitad de su valor si perdía la vista. Análogas á éstas eran las disposiciones dictadas contra los veterinarios y los barberos que, en el ejercicio de sus profesiones, causaran daños por torpeza ó malicia.

V

El orden de prelación entre los medios de prueba era el siguiente: documentos, testigos y el juramento obligatorio ó potestativo del actor ó del demandado, según los casos. Se juraba en nombre de la divinidad en general, no en el de una divinidad determinada.

Estaba facultado el acreedor para apoderarse de la persona del deudor y tenerle privado de libertad mientras no sol-

ventase la deuda; pero le estaba prohibido allanar con este objeto la casa del deudor. Cuando moría por efecto de los malos tratamientos del acreedor, un hijo de éste había de sufrir la pena de muerte á presencia del padre, si el deudor fuese un hombre libre. Si era esclavo, debía dar al dueño, como indemnización, un tercio de mina, además de perder el importe del crédito. Librábase el deudor de la servidumbre, dando en cambio á su mujer y sus hijos al acreedor para que sirvieran á éste por espacio de tres años. Podía también darle un esclavo, mas no reivindicar á éste si lo vendía el acreedor, salvo el caso de sierva de la cual tuviera descendencia. No siendo posible la prueba documental ni la testifical, se acudía al juramento. Como juicio de Dios, encontramos el del agua, que consistía en echar al río á los acusados de ciertos delitos: si se sumergían, se les consideraba culpables y se les confiscaban los bienes; si flotaban, el denunciador incurría en la pena de muerte, y se adjudicaba su hacienda al acusado.

Revélase el carácter humanitario del Código de Hammurabi en las garantías que concede á la mujer, así soltera como casada, muy superiores á las de otras legislaciones del mundo antiguo; en la solicitud que muestra respecto de los hijos menores de edad para preservarles del abandono por parte del padre natural ó adoptivo y de la madre viuda ó casada en segundas nupcias; en las disposiciones encaminadas á proteger á los comerciantes al por menor de la explotación de los capitalistas; á los litigantes, de la inmoralidad é injusticia de los funcionarios judiciales; á los enfermos, de la torpeza de los médicos; á los empleados inferiores, de las vejaciones de los de más elevada categoría. Lo mismo puede decirse de los preceptos relativos al deudor que era vendido por siervo, y á los hijos del matrimonio entre una mujer libre y un esclavo.

Las identidades y semejanzas que ofrece el Código de Ham-

murabi con la legislación hebraica de Moisés, posterior á aquél en cinco siglos, y contenida en el Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio, tiene su natural explicación en la comunidad de origen de ambos pueblos, así como las diferencias que entre ellos se observan son el resultado de su diverso grado de cultura.

EDUARDO DE HINOJOSA

EL NIÑO DE LA GUARDIA Y SU MARTIRIO

SEGÚN LOS DOCUMENTOS

Muchas veces, en el Claustro de la Iglesia Catedral Primada, que tantas cosas buenas atesora, me he detenido delante de los frescos con que Bayeu y Maella, por encargo de Grimaldi, le decoraron en el siglo XVIII. Siempre llamó uno de ellos mi atención, con preferencia á los demás, y fuerza sugestiva de que no pude librarme: es el pintado á espaldas de la *Puerta del Mollete*, que da desde la calle paso al Claustro referido, en el muro de la izquierda, según se bajan los escalones de la puerta memorada. Un niño, hermoso, rubio, sonrosado, de expresión angelical y conmovedora, enclavado en una cruz; despiadado sayón, en lo alto de la escalera que en la cruz apoya para llegar al niño, tiene entre los dientes un cuchillo ensangrentado, mientras introduce las manos en el costado izquierdo de la inocente criatura, por la herida que con este fin le ha hecho; otros contemplan y ayudan á la operación, y, por último, un grupo de ángeles entre nubes, baja del cielo la palma del martirio.

Quiso Bayeu, de quien es la pintura — una de las más celebradas y más destruidas en el Claustro, — conmemorar con ella el *Martirio del Santo Niño de la Guardia*, crimen nefando que conmovió á Toledo, y que cometieron los judíos y los conversos. Y acostumbrado como lo estoy á tropezar con tanto género de fantasías y de leyendas con los judíos relacionadas, confieso llanamente hube de mirar la noticia y conmemoración

del crimen como piadosa tradición nacida del odio que inspiraron los conversos ó cristianos lindos á los cristianos viejos en todas ocasiones; mas no como triste realidad histórica.

La famosa hendidura de los muros que yo propio vi en el coro bajo del *Convento del Corpus Christi*, antigua Sinagoga de Segovia, pocos años hace destruída por casual incendio; los Crucifijos que vertían sangre, ó producían resplandores extraños, y otras y otras innumerables tradiciones de que no me acuerdo, aunque de ellas se ha escrito mucho fatigando la musa popular al propio tiempo, y entre las que no es para olvidada la relativa al Santo Cristo de la Luz, en la misma Toledo,—me han hecho muy desconfiado en este particular, como en otros varios.

La tradición segoviana cuenta, con efecto, que «por los años de 1410 y mes de Setiembre, hallándose la Reina viuda Doña Catalina en» Segovia, «con el Rey menor de edad Don Juan el II, el sacristán de San Facundo, viéndose en necesidad, pidió dinero prestado á un judío, quien ofreció darle más que lo que necesitase si le daba en prenda *una Hostia consagrada*». «Decidióse el sacristán al horrible sacrilegio; entregó la sagrada Hostia, y recibió el dinero. La entrega se hizo en una calle que de la Trinidad pasa á la cuesta de San Bartolomé, cuya calle, de resultas de este hecho, se conoce por *calle del Mal Consejo*». «El judío reunió á sus correligionarios en la Sinagoga, y allí, decididos á ultrajar á N. S. J., *echaron la sagrada Hostia en una caldera de agua hirviendo*; pero en vez de caer en ella, quedóse elevada en el aire; tembló el edificio conmoviéndose, y se abrieron las paredes y bóvedas», mostrándose á vista de todos desde entonces, en la habitación ó departamento que fué coró de las monjas, «una considerable abertura, que no ha sido posible cerrar», aunque, según parece, hubo de intentarse (1).

(1) Losañez, reproduciendo lo que todos dicen, en *El Alcázar de Segovia* (Segovia, 1861), pág. 205 y siguientes.

Hasta nuestros días, la huella de aquel sobrenatural prodigio, que como llaga incurable y eterna aparecía en los muros, y como testimonio irrefutable de la maldad judaica y de la omnipotencia divina, era señalada á cuantos visitaban la antigua Sinagoga, permanecía inalterable, produciendo en el ánimo de todos los que la veían terrorífico efecto; pero el incendio que, cual he insinuado, ha destruído sin piedad aquel edificio, tan interesante en la relación histórica y en la artística, con sus lenguas de fuego devoradoras ha destruído también implacable la tradición, en cuanto se refiere á la «considerable abertura», que yo propio tengo vista. En pie, denegridos y grieteados, quedaron los muros, en los cuales existió, con apariencias de profundidad, la llaga; y al ser pacientemente reconocidos por personas peritas en el arte de construir, no fué en la fábrica hallada señal alguna de conmoción ni de trastorno, conforme hubo de ser á la Real Academia de la Historia comunicado, y esta Corporación ilustre hizo público, insertando con loable imparcialidad en su *Boletín* la comunicación recibida. Y sin embargo: en Junio del año actual la *Asociación Nocturna* ha ido en peregrinación á Segovia para, según locución de los periódicos, «rendir pleito homenaje al Santísimo Sacramento, y conmemorar el milagro del *Corpus Christi* que tuvo efecto en la ciudad segoviana» (1).

Refiere el grave Herculano que, afligida Lisboa por el hambre y por la peste, la cual, desde el mes de Enero del año 1506, redoblaba en aquella ciudad su intensidad y sus horrores, hacíanse públicas rogativas implorando de Dios clemencia y misericordia. El día 15 de Abril «ordenou-se uma procissão de penitencia, que, saindo da igreja de S. Estevan, se recolheu na de S. Domingos, seguindo-se a celebração de preces solemnes». «Durante ellas o povo implorava com gritos a misericordia divina». «No altar da capella chamada de Jesus, havia na-

(1) *La Correspondencia de España*, número 16.919, correspondiente al sábado 4 de Junio de 1904.

quelle tempo um crucifixo, e no lado da imagem do Salvador um pequeno receptaculo, que servia de custodia a uma hostia consagrada». «No excesso da exaltação religiosa houve quem crêsse vêr ahi, e tal vez visse, uma luz estranha». «Espalhouse logo voz de milagre». «Ou que os dominicanos, aproveitando a illusão, realisassem artificialmente a supposta maravilha, ou que a credulidade, fortalecida pelos terrores da peste, predispuesse cada vez mais a imaginação do vulgo para vêr aquella singular clarão, é certo que ainda nos dias seguintes havia quem affirmasse divisa-lo perfeitamente». «Entretanto o voto mais commun era que essa maravilha não passava de uma fraude, e ainda muitos dos mais crentes suspeitavan que o facto existiria apenas nas imaginações escandecidas» (1).

«Durante quatro dias a crença no prodigio foi ganhando vigor. No domingo seguinte ao meio dia, celebrados os officios divinos, examinava o povo a supposta maravilha, contra cuja authenticidade rescresciaam suspeitas no espirito de muitos dos espectadores. Achava-se entre estes um christão-novo, ao qual escaparam da boca manifestações imprudentes de incredulidade ácêrca do milagre. A indignação dos crentes, excitada provavelmente pelos auctores da burla (2) communicou-se á multidão. O miseravel blasphemo foi arrastrado para o adro, assassinado, e queimado o seu cadaver. O tumulto attrahira maior concurso do povo, cujo fanatismo um frade excitava

(1) «O qual (milagre) a parecer de todos era fingido»: Memórias Avulsas dos Reinados de D. Manuel e D. João III (Mss. contemporaneo), vol. 2 de Miscell. f. 120 v. na Bibliotheca de Ajuda. — «Ou a imaginação dos devotos se afigurou que lhe pareceo verem fogo e o lado do crucifixo»: Memor. Mss. da Ajuda f. 219. — Goes, Chronica de D. Manuel P., l. c., 102, diz confusamente o mesmo» (Nota de Herculano).

(2) «As Memórias Avulsas do Mss. contemporaneo dizem expressamente que neste dia o *mylagre foy mostrado per alguns frades*. As narrativas variam quanto ás expressões do incredulo. Segundo as Memórias Mss. da Ajuda elle perguntou: «*como havia um páu secco de fazer milagres?*» «Segundo Goes disse que *lhe parecia uma candeia (véla) posta no lado da imagem*. Esta versão crêmo-la mais verosimil, porque, naturalmente, esse era o facto» (Nota de Herculano).

com violentas declamações. Dous outros frades (1), um com uma cruz, outro com um crucifixo arvorado, saíram então do mosteiro, brandando *heresia, heresia!*» Desde aquel momento el motín adquirió caracteres horribles: los conversos ó cristianos nuevos que discurrían por las calles, ignorantes de todo, eran asesinados, arrastrados y quemados, como también lo fueron algunos cristianos viejos, logrando parte de ellos salvarse con mostrar públicamente «diante dos assassinos que não eram circumcidados»; fueron asaltadas y saqueadas las casas de los conversos, pasados á cuchillo las mujeres y los ancianos, estrelladas las criaturas contra las paredes, y tal cúmulo de horrores fueron cometidos en aquel terrible tumulto, en el cual perecieron más de 1.500 personas, que causa espanto la lectura de lo que de él escribe Herculano (2).

De la tradición toledana da circunstanciada noticia en larguísimo letrero un lienzo, ya borroso y muy estropeado, que aún subsiste en la antigua Mezquita, *Ermita del Santo Cristo de la Luz*; y los autores, aun exceptuando que estas «narraciones» «no están suficientemente comprobadas ni consentidas», relatan «que allá á mediados del siglo vi, reinando el godo Atanagildo, existía» donde luego la Mezquita, una iglesia, sobre cuya puerta, según unos, y encima del altar, según otros, había un Crucifijo que era bastante venerado por los toledanos, y pasando por allí dos judíos de los muchos que había ya en esta ciudad, á quienes dan los nombres de *Sacao* y *Abisain*, prevalidos de que nadie los veía (pues aquel sitio estaba entonces extramuros, y muy solo en tales horas), les vino al pensamiento la sacrílega idea de ultrajar á la sagrada imagen, y lo ejecutaron, dándole un golpe en el costado con una pica que llevaban; apenas lo habían

(1) «Um destes frades, chamado Fr. Ivão Mocho, era portugûês, e o outro, Fr. Bernarde, aragonês. Azenheiro, Chron. p. 333, e Memor. Mss. de Ajuda f. 219» (Nota de Herculano).

(2) Herculano: *Da origem e estabelecimento da Inquisição em Portugal*, t. I, págs. 143 á 149.

hecho, comenzó el Santo Cristo á derramar sangre en abundancia, y atemorizados los judíos quisieron destruir del todo la imagen; mas no pudiendo conseguirlo, la cogieron debajo de sus capas y se la llevaron á soterrarla en la cuadra de la casa de uno de ellos, que vivía donde ahora decimos la plazuela de Valdecaleros; pero como los cristianos que fueron luego á la iglesia echasen de menos el Crucifijo, comenzaron á buscarle, y por el rastro de sangre que desde el sitio del sacrilegio había ido goteando, siguieron de calle en calle hasta la puerta del judío, penetraron en la casa y descubrieron el escondite de la imagen, que el Rey mandó restituir á su sitio en procesión solemne, y los judíos fueron apedreados» (1).

Lorenzo de Sepúlveda, reformando algún tanto la tradición, incluyóla en sus *Romances nuevamente sacados de historias antiguas de la Crónica de España*, escribiendo:

«Atanagildo, rey godo,
De España el reinado había;
Hace bien por Jesucristo;
Gran creencia en él tenía.
Contarése aquí un milagro
Que en su tiempo acontecía:
Un judío entró en un templo
Llamado Santa María;
En él está un crucifijo
Muy pequeño en demasía:
El judío lo firió
Con un dardo que traía,
Y á excusa de los cristianos,
So el vestido lo metía
Para quemarlo en su casa;
Mas cuando lo descubría,
Traía todos sus paños
Sangrientos de la ferida,
Que le dió al crucifijo:
¡Muy gran pavor le ponía!
No le osáva quemar,
Mas escondido lo había.

(1) Parro: *Toledo en la mano*, t. II, págs. 305 y 306.

Los cristianos no le hallan
 Allí donde estar solía:
 Hallaron rastros de sangre,
 Y por el rastro se guían
 Hasta dar en la posada
 Donde el judío vivía:
 Halláronlo por la sangre,
 Que mucha estaba vertida.
 Volviéronlo á la iglesia,
 Y al judío lo prendían:
 Vivo lo apedrearon
 Por el delito que hacía» (1).

Otras versiones, pues no son las únicas las precedentes, dicen que no habiendo iglesia todavía en tal paraje, «estaba aquel Divino Señor en una esquina ó sitio público cerca de la puerta de la ciudad que llamaban *Agilana*»; que «la ermita la hizo luego construir Atanagildo, por la fama que dió á la imagen este ruidoso acontecimiento»; que no fueron dos, sino un judío, como en el romance de Sepúlveda, «el que cometió tan indigno desacato, y que, cual otro San Longinos, se convirtió á la fe de Cristo en vista del milagro de la sangre»; que «no hubo tal lanzada allí en su sitio, sino que robaron la efigie de Jesús y en la casa del judío hicieron la herida», y que «la veneración á esta antiquísima imagen se aumentó infinitamente después de tan singular suceso», de manera que «todo el mundo acudió á besar los pies del Crucifijo, y por eso los incorregibles hebreos, deseando vengar la muerte de sus dos correligionarios apedreados, aprovecharon otro descuido y untaron los pies del Cristo con un veneno muy activo, para que todo el que se acercase á besarlos le aspirase y muriera; sucedió, empero, que al aproximarse una mujer con tan piadoso objeto, la efigie retiró el pie para que no se lo besase, desclavándolo de la cruz tal como hoy en el día se conserva, cuyo prodigio

(1) Durán: *Romancero general*, t. X de la *Bib. de Aut. Esp.*, página 396, romance núm. 577.

llamó la atención como debía, y al explorar la causa que pudiera motivarle, se encontraron con el veneno» (1).

A la memoria acude, entre varias, otra curiosa tradición recogida por el asesor de la Inquisición de Zaragoza, Juan de Anchías, referente á la causa de la expulsión de los judíos en 1492. Insertóla al folio 75 del llamado *Libro Verde de Aragón*, que escribió en 1507, el cual manuscrito guarda la Biblioteca Colombina y dí yo á la estampa en la *Revista de España*: «E oydo dezir—expresaba—que lo que mouió á este Rey don Fernando á desterrar los judíos, fué lo siguiente:—Este Rey don Fernando tuuo un hijo, que se llamaua el infante don Joan; y el Rey tenía en su casa un judío por físico (médico), el qual llevaua al cuello una veta con un pomo de oro muy grande; y el príncipe, como era mochacho y se enamorase del pomo, pidióselo muchas vezes al judío, el qual reusaba de dárselo, y á la postre se lo dió; y el mochacho, quando lo tuvo en su poder, luego murió por ver lo que estaua dentro; y así, lo abrió: el qual abierto, hallóle en él un pergamino, y en él pintado mi Señor Jesu Xpo en un crucifijo; y el perro del judío físico encima, y como que mi Señor Jesu Xpo lo estuuiese besando en el culo.

»Fué tanto el sentimiento que el príncipe rescibió, aunque mochacho, que se yba consumiéndose; y como el Rey don Fernando no tuuiese más hijo, y lo quisiese como padre, andábasele preguntándole como padre lo que tenía, y dixéndole muchos regalos, y haziéndole muchas fiestas. El dicho príncipe de nada se agradaua, y assi el Rey tomó en muy secreto al dicho su hijo, al qual con promessas y ofertas que le hizo de qualquiera merced que pidiese, le contó y escubrió su enfermedad, y que no tendria salud ni contento, sino que en la misma hora mandase castigar fuertemente al judío, al qual el Rey mandó quemar vivo luego y en la mesma hora, y desterrar todos los otros judíos de España, ó que se hiziessen xpianos». «Este fué

(1) Parro: *Toledo en la mano*, t. II, págs. 305 á 307.

el motiuo y causa que los desterraron—escribe,—que verdaderamente trae razón». «Dios—concluye empleando una fórmula musulmana—sabe la verdad de todo» (1).

El docto D. Agustín Durán inserta con el número 1.324 de su *Romancero* (2) un largo romance del siglo xvii, anónimo y publicado en un pliego suelto de dos hojas, el cual lleva por título *El Judío de Toledo*. En él refiere el poeta que una señora de aquella ciudad, «hermosa, apacible y bella», pobre, pero de esclarecida nobleza, muy devota de la Virgen del Carmelo y de Jesús Nazareno, había contraído matrimonio con un joven, llamado don Juan, «tan virtuoso,

Tan inclinado á la iglesia,
Que hacía muchas limosnas
Casando muchas doncellas».

Tan felices eran, «que son dos cuerpos y un alma—según el afecto muestran»; pero toda aquella religiosidad del marido «es engaño visto». Y mientras la esposa, entregada á sus devociones no dejaba de rezar á la Virgen y á Jesús, él, esperando las tinieblas de la noche,

«Cuando en silencio estuviera
Su esposa y la vecindad,
Para usar más su vileza,
Se iba á un pajar que tenía,
Y de entre la paja mesma
Sacaba un Divino Cristo
En una cruz de madera:
Se encerraba en una sala,
Y con grande inobediencia
En aquel suelo lo echaba,
Pronunciando mil blasfemias,
Y con muy malas palabras,
Ofendida la pureza
De aquel Padre de la gracia,
Decía de esta manera:

(1) *Revista de España*, tomo CVI, págs. 567 y 568.

(2) Tomo XVI de la *Bib. de Act. Esp.*, pág. 355.

—Aquí, ¡engañador!, verás
 Cuán poco valen tus fuerzas,
 Y cómo te has de librar
 De mi castigo y violencia.—
 Nuestro Señor derramaba
 Sangre tan divina y tersa,
 Que los arroyos que corren
 Ablandan las duras piedras,
 Y con lastimera voz
 Afablemente se queja
 Aquel Rey de la verdad
 Replicándole:—¿Qué ofensa
 Contra ti he cometido,
 Que con tu grande inclemencia
 De esta suerte me maltratas?
 ¡Ay de ti, que te despeñas!»

.....

Cansado de injuriar al Crucifijo, volvía á esconderle en el pajar, y así prosiguió por espacio de tres años, observando «esta ley de infame secta»; pero tan ofendido quedó el Señor, que quiso al fin descubrir la maldad del don Juan, y una noche fué sorprendido por su esposa en aquella sacrílega tarea. Siguiéndole los pasos, le vió llegar al pajar, esconderse en la sala, y allí

«Oyó tan tremendos golpes,
 Y que triste se lamenta,
 Como un niño que lloraba
 Y tiernamente se queja.
 Con grandísimo cuidado
 En el quicio de la puerta
 Se puso á escuchar, y oyó
 Todas las acciones mismas;
 Vió que la sangre corría,
 Y que Cristo se lamenta».

Recogida al lecho, como si nada hubiera sabido ni presenciado, dejó que volviese don Juan; y así que le vió dormido, volvió al pajar, sacó la sagrada imagen, y procuró desagrarla, tarea en que hubo de sorprenderla su esposo. Trabóse entre ambos porfiada querèlla, en la cual la esposa pretende

reducir al extraviado, quien lleno de cólera, y confesándose al fin judío, clavó seis veces la daga en el pecho de la dama, sacándole el corazón, y prorrumpiendo en blasfemias. Al ruido, acuden la vecindad y la justicia; delante de ellos se aparece la Virgen del Carmelo, vuelve á colocar el corazón en el cuerpo de la devota mujer, quien «se alzó ya sana y buena», mientras de las llagas del Crucifijo brota la sangre en abundancia. Reducido á prisión, en balde le exhortan á que se reconcilie con Dios, mostrándole el Crucifijo, que «imprudente desprecia», exclamando:

—Falso, engañador,
 Me hacen fuerza que en ti crea,
 Y yo no he de conocerte
 Aunque condenado muera.
 ¿Es vuestro intento quemarme
 En el fuego de una hoguera?
 Así moriré yo mártir,
 Pues usáis tanta inclemencia:
 Allá tendré yo mis glorias,
 Mis aplausos y mis fiestas;
 Que quien muere de esta suerte
 Es bien que premiado sea.

Murió con efecto en la hoguera el impenitente judío, y la esposa se retiró á un convento, siendo «monja descalza».

De otro milagro, contado y cantado en pliego también suelto, da noticia en su primera y segunda parte el romance titulado *Los Siete Judíos*, que lleva los números 1.325 y 1.326 de la colección de Durán. La acción se supone en Roma, y trátase del sacrílego escarnio hecho por siete judíos á una Hostia consagrada, el cual fué también castigado con la hoguera, siendo en realidad imposible, ni aquí lo pretendo, recoger todas las tradiciones referentes á actos de índole análoga ejecutados ya por los judíos, ya por los conversos, dando motivo ó á motines tan sangrientos como el de Lisboa en 1506, ó castigos tan terribles como el de la hoguera ó el de la lapidación, á que aluden algunas de las tradiciones citadas.

Suponiendo á la raza hebráica dotada por lo menos del

instinto de la propia conservación, y de buen sentido, no se me alcanzaba que estos escandalosos sacrilegios, cuya finalidad práctica se escapaba á mi juicio, fueran ejecutados por hombres que daban constantemente muestras indudables sobre todo de poseer gran sentido práctico, de utilidad y provecho para ellos. Desde luego, la tradición exageraba: el odio que inspiraban á los cristianos, ya por ser la raza judáica deicida, ya por los procedimientos de que se valía para allegar riquezas y tesoros, extremando la usura, tantas veces condenada por los cánones de la Iglesia y por las leyes civiles, ya por lo reservado y repulsivo de su carácter, ya también por la tiranía que ejercía por medio del dinero, por el monopolio acaso del comercio, y por la envidia que sus ocultas riquezas despertaba en el corazón de los que se decían cristianos, podía llevar y llevó en muchas ocasiones al extremo la imaginación de las otras razas, achacando á los israelitas dichos y hechos incomprendibles.

De cierto, que ante aquellas clases ilustradas y superiores, á las cuales pertenecían todos cuantos con su auxilio contribuyeron poderosamente al desarrollo de la cultura nacional en ciencias y en industrias, á nadie podía ocurrírsele satisfacer la pueril venganza insustancial de azotar un crucifijo en lugar apartado, herirle, maltratarle y llenarle de injurias, ni la de profanar una Hostia consagrada; pero si esto era así, y todo parece persuadir de ello, aunque menospreciados, robados á la continua, vilipendiados en todos sentidos, privados de sus hijos, como lo fueron en más de una ocasión, y forzados, por último, á confesar una ley en la cual no creían, no comprendía yo qué ganaban los judíos con todo aquello que piadosas leyendas cristianas, llenas de viva fe, les atribuían y siguen atribuyéndoles.

Por influjos pasionales de todo género, concibo la comisión y la perpetración de crímenes y de delitos, por abominables y sanguinarios que sean: los celos, la avaricia, el odio, el amor, el robo, la venganza, la bestialidad, han dado y darán siem-

pre contingente numeroso y crecido á la criminalidad, porque son humanos y porque de ellos reporta ó puede reportar el individuo utilidades, provechos ó satisfacciones momentáneos; pero, francamente, no concibo que por el gusto de ofender y de ultrajar las creencias de un pueblo, con actos ejecutados recónditamente y con el mayor misterio, donde nadie pueda verlos ni tener de ellos noticia, esto es, despojándoles de la publicidad, que es lo que pudiera servir de incentivo, halagar la vanidad y producir satisfacción, sean cometidos crímenes, algunos de los cuales aterrorizan. En este caso se hallan los sacrilegios atribuídos á los hebreos con las Sagradas Formas y con los Crucifijos.

Bien que la tenacidad, la avaricia, la avidez del oro, los prejuicios religiosos, la fe exagerada aun en las más extrañas tradiciones—lo cual constituye el fanatismo,—el espíritu de raza, la astucia y la doblez sean, según Lombroso, las características principales del pueblo israelita, no se ha de deducir que basten todas ellas á determinar en él acciones tan inexplicables, tanto más cuanto que gozan siempre de fama y reputación acreditadas respecto á condiciones intelectuales, de lo cual ofrece España en los tiempos medios ejemplos constantes. Si como protesta de su situación y de su estado político y social han de estimarse, presentábales ocasión de extremarla y hacerla pública la construcción de sus Sinagogas por lo menos, en las cuales, y contribuyendo á la decoración de las mismas, en frisos y arrabaês tallaban versículos de la Biblia; y sin embargo, mientras los artífices mudejares, mahometanos, á quienes la sociedad de los siglos XIII, XIV y XV confiaba la erección de templos y demás edificios para uso de los cristianos, protestaban de la dominación de éstos, tallando en frisos y arrabaês muchas veces versículos koránicos, cual lo atestiguan no pocos edificios toledanos de las épocas indicadas,—los hebreos, que en España no fueron constructores, y que pudieron en sus Sinagogas especialmente hacer escarnio de la ley de Cristo, jamás se permitieron libertad semejante.

Hay necesidad de reconocer que si en las clases superiores, que pudiéramos llamar privilegiadas, no tuvieron cabida ideas semejantes, á pesar del fanatismo común entonces á todos los individuos de la raza, ni ocurrió ni pudo ocurrir lo propio con las clases inferiores. De igual manera ha acontecido en todos los pueblos: la cultura y la ilustración, factores han sido poderosos para templar los apetitos y las pasiones, impidiendo degeneren en crímenes. Y si son registrados los archivos de la criminalidad, aun en la edad contemporánea, ha de advertirse que el contingente principal y más numeroso lo proporcionan las clases inferiores, faltas de educación y de cultura. La ignorancia ha determinado muchas veces la ejecución de crímenes que la razón condena, y aun el propio instinto repugna, y entre ellos no han de ser para olvidados los cometidos para proporcionarse ya las mantecas de seres humanos y hacer con ellas medicamentos que salvaran la vida de otros, ya la sangre de recién nacidos, y otras aberraciones de análoga naturaleza.

Caracteres de ferocidad ha revestido también la guerra: con espanto son leídas las páginas de la Historia que refieren las mutilaciones horrorosas de los cadáveres de los vencidos, lo mismo en la guerra de la Independencia que en las civiles de que ha sido víctima nuestra España en el pasado siglo XIX; y estos actos inhumanos, que acusan una barbarie inconcebible, que ningún provecho producían, no eran sino consecuencia del fanatismo y de la falta de educación en las clases inferiores, no siendo, por tanto, de extrañar que entre los judíos y los conversos de la Edad Media existieran desventurados que, careciendo de cultura, se entregasen á actos de igual ó parecida naturaleza, sin que esto impida ni dificulte que, en ocasiones, los crímenes achacados á los judíos tuvieran sólo realidad en el fanatismo de las clases inferiores cristianas, y, lo que es más triste, naciera la acusación del afán de apoderarse de las riquezas acumuladas, con buenas ó malas artes, por los israelitas.

Así, pues, si en mi ánimo la veracidad de los crímenes y

sacrilegios atribuídos á la raza hebraica en tradiciones, consejas y romances despertaba vehementes sospechas, recordando, como dice Murga, que «en uno de los Concilios de Toledo se prohibió que el Clero, las Comunidades ni ningún Cristiano pudiese dar en prenda á los Judíos imágenes ni objetos que sirviesen para el culto religioso» (1), lo cual no era menos sacrilego, y corriendo parejas con aquellos cuentos infantiles «sobre la cara que tienen los herejes y el rabo peculiar á los judíos», la lectura de uno de los procesos por la Inquisición seguidos á los perpetradores del crimen de La Guardia, concertado aquél en sus detalles con las tradiciones y con noticias de acontecimientos recientes y de índole igual ó parecida, me han persuadido de que en el fondo de cuanto se dijo hay un sedimento de verdad indudable, y de que se hizo injustamente responsable de estos crímenes á un pueblo, cuando sólo debían serlo, y lo eran, algunos de los individuos de él, por su falta de cultura evidente.

(1) *Algunas palabras sobre las razas que habitan en Marruecos*, página 131. Murga, con el gracejo que le es habitual, añade: «Hace ya muchos años, en tiempo que no pensaba viajar por Berbería, me ocupaba de Historia, y recuerdo haber leído algunas de las cantidades por las que fueron empeñados cálices, patenas y crucifijos en manos de los judíos de Toledo. Siento no recordarlas, para poder comparar el precio en que se estimaban algunas de las copias por los descendientes de los que dieron tan poco por el original. Judas recibió 30 *siclos* de plata en cambio de su traición. El *siclo*, según los concienzudos cálculos de M. Saigey en su obra *Problemes d'arithmétique et exercices de calcul*, equivalía á 3 francos y 31 céntimos, lo que da, para el equivalente de los 30 *siclos*, 99 francos y 30 céntimos ó, lo que es lo mismo, 377 Rvn. y 34 céntimos de nuestra moneda». Murga escribía antes de la reforma monetaria hecha por la Revolución, que es la que hoy rige; hoy, al cambio que alcanzan los francos, los 30 *siclos* equivaldrían á 127 pesetas, ó sea 508 reales vellón. «La efigie más mala de la más humilde iglesia de lugar—agrega—vale otro tanto, si es que no mucho más; y no pocas cabezas de bandidos y de conspiradores, tenidos por héroes entre las gentes de su partido, hemos visto pregonar en nuestros días á precios más elevados». Alfonso X, en la ley III, título XIII de la Partida V, declaraba: «Santas cosas et sagradas et religiosas, asi como la eglefia, et los monumentos et las otras cosas semejantes non las pueden los homes rescebir á peños nin se pueden obligar».

Hablando de los judíos, hace pocos años, un misionero apostólico, dice de ellos, no sin exageración, que en su «inmensa mayoría... no creen en nada y profesan el ateísmo más descarado, pero sin dejar por eso de predicar, cuando las circunstancias lo permiten, todas las supersticiones de su secta». «Dios es el dinero—se les oye decir,—y el diablo las miserias, y esta horrible blasfemia la profieren con frecuencia; de aquí nace—afirma—el que el judío, no creyendo nada, se avenga en lo exterior con todas las sectas, cuando de profesarlas pueden traerle algún beneficio; y viven como católicos en España, como protestantes en Francia, como griegos en Atenas y como musulmanes en Constantinopla, etc.; pero en el fondo el judío nada de eso cree, y sí abriga un odio mortal al catolicismo y profesa un desprecio profundo al mahometismo, conservando en sí las máximas del Talmud».

Entenebrece más aún esta pintura, de cuya exactitud en mucha parte recelo, cuanto añade el misionero á quien aludo, para quien «los israelitas son de un carácter reservado, y su vivir misterioso»: «la casa de un hebreo—escribe—está cerrada á las frecuentes visitas, y jamás manifiestan las misteriosas supersticiones en que son iniciados...; sus secretos los transmiten de padres á hijos, de generación en generación, y apenas los hubiéramos descubierto á no ser por algunos israelitas convertidos». «Blasfemias horribles contra el Cristianismo, odio eterno contra todos los que no pertenezcan al pueblo judaico, maldiciones contra los que abandonan la creencia del Talmud, mil supersticiones practicadas en el hogar doméstico, juramentos de hacer todo el mal posible á todo el que no sea hebreo: tales son—asegura—los secretos de la secta israelítica».

«De esta manera—prosigue—los infelices aprenden á odiar á quienes no conocen, desde sus más tiernos años.» «De vez en cuando, no dejan de cometer la barbarie de extraer la sangre de algún niño cristiano para celebrar su Pascua; y aunque algunos de éstos lo tienen por fábula, y los hebreos se empeñan en negarlo, los ejemplos de Trento, Damasco, Antio-

quía, y en Alejandría este mismo año (el de 1880), confirman la creencia general de que los hebreos comercian con sangre de cristianos; yo, por mí mismo, vi y examiné al niño que mataron en Alejandría, y le habían abierto las venas de las muñecas y una bajo la barba para extraerle la sangre. La cosa fué tan notoria y pública que la ciudad se alzó en casi revolución por tres días contra los malvados hijos de Israel; pero éstos taparon la boca á la justicia con las libras esterlinas, compraron á la tropa que fué del Cairo, al patriarca griego-cismático, para que metiese la paz entre los de su nación, puesto que el niño muerto pertenecía á ellos; dícese que al patriarca esta mediación le valió 2.000 libras esterlinas, y el barón Minasci, el principal hebreo de Egipto, dicen que dió más de 5.000 libras para que se encubriese tan horrible acción. Yo sé de un cónsul que mandó, por orden de su Gobierno, sacar tres copias en fotografía del niño desangrado, y de ellas fueron mandadas: una al Gobierno de Rusia, otra al de Italia (bastante interesada en el asunto) y la tercera al de Alemania. El cliché se conserva... Este caso aislado no hace regla general, dirán los hebreos; yo en esto no entro: la Historia consigna los hechos, y ¡ojalá en este asunto no fuesen tan múltiples y claros!» (1).

De que entre la muchedumbre indocta de la que llamaba Gonzalo de Berceo, á principios del siglo XIII, «mesnada hebrea», fué acostumbrado cometer crímenes como el de Alejandría, testimonio ofrece de irrefutable fuerza en la centuria mencionada por medio de Alfonso X el Sabio, á quien no puede tildarse de enemistad hacia la grey judaica, la ley II, título XXIV de la partida VII, en la cual ingenuamente declaraba el regio cantor de la Virgen que «oyemos decir que en algunos logares los judios hicieron *et facen* el dia del viérnes santo remembranza de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, en

(1) P. Hugolino Masiá y Lucas, misionero apostólico, *Los ritos orientales* (Madrid, 1883), págs. 281 á 283.

manera de escarnio, *furtando los niños et poniéndolos en la cruz*», crimen horrible que la ley castigaba ordenando «matar muy aviltadamente» á cuantos en él intervinieran. No era, sin embargo, éste el único sacrilegio que en odio á la religión cristiana cometían los judíos, pues así Gonzalo de Berceo, ya mencionado, como el piadoso nieto de doña Berenguela, el primero en uno de los *Milagros de Nuestra Sennora*, y el segundo en el citado Código, que inmortaliza su memoria, guardan la de otros no menos reprobables y punibles.

Cuenta, con efecto, Berceo, en el Milagro XVIII, que estando celebrándose en la Catedral de Toledo la fiesta de la Virgen de Agosto, en que oficiaba el arzobispo, oyóse «una voz de grant tribulación», «dolient e querellosa», que venía del cielo y era de la propia Madre de Dios, «por ond fo perturbada toda la proçesion»; la voz decía, según el poeta:

«Oid..., christianos, una estranna cosa:
 La *gent de iudaismo* sorda e çegaiosa,
 Nunca contra don Xpo non fo más porfiosa.
 «Secundo que nos diçen las santas Escripturas,
 Ficieron en don Xpo muy grandes travesuras:

 »Los que mala naçieron *falssos e traydores*,
 Agora me renuevan los antigos dolores;
 En grant priesa me tienen, é en malos sudores:
En cruz está mi fiço, luz de los peccadores.»

Cuando cesó la voz, el arzobispo, dirigiéndose á los fieles, asombrados, exclamaba:

«Sepades que iudios façien alguna cosa
 En contra Jhu Xpo, fiço de la Gloriosa»;

é incitándoles á averiguarlo sin pérdida de tiempo, para castigar el sacrilegio, añadía:

«Vaiamos á las casas, esto non lo tardemos,
 De los rabís maiores, ca algo hallaremos:
 Desemos los iantares, ca bien los cobraremos;
 Si non, de la Gloriosa mal rebtados seremos.»

«Moviéronse los pueblos, toda la cleresía;
Fueron á muy grant priesa para la iudería;
Guiólos Jhu Xpo e la Virgo María;
Fo luego escubierta la su alevosía.

»*Fallaron en na casa del rabi más onrado
Un gran cuerpo de çera, commo omne formado,
Commo don Xpo sóvo, sedie crucifigado
Con grandes clavos preso, grant plaga al costado.*

»Quanta fonta fiçieron en el nuestro Sennor,
Allí la façien toda por nuestra desonor.»

La ley de Partida, luego de hablar de los hurtos de niños y de la crucifixión de éstos, recordaba no limitarse á ello solamente los judíos para escarnecer la Pasión de Jesucristo y la religión, pues también hacían «imágenes de cera», crucificándolas «quando los niños non pueden haber», ordenando la ley VI, título XXVIII, de la misma Partida, «á todos los judíos... de nuestro señorío, que ninguno de ellos non sea osado de *denostar á nuestro señor Jesucristo* en ninguna manera que seer pueda, *nin á santa María* su madre, *nin á ninguno de los otros sanctos*, nin de facer de fecho cosa ninguna contra ellos, así como *escopir contra la cruz, nin contra el altar nin contra alguna magestad* que esté en alguna eglesia ó á la puerta de ella, que sea pintada, ó entallada é semejanza de nuestro señor Jesucristo, ó de santa María, ó de alguno de los otros santos ó santas: nin sea osado de *ferir con mano, nin con pié nin con otra cosa ninguna* en alguna destas cosas sobredichas, nin de *apedrear las eglesias*, nin de facer nin de decir otra cosa semejante destas, paladinamente en desprecio nin en deshonra de la fé de los cristianos».

Claro es que cuando el legislador consignaba estos hechos, no en conjunto, sino en detalle, era porque habían acontecido, y prevenía para el porvenir los que ocurrir pudiesen; y bien que no determinaba la pena en la cual incurrián quienes de tal suerte procedieran, establecía con benévolo criterio que «qualquier que contra esto ficiere, *escarmentárgelo hemos en el cuerpo et en el haber*, según entendiéremos que lo meresce por

el yerro que ficiese». «Ca guisada cosa es et derecha, que los judíos..., á quien nos consentimos que vivan en nuestra tierra non creyendo en nuestra fé, que non finquen sin pena si denostaren ó ficieren alguna cosa de fecho paladinamente contra nuestro señor Jesucristo, ó contra santa María su madre, ó contra la nuestra fé católica, que es tan santa cosa, et tan buena et tan verdadera».

No es menos evidente, dado el carácter universal de la ley —la cual también se refería á los mudejares,—que si el legislador obligado estaba á prevenir los acontecimientos, el propio Alfonso X, dando acceso hasta su persona á los hebreos, utilizando su concurso en las empresas científicas por él realizadas, encomendándoles parte muy principal en ellas, y por este camino, atento como nadie al desarrollo de la nacional cultura, ni sospechaba ni podía sospechar de aquellos judíos que tan poderosamente contribuyeron á los fines perseguidos por tan celebrado monarca, y cuya ilustración y cuya ciencia les apartaba de los groseros procederés, de los errores y de las supersticiones á que tan dada era la indocta muchedumbre israelita.

Mas, sea como quiera, de la lectura y del examen de uno de los procesos, el único existente, seguidos á consecuencia del horrible crimen del Niño de la Guardia, á quien se ha dado con error el nombre de Cristóbal, así como de las noticias consignadas en otros documentos, cuya copia tengo á la vista, resulta que el lunes 7 de Mayo de 1487 la santa Inquisición de Toledo celebró un auto de fe «en que sacaron á quemar veintitrés personas, catorce hombres y nueve mujeres», entre quienes «yva un canónigo de Toledo, clérigo de missa, del qual se dixeron en su proceso cosas abominables de heregías que avía fecho» (1); que, pregonado ocho días antes el auto, «fué ayun-

(1) De dicho canónigo, converso, dice el documento «que traya una cruz, fecha en la camisa, en la derecha del posadero; é confessó por el tormento que quando çelebrava, en lugar dezir las palabras de la consa-

tada mucha gente que vino de las comarcas» á presenciario, asistiendo á él, por aventura, el judío Mosé Franco, vecino del Quintanar, y el converso judaizante Juan Franco, en unión de otros judíos y conversos, vecinos de la villa de La Guardia, que era del arcedianato de Toledo, del Quintanar y de Tembleque, todos ellos gente de escasa ilustración, como dedicada á las faenas del campo, ó á oficios y menesteres de no mayor categoría social, por cierto.

Dolióles vivamente, en lo más hondo de su sér, el terrible espectáculo, el cual, con el ofrecido por otros autos de reconciliación verificados antes con multitud de conversos, y en uno de los cuales fué *sambenitado* y «sacado á la vergüenza» el vecino de La Guardia, Alonso Franco,—era amenazador anuncio de la época de intransigencia que de tal manera se inauguraba, y de la suerte que podían esperar cuantos pública ó privadamente practicaban la ley de Moisés en el reino. Sojuzgados, pues, por el terror; impelidos por el odio que abrigaban contra los cristianos, sus dominadores y sus verdugos; por la influencia malsana de las cábalas y las supersticiones que han señoreado y poseído siempre los espíritus incultos y persevera en la grey judáica, y exasperados y sobreexcitados por lo que habían llenos de espanto visto, parece ser que el judío y el converso, es decir, Mosé Franco y Juan Franco, hubieron de tratar secreta y misteriosamente «sobre esto muchas cosas», y en particular de los medios por los cuales se habían de librar de la ensañada persecución con que les affigian los inquisidores, ministros ardorosos de un Tribunal recientemente ins-

gracion, dezía *Sús, periquete, que os mira la gente...*» E despues vistieron al dicho canónigo como para dezir missa, é allí un obispo desgraduóle; é despues de todas las vestiduras tiradas, le vistieron un sanbenito amarillo, é le pusieron una coroca en la cabeça, é le ataron de la forma que á los otros trayan», y por último, llevaron á todos á la Vega, «donde fueron quemados ellos é sus heregias con ellos». Verdaderamente que si el canónigo llevaba la cruz donde dice el documento, y en el acto de la consagración pronunciaba las palabras que se le atribuyen, bien merecida tuvo la hoguera, tanto por hereje como por tonto.

tituído, la cual arreciaba de modo que no perdonaba ya ni á los difuntos, cuyos huesos eran también quemados en la hoguera.

Y como no había en realidad, fuera de la fuga por muchos preferida, recurso humano bastante eficaz y poderoso para evitar las persecuciones, después, sobre todo, de la fracasada conjuración urdida por los conversos toledanos para solemnizar el día del *Corpus Christi* de 1485 con el asesinato de los inquisidores y de la clerecía (1),—fuéles preciso acudir á otros arbitrios sobrenaturales á fin de conseguir su intento, valiéndose de hechizos y conjuros, á que tan dados eran, y en los cuales fueron los judíos maestros. Así, pues, perfectamente poseído sin duda de la virtud incontrastable del recurso á que pretendía apelar, y cegado por la superstición, el hebreo Mosé Franco manifestaba convencido al converso que «pudiéndose haber un corazón de un muchacho cristiano, se podía todo remediar», conforme apetecían, y su seguridad imperiosamente reclamaba.

No eran perdidas por aquellos desalumbrados é ilusos, á quienes el miedo trastornaba, las palabras pronunciadas por el judío Mosé, las cuales constituían muy terrible amenaza por sí solas; y consultado seguramente el caso con Maestre Yuça Tazarte, «físico», celebraron con éste algunas y muy secretas entrevistas para el «concierto», en lugar apartado, lo cual hacían así para que no se enterasen sus mujeres, pues muchos de ellos, conversos, se habían con cristianas viejas casado, á fin de fingir mejor, y no se fiaban de ellas. Verificábanse dichas reuniones y conciliábulos «en unas cuevas questán entre Dos-Barrios y La Guardia, en el camino que va á Ocaña, apartado en cuesta de la horca», ó como en otra parte del proceso se dice, «en una cueva, que está entre La Guardia é Dos-Barrios,

(1) Parece que la conjuración debió ser general entre los conversos, pues en 15 de Septiembre de aquel año fué por ellos muerto en la Seo de Zaragoza el canónigo inquisidor Pedro de Arbués, venerado cual mártir en los altares.

que está apartada un poco del camino á la mano derecha yendo de La Guardia á Dos-Barrios», la cual era llamada de *Carreocaña*, y en ella, temerosos de la Inquisición los Francos, habían hecho antes de ser «sacado á la vergüenza» en Toledo Alonso Franco, ciertos «fechisos» con una hostia consagrada, «para que los inquisidores non extendiesen nin podiesen faser mal» á los Francos, «é si contra ellos procediese que moriesen».

Manifiesta la ineficacia del «fechiso» hecho con la hostia consagrada, pues Alonso Franco fué penitenciado en 1487, habían los dichos Francos acudido de nuevo á la sabiduría de Maestre Yuçá Tazarte, judío, «para que les fesiese otra cosa más fuerte, pues lo de la hostia non avia aprovechado»; y apremiado el Yuçá, que debía ser un embaucador ladino, díjoles entonces «que trabajasen por aver un niño christiano», concertando así las palabras de Tazarte con las de Mosé Franco, según se desprende de las declaraciones del proceso, si no son versiones distintas de un mismo hecho: que todo podría ser, dadas la vaguedad y la confusión intencionadas, producidas por los procesados. En aquel nefando «concierto», demás del dicho Yuçá Tazarte, entraban Ça (Isahak) Franco, Mosé (Moisés) Franco, Yucé (José) Franco, David de Perejón, judíos vecinos de Tembleque, y Alonso Franco, García Franco, Juan Franco, Lope Franco, Juan de Ocaña y Benito García, conversos y vecinos de La Guardia.

Confiada á Juan Franco la comisión de proporcionar la criatura que para el nuevo y más poderoso conjuro había Tazarte pedido,—hasta mediados del año 1489, según parece desprenderse de las declaraciones que en el proceso del judío Yucé Franco figuran, no le fué posible apoderarse de ningún niño cristiano. Era ya por «quaresma é antes de pascua florida», y en uno de sus viajes á Toledo, á la caída de la tarde, vendida la «carretada de trigo» que había llevado, Juan «se fué á un bodegón», y encontró en la calle un niño «que sería de hedad de tres ó quatro años poco más ó menos». Es-

taba la desventurada criatura á la puerta de una casa (1), y halagándole y regalándole (2), llevóle sin contratiempo consigo en su carreta, llegando ya de noche á La Guardia, no sin haber «ascondido al dicho niño... en *la hos* de La Guardia», que era «una dehesa en la ribera de Algodor» (3), donde permaneció aquél «un día, fasta la noche que lo crucificaron».

A la noticia de haber logrado el converso Juan Franco apoderarse de la víctima, congregábanse judíos y cristianos

(1) «En el original se escribió primero *á puerta de su madre*, tachándose luego *de su madre*, é imponiéndose *un* entre *á* y *puerta*» (Nota del P. Fita). En la diligencia de careo verificada el 14 de Noviembre de 1491 entre don Ça Franco, Yucé Franco, Benito García, Juan de Ocaña y Juan Franco, se dice, sin embargo: «Iten, asimismo los dichos iohán franco é benito garcía se concertaron, y el uno conosció al otro, y el otro al otro, quel día quel dicho johán franco tomó al dicho niño en toledo, que dicho benito garcía se falló asimismo en toledo; y amos á dos concertaron que cada uno buscase al dicho niño por su parte, cómmo y dónde mejor pudiese; é quel dicho benito garcía demandó al dicho johán franco en aquel mismo día un real, é non gelo dió, é dixo que non lo tenía». «Y ende se partieron á buscar al dicho niño cada por su parte; y el dicho iohán franco dixo que estonce *tomó el dicho niño de la puerta del perdón* (de la Catedral), como dicho é confesado tiene en sus confesiones». Resulta, pues, que de los informes de los procesados no puede deducirse con entera claridad lo cierto, aunque esta última deposición no carece de visos de verosimilitud, para ser admitida. En otras declaraciones se había dicho que en aquel tiempo «sonó que en *lillo* se avia perdido uno (un niño), é otro en la guardia avia ido con un tío suyo á las viñas, é despues nunca avia parecido. É que los dichos francos ivan é venían á murcia, é que podría ser que de allá ó del camino podrían traer algund niño, é que ninguno lo supiese; por que ivan é venían con carretas é traían botas de sardinas, é algunas dellas vasías». El procesado Juan de Ocaña, en 20 de Octubre de 1491, preguntado «que de dónde ovieron el dicho niño que crucificaron», respondía «que mosé franco judío, defunto, le traxo al dicho niño del *quintanar* fasta tembleque montado en un asno». «El qual niño era *fijo de Alonso martin del quintanar*, segund desía el dicho judío».

(2) El original dice «é le diera un *nuédago*».

(3) «La dehesa existe, con efecto, sobre la ribera izquierda del río Algodor, en el camino antiguo de Mora á Tembleque». «Hoy se llama *Casa de Cuartos* ó *Cuartos de la Hoz*, y tiene á su lado un molino y un puente» (Nota del P. Fita).

nuevos en la cueva de *Carreocaña*, ya cerrada la noche del día siguiente al del rapto. Antes de conducir allí al inocente, el físico Yuçá Tazarte exigía á los «concertados» «que todos fesiesen juramento que todo lo que allí se avia de faser é se faría, todos los susodichos é cada uno dellos lo toviesen se creto, é non lo podiesen revelar por cosa del mundo, fasta estar un año cumplido en presiones de inquisición, preso por ello; é si acaso fuese que en tormentos lo confesasen, que despues de salidos del dicho tormento non persisterían en tal confesión, antes lo negarían». Prestado el juramento conforme don Yuçá dejaba indicado, fué el pobre niño conducido á la cueva, la cual, por estar en ella «candelas de cera blanca ascendidas» para que la alumbrasen, tenía «atapada la puerta... con una capa» ó una manta, «porque la lus non saliese fuera».

Con dos toscos maderos que habían previamente llevado de Santa María de Pera, de los cuales un «era de un cabrío» y el otro «de una rabera de un exe de una carreta», tenían hecha ya aquellos malvados una cruz, asegurados los dichos maderos «con una sogá desparto». Asiendo luego de la criatura, que debió contemplar sin darse cuenta de ello tales preparativos, desnudábanla por completo de sus miseras ropas, y extendiéndole «en cuero é la cabeça fazia arriba» sobre la cruz de tal suerte formada, «primeramente ataron los piés é las manos al dicho niño con la dicha sogá», «é lo bofetearon, é mesaron, é açotaron», cosa ésta que hizo el converso Lope Franco con otras sogas de esparto, y le «escupieron é le pusieron unas augas espinosas en las espaldas é en las plantas de los piés», al mismo tiempo que otro converso, Benito García, con «unas yervas espinosas» que buscó fuera de la cueva, hizo «una guirnalda redonda, á manera de *chapereta*, é la puso en la cabeça del dicho niño».

Después «le enclavaron los piés y las manos con clavos»; y como el inocente, á quien «fesieron otros muchos vituperios», llorase á grandes y agudos gritos, que sobresaltaron á sus im-

placables verdugos, mientras el converso Alonso Franco (1) le abría «las venas de los brazos amos á dos... é le dexó estar así un buen rato, más de media hora, desangrándose», otros le ahogaban para sofocar sus lamentos, los cuales, si eran oídos fuera, podrían poner á todos en peligro. Recogía el dicho Alonso Franco «la sangre del un braço en un caldero de alambre, é la sangre del otro braço... en una *altamia* (2) amarilla, de las que se fassen en Ocaña toscas», en tanto que los judíos don Ça Franco, «é Yuçe Franco é Mosé Franco», sus hijos, «é maestre Yuça Tazarte é don David de Perejón... le davan bofetadas é repelones», exclamando «especialmente... quando le açotavan: *A este traydor, engañador, que quando predicava, predicava mentiras contra la ley de Dios é contra la ley de Moysén: é agora pagarás aquí las cosas que dezías en aquel tiempo... que pensaste desfaser á nosotros é ensalçar á tí; que más mal has de aver aún questo; que pensaste destruir á nosotros é destroiremos á tí, commo á falso engañador*», palabras que repetían los conversos, «respondiendo á los dichos judíos».

«Estando así el dicho niño», el cristiano nuevo Juan Franco «le fincó un cochillo por el costado», el cual cuchillo era «de un palmo, destes *bohemos*» (3), y García Franco, también converso, le sacó el corazón por debaxo de la ternilla, é le echó en el dicho corazón un poco de sal». Muerta ya, desangrada, escarnecida y de todas suertes vilipendiada la criatura, con cuyo corazón proyectaban aquellos fanáticos y feroces secta-

(1) En otra declaración, la de Juan de Ocaña, se dice que el judío «Iucé Franco traía un *canivete* (cuchillo) chequito: é que se llegó al dicho niño estando crucificado, é le sacó sangre del braço con el dicho cochillo».

(2) «Taza ó escudilla en que cabe la porción de caldo ó potage que cada uno se come», según los glosarios; es voz arábica formada de *ath-thaâmia* (v. el *Glosario* de Eguílaz Yanguas). Dozy entiende por ella «écuelle de erre vernissée», y con error deriva la palabra de la de *as-solthania*, equivalente á la real.

(3) «*Gumia*, portugués *gomia*, catalán *bomio*, daga ó puñal corvo» (Nota del P. Fita).

rios hacer el «fechiso» ó conjuro que había de librarles de las persecuciones de la Inquisición, desataron y desclavaron el cuerpo del mártir, y cogiéndole Juan Franco por los brazos, y García Franco por los pies, sacáronlo de la cueva, dándole tierra en el valle de La Guardia que «viene por el arroyo descorchón» (1), «cabe Santa María de Pera», según otro procesado; Lope Franco llevaba el azadón con que fué cavado el hoyo, y además la sangre, que parece hubo de ser vertida en la sepultura, quedando el corazón en poder de Alonso Franco.

Para asegurar más todavía la eficacia salvadora del conjuro que debía hacer el físico judío Tazarte con el corazón del niño, convinieron aquellos desalmados en aplazar el «fechiso» hasta disponer de una hostia consagrada, de la cual se hacía al fin Alonso Franco, tomándola en la iglesia del Romeral de la custodia, con lo que, quince días después de haber tan impiamente crucificado al niño, judíos y conversos se reunían de nuevo con el mayor sigilo en la propia cueva, trayendo «allí Alonso Franco el corazón del dicho niño, é una hostia consagrada en una caxeta». Hizo de ambas cosas entrega á maestre Yuçá, «é se apartaron á un rincón de la cueva para faser cierto conjuro que faría el dicho maestre Yuçá», conjuro de cuya eficacia nada dicen los procesados; pero de la cual nada tampoco obtuvieron segura y naturalmente, en contra de lo que esperaban y se prometían.

Porque lo cierto era que en tales «fechisos» confiaban aquellos á quienes en rigor sólo puede darse el dictado de salvajes, para conseguir, por su virtud sobrenatural y misteriosa, «que todos los inquisidores é otras qualesquier justicias é personas que quesiesen faser mal» á los conversos judaizantes y á los judíos, «moriesen rabiando», y el Maestre Yuçá, como hombre de mayor entendimiento, aseguraba y les hacía creer que por aquel medio «avian de morir todos los christianos ravian-

(1) «Hoy se llama *Cedrón*; pero el nombre antiguo *Escorchón* persevera en el del camino contiguo» (Nota del cit. P. Fita).

do, ó se avían de tornar judíos, é que los judíos solos avían de quedar en el mundo; é que así avía de perescer la ley de Ihesu Christo é enxalçarse la ley de Moysen», con lo cual ellos serían libres y poderosos.

Tal y tan grande en los crueles verdugos del inocente niño toledano, que por de La Guardia es conocido, debía de ser la ansiedad por verse definitivamente libres de la amenaza constante que sobre ellos pesaba por parte de la Inquisición, como para que ante la ineficacia del conjuro hecho con el corazón de la criatura y la hostia consagrada de la iglesia del Romeral, tornaran impenitentes á instar al físico Tazarte procurase nuevo arbitrio y manera de conseguir sus propósitos. No hubo acaso de agradar al ladino hebreo la insistencia de los desalmados ilusos, quienes de su ciencia desconfiaban ya en vista de lo acontecido; y ó declarándose ante ellos impotente, ó deseoso de alejarlos, proponíales hacer nuevas experiencias, aunque no por él, siempre que al corazón del niño sacrificado agregasen otra hostia consagrada, pues la primera, facilitada por Alonso Franco, no servía.

A su cargo, sin vacilar, tomaba este converso—á quien personalmente escocía el haber sido por la Inquisición «sacado á la vergüenza», según queda dicho—la empresa de proporcionar como la otra vez la hostia requerida para el conjuro. Por aventura, sacristán era á la sazón en la iglesia de Santa María de la villa de La Guardia, un sobrino del Alonso, llamado Juan, hijo de Gómez de Alcázar, vecino de la dicha villa, y á él hubo de dirigirse desde luego por dos veces, rogándole del modo más afectuoso posible «le diese *dos hostias* consagradas», á cambio de las cuales no sólo le ofreció «un capús y dineros», sino que le hizo otras varias y halagadoras promesas, pues «le avía de faser muchos bienes».

No se mostró el sacristán todo lo propicio que su tío el Alonso Franco deseaba, la primera vez que le habló de esto en la plaza de la villa, hacia Noviembre de 1489. Instando segunda vez con nuevos y mayores prometimientos, cerca del

Hospital de la Cruz del lugar referido, y, á lo que parece, acompañado Alonso de Benito García el cardador, á quienes tenía por buenos cristianos, decíanle á los reparos que él ponía que, ciertamente, «era pecado dar la dicha hostia consagrada de aquella manera, mas que non era heregía, é que cualquier confesor podía absolver de aquel pecado»; y como les preguntase para qué querían la hostia, y qué iban á hacer con ella, el Benito García procuró tranquilizar la conciencia del simple sacristán, manifestándole «non curase de lo saber, que non se avia de faser con ella mal ninguno, salvo que les avía de venir mucho bien» por ello. Vencido al fin por los halagos y las promesas, prometía por su parte proporcionar el sacristán las dos hostias, las cuales habían de ser entregadas al Benito García, según le rogó Alonso Franco lo hiciese; y así concertados, buscó el Juan Gómez ocasión para satisfacerles.

Tenían los clérigos de Santa María la costumbre de dejar las llaves del Sagrario en un poyo de yeso que había cerca de él; y tomándolas de allí á hurto,—el sacristán, á hora conveniente y escogida de la noche, en presencia del citado judío converso Benito García, que le acompañaba, abría el Sagrario, donde no encontró sino dos hostias consagradas, por lo cual «tomó la una hostia y dexó la otra», sin duda temeroso de que si se apoderaba de las dos, podría ser más fácilmente advertido el sacrilegio. Dióla en seguida al Benito con otra no consagrada, haciéndole entrega además de las llaves del Sagrario, las cuales tuvo en su poder aquél «obra de un mes, poco más ó menos» (1), sin que por servicio semejante «nunca le dieran nada» de lo que prometido le tenían.

(1) En la declaración prestada en Ávila á 18 de Noviembre de 1491 por el sacristán, no está claro qué llaves fueron las que aquél entregó á Benito García. La pregunta y la respuesta dicen: «Preguntado este confesante si dió la dicha hostia consagrada al dicho benito al tiempo que le dió *las llaves de la iglesia* al dicho benito é si andovo con ellas tres dias, commo dicho tiene, ó si fué antes de aquel tiempo ó despues, dixo que dió la dicha hostia consagrada al dicho benito garcia, *después quel dicho benito garcia se fué con las llaves de la dicha iglesia*, commo dicho tiene,

En posesión ya de la hostia, reunidos judíos y conversos medio año después del martirio del Niño de La Guardia en un sitio llamado *Sorrostros*, entre Tembleque y La Guardia, acordaron de enviarla á Zamora, juntamente con el corazón del mencionado niño; con tal propósito, fué «enbuelta [la hostia] en un pergamino, é atada con un filo de seda colorada ó morada», y así dispuesta, la entregaron á Benito García... con una carta escripta en judiego», trasladada después en «romance, porque careciese de suspección» si se la hallaban. El García había de llevar la hostia á Zamora, y darla allí á un judío llamado Mosé Abenamias, amigo de Yuçá Tazarte, y en la carta donde «avía de desir» que le enviaban la hostia, decía que le enviaban una vara de paño. Abenamias, por su parte, debía entregar la hostia á «un sabio para faser los fechisos», el cual sabio y el físico Yuçá «avían estudiado juntamente en una escuela».

Partió el García con el encargo; pero habiendo ido á Santiago de Compostela antes, al tomar el camino para Zamora, se detuvo en lugar cerca de Astorga, «é estando en un mesón, estaban en él unos borrachos, é le tomaron é cataron el fardel, é ende le fallaron la hostia, é gela tomaron, é unas yerbas, é otras cosas que traía en el fardel; é que dixeron: *Este hereje es*». Por más que procuró sincerarse, no pudo conseguirlo, «é por aquello le prendieron, é... le atormentaron é le dieron más de dozientos azotes», conduciéndole á Astorga «con una soga á la garganta», y entregándole allí al doctor Villada, que era provisor del obispado, «é que ende le fesieron desir lo que sabía é más de lo que sabía, y con que le que-

obra de un mes, poco más ó menos». Yucé Franco, en la declaración prestada el 9 de Abril de 1491, decía: «que maestre yuçá tazarte, físico, defuncto, vesino de tembleque, le dixo... quel dicho judío físico avía rogado á benito garcía vesino de la guardia..., que le hoviesse una hostia consagrada de la iglesia; é quel dicho benito garcía furtara las llaves de la iglesia de la guardia é las tudo dos dias ascondido en la ribera de tejo (el Tajo); é quel dicho benito garcía le avia dado la dicha hostia al dicho judío físico».

masen», pues con efecto, «el perro del doctor le avía dado doscientos açotes... é un tormento de agua, é en otra noche dos garrotes, fasta que le fiziera conoscer con qué le quemén».

La prisión de Benito García, acaecida como cinco meses después de haberle entregado el sacristán de La Guardia la hostia consagrada, esto es, á mediados del año 1490, y las declaraciones ó confesiones que en el tormento hizo, causa fueron del descubrimiento del horrible crimen cometido con el Niño de La Guardia, por lo cual Fray Tomás de Torquemada, «prior del Monesterio de Santa Cruz de Segovia, de la horden de los predicadores, confesor del Rey é de la Reyna nuestros Señores ó del su Consejo, Inquisidor general de la herética apostasía é pravidad de los Reynos de Castilla é Aragón, é en todos los otros Reynos, tierras é señoríos de sus Altezas, dado é deputado por la Santa Sede Apostólica», habiendo tenido «cierta é legítima información», mandó fueran presos «las personas é cuerpos de Alonso Franco, é Lope Franco, é García Franco, é de Juan Franco, vezinos de La Guardia del arçobispado de Toledo, é las [personas y cuerpos] de Yucé Franco, judío vezino de Tembleque, é de Mosé Abenamias, judío abitante en la çibdad de Çamora, é de Juan de Ocaña, é Benito García, vezinos del dicho lugar de La Guardia, é secrestar (secuestrar) todos sus bienes por aver hereticado é apostatado, é aver cometido algunas cosas, crímines é delictos contra nuestra santa Fé Católica».

Conducidos primero á la cárcel de la Inquisición en Segovia, eran trasladados después á la de Avila, en cuyos inquisidores, «don Pedro de Villada, doctor en Decretos, abad de San Millán é de San Marcial en las iglesias de Búrgos é León, Juan López de Cigales, licenciado en Santa Theologia, canónigo de Cuenca, é... frey Ferrando de Santo Domingo, presentado en Santa Theología, de la horden de los predicadores», delegaba su autoridad y su representación en estos procesos Torquemada. Perdidos por desdicha los demás, sólo se conserva el seguido contra Yucé Franco, judío, vecino de Tembleque, hijo

de don Ça Franco, y hermano de Mosé, ambos judíos, debiendo advertir que al comenzar las actuaciones en 17 de Diciembre de 1490, eran fallecidos ya el físico Yuzá Tazarte, autor interesado de los conjuros, pues por ellos cobraba, Mosé Franco y David Perejón, quienes habían tan directamente intervenido en todo.

En 22 del propio mes y año, Yucé nombraba para representarle en la causa al procurador Martín Vázquez, dirigido por el letrado bachiller Sanz, quien presentaba en seguida el oportuno escrito oponiéndose á la petición fiscal; y recusando por incompetencia á los inquisidores de Ávila, por ser el procesado vecino de Tembleque, lugar que era de la jurisdicción del arzobispado de Toledo, sincerábale del crimen de herejía ó apostasía que se le imputaba, y que no podía cometer á causa de ser judío declarado. Argumentando sobre esto, negaba toda participación é intervención de su patrocinado en la crucifixión del Niño de la Guardia—que luego confesó con variedad de formas el Yucé Franco,—como negaba hubiese inducido nunca ni *atrahido* á judaizar ningún cristiano, «siendo como es—decía—*judío oficial y moço ignorante de su misma ley*», á quien sólo interesaba «ganar su vida» en el oficio de *çapatero*, alegando que si en alguna ocasión pudo decir algo á los cristianos (conversos), que lo hizo sin intención deliberada y como «judío simple», por lo cual «á simpleza debe ser juzgado y interpretado».

Probado el crimen, finalmente, el 16 de Noviembre de 1491, se dictó sentencia condenatoria y se verificó el auto de fe, en que fueron quemados los criminales. Los conversos Benito García de las Mesuras, Juan de Ocaña y Juan Franco, por haberse arrepentido y confesado á Dios, fueron, por conmisericordia, ahogados en el palo antes de ser quemados; pero los demás fueron quemados vivos, y murieron «atenazados y buenos judíos, negando sus crueles errores, sin llamar á Dios ni á Santa María, ni hacer solamente un signo de la cruz», según en carta del 17 de Noviembre decía al Concejo, alcaldes, regi-

dores, caballeros y hombres buenos de la villa de La Guardia el notario de la ciudad de Ávila, Antón González, quien añadía, refiriéndose á los judíos impenitentes: «no rogueis á Dios por ellos, que sepultados están en el infierno».

Tales fueron el crimen horroroso y el martirio del inocente *Niño de La Guardia*, que Bayeu, con diestro pincel, representó en uno de los frescos del Claustro bajo de la Catedral toledana, y cuya contemplación me había vivamente impresionado en todas ocasiones. Si de la enemiga manifiesta de los cristianos para con los judíos podía sospecharse al relatar el martirio,—la existencia de los documentos convence, por desgracia, de la certidumbre de los hechos, tanto más, cuanto que mucho antes y mucho después de cometidos los sacrilegios á que en especial aludo, constaba ser costumbre en los descendientes de Israel la de ejecutarlos, guiados por la barbarie, hija de la ignorancia, madre de la superstición y del fanatismo, y causa y origen de tantos crímenes; y así he procurado advertirlo, con pruebas y testimonios que no juzgo rebatibles.

A la escrupulosa diligencia infatigable del ilustre académico de la Historia, R. P. Fita, tan docto en todas materias, y particularmente en lo que á la desventurada grey judáica se refiere, es debido el conocimiento del proceso seguido á Yucé Franco; poseíale el Jefe del Archivo Municipal de Madrid, D. Timoteo Domingo y Palacio, quien, habiéndolo adquirido en Guadalajara, facilitó copia de él á la insigne Corporación científica mencionada arriba, y fué publicado por el P. Fita, con notas y comentarios del mayor interés, en el tomo XI del *Boletín* de la citada Academia, correspondiente á 1887. El P. Fita, apurando la materia, inserta y combate á continuación la *Memoria del Santo Niño de La Guardia*, escrita por el Licenciado Damián de Vegas, y terminada en 18 de Marzo de 1544. Dicha *Memoria*, conteniendo errores de bulto, como el de llamar CRISTÓBAL á la criatura, es la que ha servido hasta aquí para conocer el hecho criminoso; en ella se inspiró el P. Yepes en su *Historia del Santo Inocente*, como

los demás que le suceden en la exposición del *Martirio*, según advierte el P. Fita, quien hace notar que, del *Testimonio* facilitado por «los tres Secretarios de la Suprema», el cual «desmiente los errores de la *Memoria*» de Damián de Vegas, «sacó el P. Yepes la conclusión, aunque no exacta en todos sus ápices, de haberse llamado este niño JUAN, quando le hurtaron, *hijo de Alonso de Passamontes y de Juana la Guindera, vezinos de Toledo*».

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

LA TRATA DE BLANCAS

Pobre mujer, para sufrir criada,
vil la marcó la sociedad impía,
viviendo en medio de ella condenada
á perpetua batalla y rebeldía;
hija del crimen, sola, abandonada
á su propia experiencia y energía...

ESPRONCEDA: *El diablo mundo.*

I

CONSIDERACIONES GENERALES

Asunto de actualidad palpitante es, á no dudar, el que constituye el objeto de este trabajo: no pasa día sin que en la prensa cotidiana se le consagren líneas, y aun columnas, dando cuenta de medidas adoptadas para encauzar, ya que no para abolir, un hecho monstruoso, á todas luces incompatible con la civilización de que en los tiempos modernos se blasona. Irrisón parece que á boca llena afirmen unos y otros la existencia actual de omnímodas libertades: «Libres las conciencias desde Westfalia, proclamados los *derechos del hombre* por la Revolución Francesa, rescatados los negros en virtud de las leyes abolicionistas (1), el sol de la libertad brilló al fin

(1) Meses ha, en estas mismas páginas, hube de ocuparme de *La trata de negros*, en un artículo del que puede considerarse complemento el presente trabajo, como lo será de entrambos el que acaso publique algún día referente al *Proletariado*, en sus dos manifestaciones de *manual é intelectual*.

sobre los humanos seres...» No parece sino que quienes tal afirman, para creer en el esclavo necesitan ver la cadena en su tobillo, la marca en la frente, el carcán al cuello... Las meretrices, ¿qué son sino esclavas, que arrastrando van su triste vida en la bochornosa servidumbre á que la administración y las costumbres las condenan? Hez de la escoria social, sobre quien caen de consuno las iras gubernativas y el desprecio de las gentes honradas, son el emblema de la mujer, en general, postergada siempre, constituída en condición de inferioridad respecto del hombre, el cual, con hipócrita egoísmo, aparenta concedérselo todo, y en realidad todo se lo niega.

Ningún sér, en verdad, ha merecido tantas diatribas y menosprecio tánto como la compañera del hombre, carne de su carne, según la tradición teológica afirma; tan sólo los poetas han dicho de ella lindezas sin cuento: «Toda mujer es una flor con alma», dijo nuestro inmortal Campoamor; «La mujer es, por naturaleza, más sensible, más impresionable, más amorosa que el hombre», afirmó Lamartine... A cambio de esto, ¡qué dicterios los de los filósofos! ¡Qué insultos los de los grandes pensadores contra ellas! Corre como artículo de fe el enaltecimiento de la mujer por el cristianismo; y sin embargo, las sagradas Escrituras y las obras de los Santos Padres, pletóricas están de frases despectivas é injuriosas aseveraciones contra las débiles hembras (1). Dijérase, leyendo tales improprios, que los cenobitas y anacoretas, sus autores, trataban de imponerse á sí mismos un odio á la mujer que acaso estu-

(1) Más vale un hombre que te haga mal, que una mujer que te haga bien (*Eclesiastés*, cap. VII, v. 26). La mujer es cabeza del crimen, arma del diablo (*San Antonio*). La mujer es un escorpión pronto siempre á picar (*San Buenaventura*). La mujer es el origen de todos los males (*San Jerónimo*). ¡Qué soberana peste es la mujer! (*San Juan Crisóstomo*). La mujer no tiene el sentido del bien (*San Gregorio el Grande*). Una mujer sin reproche es más rara que el fénix (*San Jerónimo*). La mujer es la savia del pecado (*San Agustín*). ¡Hombre de bien, huye de la mujer; si no, eres perdido! (*San Paulino*). *Et sic de cæteris*. Por respeto al bello sexo, no continúo una tan poco galante letanía.

vieran muy lejos de sentir; no puede por menos de recordarse, al ver un menosprecio tan marcado, cierta frase famosa de Deschanel: «Se dice tanto mal de las mujeres, porque se piensa de ellas demasiado bien, y se aparenta odiarlas, ante el temor de que se conozca que es imposible dejar de quererlas».

...Sea como fuere, el concepto cruel é insultante es el que ha prevalecido: los albores del siglo xx alumbran cierta tendencia contraria, ese movimiento que con el nombre de *feminismo* se conoce, que no es sino el bosquejo de la vindicación del sexo postergado, que, ávido de justicia, por sus fueros vuelve... Mucho ha de trabajarse antes de extirpar un concepto tan arraigado como odioso, el de la supuesta inferioridad de la mujer.

Pues en este concepto, inculcado en el espíritu de las mismas ofendidas, radica á mi ver el origen psíquico de la prostitución: eduquemos á la mujer de modo distinto al que hoy se emplea, hagámosle ver que es igual al hombre, démosle armas para exteriorizar en hechos esta afirmación, que de otro modo resultará gratuita y estéril, y la prostitución habrá sufrido un golpe terrible. Pero ésta es labor de muchos siglos, de numerosas generaciones, de férreas voluntades al mismo fin encauzadas.

Hoy, la mujer, desde el momento en que tiene uso de razón, adquiere el convencimiento de su propia insignificancia, fiando su porvenir en el hombre; y éste, poseído de su autocrático papel, trocándose de protector en tirano, de amable en odioso, persigue á la mujer, la acosa, la acorrala, dando contra ella formidables batidas; y cuando al cabo se ve victorioso, en vez de mostrar su magnanimidad, desdeña á la víctima, convirtiéndola en un sér abyecto, que en los más de los casos va á engrosar el número de las desdichadas inscritas en los Registros de la sección de Higiene.

Porque, indudablemente—las estadísticas así lo afirman,—una de las principales causas que ocasionan la prostitución es

el abandono del primer amante. Pero esto no quiere decir que sea la única. ¡Hay tantas! Otra, tan interesante como aquélla, tal vez más, es la miseria. El trabajo de la mujer, cada día más depreciado, sólo puede proporcionar los medios para matar el hambre á un número exiguo de las que solicitan ocupación; las demás, ¿qué han de hacer? La experiencia les ha enseñado que pisoteando la honra pueden comer, y la inmensa mayoría arroja como un fardo inútil, lastre con el cual zozobraría, lo que debiera ser para ella el bien máspreciado. Las mismas que lograron trabajo no están por eso libres de caer: patronos hay, ó capataces, tan libidinosos como perversos, que les piden una caricia á cambio de su conservación en el taller; y ellas... ¿cómo han de resistir las pobres?

Muchas caen víctimas de su misma ignorancia: sólo ven las apariencias agradables de la vida de lupanar, las grandes ganancias, á poca costa obtenidas, el agasajo de los hombres, el aparente bienestar y chocarrero lujo de que pueden ó creen poder rodearse...

La libertad en que viven las gentes menesterosas facilita la perdición de las muchachas, expuestas á las seducciones del hombre y á los maquiavelismos de las proxenetas; mas á veces recorren los primeros pasos en la senda del vicio dentro de los mismos tugurios en que habitan con su familia, víctimas de la más repugnante de las transgresiones de la moral—el incesto,—cometido casi inconscientemente con sus hermanos, pues la miseria no entiende de separación de lechos.

La misma religión, ¿no puede ser origen de caídas femeniles? Si es verdad, como proclama Tenorio, que

un punto de contrición
da á un alma la salvación,

¡cuántas no habrán echado esto en saco roto, prometiéndose la enmienda para el día de mañana, cuando puedan repetir una vez más aquello de que «el diablo harto de carne se hizo monje»! Además, si las fuerzas naturales inducen muchas veces á la

mujer al olvido de sus deberes, fuerza es reconocer que en algunas ocasiones la inocencia de la virgen habrá caído marchita al pie del confesonario: baste recordar, para comprenderlo así, los monstruosos disparates contenidos en el célebre *Confesonario* del P. Claret (1).

Una vez en el lodo, la meretriz es despreciada por doquier: ¡hasta por el hombre, causa ocasional de su caída! Y entonces, arrepentida y avergonzada, pretende reivindicarse, salir de la abyección, retornar á ser lo que antes era; mas todo inútil: parodiando cierta frase de *Juan José*, bien puede afirmarse que, al entrar una mujer en la mancebía, emprende un viaje para el cual no hay billete de vuelta. Impídeselo, de un lado, el estigma que sobre ella indeleblemente pesa; el abandono de los suyos; la pérdida de los hábitos de trabajo, ajenos á toda mujer pública, cuya única ocupación es la ociosidad...

Impídelo además una institución peculiarísima: la *deuda*, férreo eslabón con que las explotadoras del vicio encadenan á las infelices con cuyo deshonor se lucran. La meretriz que en una mancebía ingresa no tiene nada suyo; y si lo tiene, conceptúalo perdido al entrar: el *ama*, pues, ha de proporcionárselo todo, desde vestidos con que abrigarse, hasta alimentos con que nutrirse: cama, habitación, objetos de oropel y de compostura, chucherías á que esa clase de hembras son tan aficionadas... Si es una mujer que produce beneficios al burdel, el *ama* nada escasea; pero lo proporciona todo á exorbitantes precios, aumentados á mansalva, fiándose en la escasa afición y nulas aptitudes de la meretriz para las prácticas burocráticas. Si la mujer trata de emanciparse, bien para buscar más lucrativo acomodo, bien para *trabajar* por su cuenta, ó por huir del vicio con propósitos de enmienda, tal vez sinceros, el *ama* no se opone; pero presenta la nota de débitos, que el interés

(1) *La llave de oro*, por el Ilmo. P. Claret, arzobispo *in partibus* de Trajanópolis. De esta obra ha dicho justamente un escritor: «Más que un libro ascético, es el arte de enseñar á pecar á las niñas».

compuesto y la mala fe han hecho crecer considerablemente. «O pagas, ó no te vas»—dice á la aterrada mujer, que no había contado con aquello; y como, poco previsora, no cuenta con ahorros suficientes para saldar su cuenta, decide quedarse hasta cubrir el déficit con los ingresos que procure allegar... Claro está que, en estas condiciones, la cuenta no se salda nunca, y allí permanece la infeliz aherrojada como bestia en su establo, convertida en esclava de la arpía explotadora, que no suelta su presa hasta que el tiempo y los excesos la hacen perder los encantos, ó una enfermedad repugnante la obliga á buscar asilo en un hospital, del que sale aún más degradada y corrompida...

¡Triste vida, en verdad, la de tales mujeres! Ni aun tienen, en la mayoría de los casos, como compensación á sus desdichas, los puros goces que la maternidad proporciona; pues, según la hermosa frase de Letamendi, las meretrices son infecundas, porque en camino muy transitado no puede crecer la hierba...

*
* *

Elevemos á la mujer: elevarla á ella es elevarnos á nosotros mismos; y haciéndolo así, es indudable que habrá mucho adelantado para extirpar hasta donde sea posible esa llaga social que *prostitución* se denomina. ¿Habremos de arrepentirnos de ese encumbramiento femenino? No es fácil averiguarlo; tal vez estuviera en lo cierto el severo Catón en una de sus sentenciosas frases; mas tiempo quedaba al hombre para recuperar el terreno perdido si las pesimistas predicciones tuviesen visos de cumplirse. Porque la frase de Catón, que parece escrita para atemperar los bríos de los actuales apóstoles del feminismo, es ésta: «Vosotros, los que queréis igualar á las mujeres con los hombres, ¿creéis que ellas tolerarían semejante igualdad? En el momento que principiasesen á ser iguales, no lo dudéis, se harían superiores...»

E. M.—*Diciembre 1904.*

6

II

EL CONCEPTO DEL HONOR COMO BASE DE ESTE ESTUDIO

Los sentimientos de la castidad, el pudor, el amor, los celos y el honor no son innatos, sino adquiridos; flores delicadas de la civilización.

M. SALES Y FERRÉ: *Sociología*.

¿Quién fué más inmoral: el hombre primitivo, mostrando su cuerpo en total desnudez, ó el que comenzó á hacer uso de la hoja de parra, vestido rudimentario que atribuyó malicia á lo que antes efectuábase como cosa lícita y normal? Para nosotros, los hombres de la actualidad, la disyuntiva es absurda: á cierra ojos motejamos al primero, y elevamos mentalmente, en nombre de la moral, un voto de gracias al segundo, empírico iniciador de las modisteriles artes; mas no pensarían, ciertamente, del mismo modo los hombres primitivos y los salvajes modernos, á ellos equiparables (1), entre los que hay algunos, como los uatuntas africanos (2), cuyas hembras, al igual de los varones en las Nuevas Hébridas, cubren sus carnes con un delantal que deja á la vista precisamente lo que más cuidado se tiene en ocultar entre las gentes cultas.

Y, avanzando en el mismo orden de consideraciones, ¿quién tendrá la razón: el que entienda el honor como nosotros lo en-

(1) Es cuestión debatida entre los sociólogos, y acerca de la cual no han llegado á un perfecto acuerdo, la relativa á si deben ó no equipararse las costumbres de los actuales salvajes á las de los pueblos primitivos, pues en tanto que unos afirman que el salvajismo es el origen de una civilización futura, otros sostienen que es la última etapa de civilizaciones préteritas. Sea de ello lo que quiera, para el presente trabajo son utilizables los datos suministrados por unos y otros, por lo cual aquella polémica no tiene en el presente caso importancia alguna.

(2) Cameron: *Africa Ecuatorial*, 1870.

tendemos, ó el que tenga de él la concepción que delatan prácticas remotas y costumbres recientes de pueblos desprovistos de cultura? Cook (1) vió en Tahití á un indígena, ya adulto, poseer públicamente á una niña de once años, á la cual la misma reina tahitiana daba atinadas instrucciones y oportunos consejos á ese propósito; ni más ni menos de lo que acaecía, luengas centurias atrás, entre los habitantes del Cáucaso, los ausios del África y los indios (2), así como entre los tirrenos, que solían utilizar el acto copulativo para mejor amenizar sus inmundas bacanales (3). Las espartanas presentábanse desnudas por doquier, alternando en tal guisa con los hombres (4); los indios veneraban el *Lingam*, los siracusanos el *Mulloi*, los griegos y egipcios el *Falo*, que eran la representación de otras tantas repugnantes obscenidades, propias de cuantos practicaban el culto del vergonzoso Priapo.

Fuera interminable la enumeración que de costumbres y prácticas análogas pudiera hacerse: baste recordar que los honomas mudan con frecuencia de mujeres, las cuales están obligadas á entregarse á los parientes de sus esposos (5); que en algunas tribus de California, las mujeres pertenecen á todos los hombres de la tribu, constituyendo un grave delito el hecho de resistirse á uno de ellos (6); que entre los masagetas,

(1) *Primer viaje*, t. V.

(2) Herodoto, I, 305; III, 301.

(3) Ateneo Dipnosofista, XII, 255.

(4) Plutarco, en *Licurgo*.

(5) Hartmann.

(6) Alguna vez existen entre los habitantes de estas tribus uniones temporales, sobre todo cuando la mujer queda en cinta, cesando la convivencia de la pareja con la lactancia del hijo. Es asimismo frecuente observar que estas improvisadas bodas renuévanse en épocas fijas del año, ni más ni menos que acaece con el celo de los animales. Bien es verdad que, después de todo, las fiestas lupercales en honor de la loba de Roma, y las floralias, en las que, como en aquéllas, se cometían todo linaje de excesos, no eran sino una paráfrasis del mismo celo animal; y de los modernos Carnavales, dignos descendientes de lupercalias y floralias, bien pudiera afirmarse otro tanto, bastando para corroborar este aserto una

aunque cada cual uníase á una sola mujer, luego usaban de ella todos en común... Licurgo autorizaba á los maridos para que prestasen sus mujeres á hombres más robustos; la comunidad de mujeres (promiscuidad, hetairismo) era institución frecuentísima entre los pueblos primitivos; de aquí que los recién nacidos se considerasen como hijos de todos, y cuando entre algunos, como los ausios, quería fijarse la paternidad y filiación, al cumplir un niño la edad de tres meses, los hombres iban á verlo, reputándose que era hijo de aquel á quien más se pareciese (1).

Herodoto refiere (IV, 176) que las mujeres de los gindanos del África llevaban alrededor de las piernas tantos adornos de piel cuantos eran los hombres con quienes habían tenido comercio; Sexto Empirico hace análoga manifestación con respecto de las egipcias, siendo tanto más estimadas cuanto mayor fuese el número de tales ajorcas; y ya en tiempos más modernos, las muchachas del Tibet llevaban engarzados en un cordón formando sarta, que colocaban alrededor de su cuello, los anillos de sus amantes, otorgados á cambio de otros tantos favores; las bodas de las tibetanas eran más famosas cuanto mayor fuese el número de anillos de que constasen sus collares.

Fruto de todos los tiempos ha sido mirar con cierto desdén á las solteras que, careciendo de dote, no pueden aportar al acervo común del matrimonio los elementos para sobrellevar en parte las no ligeras cargas conyugales: ese menosprecio á la mujer pobre, aunque inicuo, subsiste hoy; lo que, afortunadamente, hase abolido, son los medios de eludirlo, que en épo-

sola, pero elocuentísima, circunstancia, cual es el influjo que pudiéramos denominar *fecundante* de los carnavalescos desórdenes, comprobado constantemente en las estadísticas de nacimientos. Las casas de maternidad aumentan de modo considerable el contingente de recogidas en los meses de Octubre y Noviembre, con la llegada de las que en tales centros denominan *carnavaleras*.

(1) Herodoto.

cas remotas poníanse en práctica; así, en la Roma primitiva, toda doncella *indotata* que quisiese reivindicar su honor *man-cillado* por la pobreza, podía lícitamente hacerlo sin más que comerciar con sus encantos hasta proporcionarse la dote necesaria para poderse casar (1). Así se deduce del antiguo proverbio latino *Tusco more, tute tibi dotem quæris corpore*. Otro tanto acontecía entre los lidios (2), é igualmente en Chipre, donde las jóvenes se vendían á los forasteros á la orilla del mar, y el producto de la venta, recogido en una caja común, servía de dote á las sirenas chipriotas (3).

En la actualidad no puede considerarse todo esto sino como aberraciones monstruosas é inconcebibles; mas no eran otra cosa que consecuencias del concepto que de la castidad se tenía, considerándola como un mero objeto de propiedad del cual el dueño puede disponer á su antojo. De aquí que las infracciones del que pudiéramos llamar *derecho de castidad* (estupro, adulterio, rapto, etc.) se estimasen como hurtos, despojos, que en nada afectaban á la reputación de la mujer, sino tan sólo á las prerrogativas del propietario. Así lo entienden la mayoría de los negros africanos, entre muchos de los cuales hállase vigente el régimen de las multas como resarcimiento del delito de infidelidad (4). Por eso, entre los árabes de Hassaneych (Nilo Blanco), las mujeres sólo están obligadas á guardar la castidad en los días de la semana señalados en el contrato matrimonial, que son tantos como cabezas de ganado dió el marido en concepto de precio de su esposa, la cual, los demás días, puede disponer libremente de su cuerpo (5). Según afirma un autor digno de crédito (6), «en el Japón, la

(1) Giraud Teulon: *Origen de la Familia*.

(2) Herodoto.

(3) Dufour: *Historia de la Prostitución*.

(4) Cameron: *África Ecuatorial*, t. II, p. 70.

(5) Fr. von Helwald: *Die polygamischen Eheverhältnisse Ausland*, Enero 1867, p. 114.

(6) G. Bousquet: *Le Japon de nos jours*, t. I, p. 87, París. Impresa esta obra en 1877, sus datos resultan por demás anticuados, refiriéndose

castidad representa la idea de un capital que conservar, más que una mancha que impedir: este capital pertenece primero al padre, después al marido; enajenarle sin su consentimiento es un robo; mas con su autorización, todo es lícito y laudable». El mismo autor dice: «La hija que se diese á un amante sin autorización paterna, sería castigada, según la ley, con sesenta latigazos, constituyendo inmoralidad tan grande, que el público no consentiría en el teatro el papel de una doncella enamorada» (1). La Historia está pletórica de casos análogos; entre las antiguas espartanas, por ejemplo, era corriente contestar á los que las solicitaban: «¿Traes licencia de mi marido?» (2).

Egeda, Parry, Meares, Porter, y tántos otros, citan multitud de casos análogos; este último (3) dice: «En Nukahiva, como en toda la Polinesia, las doncellas son de todos los que pueden comprar sus favores; de aquí que una joven hermosa sea considerada por sus padres como una especie de finca que les asegura por algún tiempo riqueza y abundancia». Claro es que al contraer matrimonio era el esposo usufructuario de la finca; en la Nueva Zelanda, el padre decía al marido al hacerle entrega de la esposa de éste: «Véndela, mácala, cómetela: eres el dueño de ella» (4).

Fundándose en este principio, consideróse el adulterio como un hurto, castigándose como tal, sin hacer mención alguna de

á un pueblo cuya europeización, según diariamente se comprueba, ha sido tan completa como rápida. Esto, suponiendo que tales afirmaciones fuesen en un todo exactas en la época en que se publicaron, pues sabido es que el Japón figura entre los pueblos acerca de los cuales la brillante imaginación francesa ha fantaseado por demás.

(1) Bousquet: *Le Theatre au Japon* (*Revue de Deux Mondes*, 1874). Este rigor debe subsistir actualmente, pues Sada Yacco, famosa actriz nipona contemporánea, sufre deportación por haber infringido las reglas expuestas.

(2) M. Sales y Ferré: *Historia Universal*, t. II, p. 157.

(3) *Histoire Universelle des Voyages*, t. XVI, p. 232.

(4) Moerenhat: *Viaje á las islas Marquesas*, t. II, p. 68.

la ofensa que implica, según el actual modo de juzgar la cuestión, dándose casos como el de los assinios, entre los cuales la mujer es libre y dueña de sí misma cuando soltera; pero si después de casada se entrega á un amante, éste tenía que pagar al marido una multa (1).

Las consecuencias que se desprenden del hecho de considerar la castidad como objeto apropiable, sobre el cual ejercía dictatorial dominio el padre ó el marido, fueron numerosas; una de ellas es la que algunos autores denominan *prostitución hospitalaria*. En efecto: si un hombre cambia á su mujer por una bagatela, ó la vende, con más razón la entregará para su goce á un huésped, al que quiera dar pruebas de consideración y halago; así, la oferta de la mujer al viajero hallábase establecida en Ceylán, en la Groenlandia, en las islas Canarias, en Tahití, etc., siendo una ofensa grave la no aceptación del ofrecimiento. Cuéntase que un cacique tahitiano decía á un misionero, á quien tan absurdas prácticas escandalizaban: «No puedo comprender cómo tu religión prohíba al huésped gustar un inocente placer, con el cual presta á la vez un servicio al país, enriqueciéndole con una nueva criatura» (2).

Otra consecuencia de lo mismo es la llamada *prostitución religiosa*. Siempre ha sido práctica usual las ofrendas, en dinero ó en especie, como holocausto á las divinidades, fomentadas por los sacerdotes de todas las religiones; por consiguiente, desde el momento en que se consideró la castidad como fuente de riqueza, hízose entrega de la misma á los templos para su explotación en determinadas circunstancias. En Babilonia había varios *colegios* de esta índole, en particular los de Ann, que tenían sus hieródulas de profesión, como igualmente sucedía en los santuarios de Zela y de Comana (Capadocia), en el de Akisilena, entre el Eufrates y el Tauro (Armenia), y en todos los dedicados á las diosas semejantes á

(1) *Revista Antropológica*, 1878.

(2) Radiquet.

Mylita ó Annaïs. Ejemplos de estas prostituciones hubo en casi todos los templos brahmánicos de la India, donde tributaban culto á las divinidades ciertas doncellas prostituídas, llamadas *devadachi*, que en beneficio de las pagodas vendían su cuerpo (1).

En Caldea toda mujer debía prostituirse una vez al año, en el templo de Venus Mylita, en brazos de un forastero, permaneciendo allí hasta que alguno solicitase su posesión, entregándola el dinero *sacro* (2). Excusado es decir que las feas tenían labor para mucho tiempo. Otro tanto sucedía en Armenia con la diosa Annaïs, y en Fenicia con Astarté. También en el Egipto imperaba esta costumbre, fruto de la cual fué la construcción de la pirámide de Cheops, erigida con el producto de la prostitución de las hijas de dicho monarca, las cuales después construyeron otra por su cuenta, haciendo que los amantes suministrasen una piedra como pago de cada acto carnal (3).

Como se comprende, el fanatismo religioso entraba por mucho en la práctica de estas formas de prostitución; pero ¿qué mucho que en tan lejanas épocas y con tan exóticas civilizaciones acaeciera, si en pleno siglo XIX, y en países como nuestra patria, ha ocurrido otro tanto, rindiendo culto al mismo exagerado sentimiento? Testigos presenciales aseguran que, al penetrar las tropas de Don Carlos en alguna de las poblaciones adeptas al pretendiente, era tal el entusiasmo que producía su presencia en el espíritu de los habitantes, obscurecido por la ignorancia y obsesionado por el fanatismo, que no vacilaban en entregar sus hijas y sus esposas á los campeones del presunto rey, juzgándose orgullosos al verlas regresar después de haber satisfecho los desenfrenados transportes de la soldadesca.

(1) Así lo afirma, además de los misioneros del siglo XVII, el viajero Sonnerat, en la *Histoire Universelle des Voyages*, t. XXXI, p. 351.

(2) Valerio Máximo.

(3) Herodoto, t. II, p. 126.

Pero éste es un hecho aislado, que sólo por excepción se produce; los que antaño verificábanse implicaban, indudablemente, un mezquino concepto de la mujer: bestia de carga, objeto de placer, instrumento de trabajo, no tenía otra significación la que por naturaleza debe considerarse como la compañera del hombre; de aquí que ni aun siquiera se pensase en la posibilidad de que éste se uniese á ella de una manera permanente y duradera. Y como, á pesar de menospreciarla tanto, el hecho de la maternidad, genuino de la hembra, concedía á ésta una importancia que al hombre no le era grato reconocer, creó, en su espíritu de superioridad y absolutismo, la institución de la *covada*, que hoy nos parece ridícula, pero que es emblema fiel de la orgullosa autocracia masculina (1).

Surge por fin el matrimonio: el hombre, convencido al cabo de la igualdad moral que con respecto á él tiene su hembra, mediante la institución matrimonial elévala hasta sí; mas los vestigios de las pretéritas aberraciones subsisten, conservándose algunos ritos que denotan la degradación femenina, manifestándose no ya en el escaso aprecio que de la honestidad de la mujer hacíaese por aquel entonces, sino—por monstruoso que parezca — en la *precisión* de que aquélla, al contraer matrimonio, estuviese desflorada, *siempre que no fuera por obra del marido*. Así, entre los santhalas, las nupcias iban precedidas por seis días de promiscuidad; y en las Baleares, las casadas concedían su primera noche á todos los invitados presentes. La celebración del matrimonio entre los Nairs (nobleza

(1) Sales y Ferré define la *covada* diciendo que es «la parodia del parto, á que se somete el padre con el objeto de establecer su parentesco con el recién nacido». Siendo la maternidad un hecho real, *tangible*, superior en tal concepto á la paternidad, que mucho tiene de abstracto, mal se avenía el hombre con aquella superioridad de la mujer, colocada en situación ventajosa con respecto á los hijos. De aquí la implantación de la *covada*, cuya realidad es indiscutible, comprobándose por el testimonio de numerosos autores antiguos y viajeros modernos (Strabon, Apollonio de Rhodas, Diodoro, etc.; Giraud-Teulon, Dalton, Brancroft, Du Tertre, Brett, Letourneau, Dobritzhoffer, D'Orbigny, etc.).

indígena de la India) era por demás curiosa. Al frisar las jóvenes en los diez ó doce años, sus madres organizaban la solemne fiesta del *Tali*, á la que concurría gran número de parientes y amigos, uno de los cuales se prestaba á casarse con la muchacha. Esta y su madre preséntanse ataviadas, mientras una orquesta llena de melodías el aire, que el perfume de artísticos pebeteros embalsama. Únese á los contrayentes por el cuello por medio de una cadena, y el novio cuelga en el pecho de la novia un cordón de seda, del que ensartada pende una hojuela de oro. Así celebrado el matrimonio, procédese á su consumación. Mas no se crea que aquel hombre, de quien la joven recibe por vez primera el beso de enamorado, queda constituido en su esposo permanente: aquella unión rómpese al siguiente día de celebrada, no habiendo tenido el supuesto novio más objeto que desflorar á la contrayente, la cual, desde aquel momento, queda en libertad de tener cuantos amantes quiera y pueda, siendo la propia madre de la joven la encargada de proporcionárselos, con la particularidad de que no debe serlo en ningún caso el que con ella cohabitó primero. Por eso ninguno de los que de veras la estiman y desean se aviene á desflorar á la virgen, dándose el caso de tener que alquilar con tal fin, pagándolo á buen precio, algún mozo de cuerda ó, mejor aún, extranjero vagabundo que no tenga inconveniente en abandonar el tálamo nupcial después de ocuparlo durante una noche (1).

En Cambodge, en 1300, ninguna recién casada yacía en el lecho conyugal sin haber pasado por los brazos del bonzo ó sacerdote, quien recibía una recompensa pecuniaria por su *sagrada fatiga* (*thing-thang*) (2). Entre los babilonios practicábase en la misma forma esta costumbre, denominada *expiación del matrimonio* (3), la cual pasa á la Edad Media con el nombre de *jus primæ noctis*, derecho de prelibación ó de pernada,

(1) Sales y Ferré: *Sociología*.

(2) Remusat: *Misceláneas asiáticas*, t. CXVIII.

(3) Herodoto, t. I, p. 199.

establecido á favor de los señores feudales sobre las mujeres de sus feudos que deseaban contraer matrimonio.

Más tarde, y como gran adelanto, establécese el rescate de esta inicua prerrogativa (1), con lo cual se acabó con la monstruosidad del hecho, mas no con la del principio que lo informaba, conservándose en ciertos países, como reminiscencia de la promiscuidad que antaño precedía al matrimonio, el hecho de rodear los parientes y amigos al novio cuando sale de la iglesia, diciéndole: «La mujer ó un tonel», demanda que el esposo satisface llevándolos á la taberna, convite que viene á ser el símbolo de aquella costumbre abolida.

*
* *

¿Qué habremos de pensar de todo lo expuesto? ¿Que el honor debe entenderse tal como se desprende de las exóticas costumbres expuestas, ó de las actuales, que proscriben aquéllas, considerándolas como inmundas reminiscencias de una bestialidad repugnante?

Preciso es convenir, ante todo, en que no hay nada en la vida que no sea consecuencia de la costumbre: si hoy viésemos caminar por esas calles á un individuo vestido con chupa, calzón corto y sombrero de medio queso, nos mofaríamos de él, sin hacernos cargo de que hoy lucimos levita y sombrero de copa, siendo indudable que las futuras generaciones no habrán de mofarse menos de los ridículos faldones y el antiestético tubo. Mas, á pesar de todo, y no por espíritu de época, sino rectamente pensando, debemos proclamar, no como el mejor, sino como el único, nuestro modo de sentir en la materia. ¿Cómo tolerar el apotegma de los Nairs, según los cua-

(1) Héctor Boethius, en su *Historia de los Escoceses*, dice que el derecho de pernada á favor de los jefes de cantón existía en Escocia desde Evenus III, cuyo reinado coincidió con el del emperador Augusto, siendo abolido en el siglo xi por el rey Malcolm III Canmoir (1059 á 1093), quien, á instancias de su esposa Santa Margarita, sustituyó aquel derecho por un impuesto llamado *marquetta*, consistente en una moneda de oro que debería pagar al señor toda mujer que quisiera casarse.

les «la doncella que muere virgen no entra en el Paraíso»? ¿Cómo no escandalizarnos recordando que Jefe, al saber que tiene que matar á su hija, en cumplimiento de la promesa hecha al derrotar á los ammonitas, detiene su brazo el tiempo preciso para que la víctima vaya á llorar en las montañas *la desgracia de morir virgen?*

No; todo eso es absurdo, es monstruoso, es sencillamente repulsivo. Enaltezcamos el actual concepto del honor, *flor delicada de las civilizaciones modernas*, según la frase felicísima del insigne Sales y Ferré; de ese *patrimonio del alma*, que dijo Calderón en uno de sus dramas inmortales (1), único modo de que la prostitución y la trata de blancas aparezcan como lo que son: infamias sociales; proclamemos ese concepto como el verdadero, como el exclusivo, sin restricciones ni distingos; y, en consonancia con él, reconozcamos que la castidad, nimbo glorioso que rodea la frente de la virgen, sólo debe transgredirse por obra del esposo, cuando los representantes de ambos sexos se han unido, formando del hogar un templo, en que el marido es pontífice; la mujer, sacerdotisa; el hijo, catecúmeno; el matrimonio, sacramento...

III

BREVE RESEÑA DE LA PROSTITUCIÓN Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS

Suprimid las cortesanas, y la sociedad sufrirá profundo desquiciamiento. Los lupanares son semejantes á las cloacas que, construídas en los más espléndidos palacios, separan los miasmas infectos y purifican el aire.

SAN AGUSTÍN

La prostitución ha existido siempre: en todos los tiempos y en los lugares todos, doquier hubiese hombres y mujeres,

(1) *El Alcalde de Zalamea*, Jornada primera, Escena XVIII.

aquéllos con sus insaciables apetitos, éstas con su debilidad—que tanto sirve de remisión como de disculpa,—hase rendido clandestino culto á la impúdica Afrodita. Desde la tradicional caída de la madre Eva hasta nuestros tiempos, constantemente ha venido padeciendo la humanidad esa llaga purulenta de las sociedades, contra la cual parece que no caben ungüentos represivos ni prevenciones profilácticas. Tan generales como su existencia han sido las lamentaciones de los sociólogos y los anatemas de los moralistas, sin que unos ni otros hayan logrado otra cosa sinó convencernos de que no debiera existir lo que á despecho de todos existe, ni más ni menos que aquella famosa batalla de Lérida, que, aunque no se debió perder, quedó perdida. Sin embargo, entre ese universal clamoreo, algunas voces destácanse, reconociendo que el mal de la prostitución no está en ella misma, sino en su organización detestable, pues, aun suponiendo que se suprimiese—cosa imposible,—mayores serían los males que tal supresión reportaría que los que su existencia acarrea: que por algo autoridades tan poco recusables como la de San Agustín respiran en el sentido que indican las frases que encabezan este capítulo por vía de lema; y por algo también el poeta Filemón, expresando el general sentir de la República helena, dijo cuando el legislador griego estableció la gran mancebía que con el nombre de dicterión fué designada: «Solón, tú nos has favorecido con ese invento tan útil para la salud pública».

Parece cosa indudable, unánimemente reconocida por historiadores y sociólogos, que la organización primitiva de la especie humana fué el *hetairismo*, esto es, la promiscuidad, en cuya virtud las hembras pertenecían á todos, no pudiendo considerarse exclusivas de ninguno; las *hetairas*, disponiendo libremente de su voluntad y de su cuerpo, entregábanse á cuantos las solicitaban, produciéndose, como consecuencia de tal estado de cosas, la anulación total de la familia, pues todo era común en los grupos constituídos con sujeción al clan hetáirico: desde los maridos hasta los padres, desde los hijos has-

ta los bienes. Imperando tal régimen, la humanidad entera no podía considerarse sino como un lupanar inmenso; mas no era propiamente prostitución lo que con arreglo á aquél practicábase, sino tan sólo un absurdo sistema de vida, cuyo mismo uso debiera tender á su abolición.

Esta vino al fin, teniendo como causa el egoísta orgullo masculino, pues aviniéndose mal con aquel régimen de ginecocracia, que tenía que dar más importancia á la mujer que al hombre, establece el matrimonio por raptó, creando un derecho de propiedad sobre la mujer raptada, que viene á ser esclava de su raptor, por cuyo motivo quedó relegada á una consideración inferior á la de las demás mujeres de la tribu. Más tarde, cuando sin necesidad del raptó (1) se consintió el matrimonio individual, las mujeres que lo contraían perdían en consideración social, eran equiparadas á las raptadas, en tanto que las que preferían gozar de su libertad, quedando en el concepto de las modernas meretrices, recibían esmerada educación y gozaban del respeto de todos. De aquí el prestigio de las cortesanas que, juntamente con el menosprecio de las casadas, ha imperado en algunas épocas de la Historia.

Baste recordar á este respecto algo de lo indicado en el capítulo precedente, á lo cual conviene añadir que el ejemplo más interesante de la predilección que hacia las cortesanas experimentábase en los antiguos pueblos es el que ofrece Atenas. Eran las hetairas atenienses objeto de toda clase de distinciones: recibían educación esmeradísima; el dicterión era visitado por las grandes personalidades de la política, de la literatura y de las artes, consultando con aquéllas los asuntos

(1) El matrimonio por captura ó raptó ha dejado numerosas reminiscencias en las legislaciones, pues prescindiendo de Roma, donde se simulaba en las tres formas de matrimonio (*per confarreationem, per coemptium et per usum*), hallamos establecida la parodia del raptó modernamente en Circasia, en el país de Gales, en Livonia, Polonia, Lituania y Rusia, sin contar las uniones celebradas entre individuos de aduares gitanos.

de su competencia respectiva (1), en tanto que las casadas, recluidas en el fondo del gineceo, sin más cultura que la necesaria para amamantar á los hijos y manejar la rueca, eran consideradas como seres insignificantes, casi despreciables.

En Babilonia, Persia, Fenicia, Lidia y Armenia, teníaase la profesión de ramera como muy honrosa y digna; otro tanto acontecía en la India, donde la mujer consideraba una ventura dedicarse á la prostitución, cosa lógica si se tiene en cuenta la triste condición que le aguardaba en el caso de contraer matrimonio (2).

De aquí el desarrollo de la prostitución en la India, principalmente en la forma que denominamos *religiosa* en el capítulo precedente, pues los sacerdotes de Brahma escogían entre las jóvenes más hermosas las que habían de formar la legión de *esposas de los dioses*, encerrándolas en los templos, que eran convertidos en mancebías; dicho se está que, cuando aquéllas envejecían é perdían sus encantos, eran arrojadas del sagrado lupanar, y entonces las *esposas de los dioses* tenían que contentarse con servir de distracción al último de los parias que solicitara su compañía.

España se vió libre de la prostitución como vicio, como ilícito comercio—no como hecho, claro está,—el tiempo que le duró su independendencia: sometida al yugo de extranjeros pueblos, éstos, portadores de civilizaciones superiores á la ibérica, fuéronlo también de corrupciones, hasta entonces aquí desco-

(1) La célebre cortesana griega Lais solía decir: «Ignoro en qué libros van á estudiar los filósofos para distinguirse de los otros hombres; lo que sí puedo afirmar es que á mi puerta llaman ellos como los demás mortales».

(2) Prescindiendo de la triste situación que dentro del hogar tenía la mujer india, al quedarse viuda era arrojada en la pira donde consumíase el cadáver de su esposo, muriendo abrasada, según expresa disposición de los ritos sagrados del país. Tan monstruosa costumbre subsistió en la India hasta mediados del siglo XIX, á despecho de las autoridades inglesas, que no conseguían sino exacerbar en contra suya los ánimos de los fanáticos indígenas, los cuales consideraban una impiedad respetar la vida de la mujer después del fallecimiento del marido.

nocidas, pero que no tardaron en ser superadas con creces, llegando á ser nuestra patria, donde la hermosura de las 'mujeres es proverbial, uno de los centros de *producción*, por así decirlo, de la erótica mercancía, cotizándose á precios fabulosos en el mercado de la corrompida Roma las meretrices españolas, principalmente las de Gades y Malaca, que con sus voluptuosos bailes y cadenciosas cantinelas constituían uno de los principales alicientes de los festines con que los crapulosos patricios se solazaban.

Contribuyó en gran parte al desarrollo inusitado de la prostitución durante las Edades Antigua y Media la frecuencia de las guerras. Seguía á los ejércitos una verdadera muchedumbre de rameras, las cuales muchas veces eran empleadas como armas poderosas para enervar al enemigo y obtener sobre él indudables ventajas. ¿Quién duda que los fenicios y griegos no emplearon ese maquiavélico ardid para introducirse en nuestra Península? Y así en tantos otros casos: Roma, después de Cannas, impotente para vencer á Aníbal con sus derrotadas legiones, envía contra él las más bellas meretrices, para que, entre delicias, destruyeran en Capua los arrestos del hasta entonces invicto general cartaginés, ni más ni menos que en épocas remotas hicieran los filisteos valiéndose de las seducciones de Dalila para reducir á Sansón. Grecia misma, aherrojada por Roma, hubo de vengarse de ella, lenta pero seguramente, infiltrando en sus sobrias y morigeradas costumbres los refinamientos de la sensualista civilización helena, que dieron al traste, al fin y al cabo, con las ambiciones de la insaciable *civitas*... Los tercios de Flandes, dejando exhausta á España sin obtener victoria ninguna sobre los sublevados Países Bajos, ¿qué hicieron sino olvidar sus deberes militares en brazos de las ribaldas flamencas? Catalina de Médicis, empleando las bellas damas de su *escuadrón volante* para secundar sus arteros fines, nos da otra prueba irrecusable de lo que la prostitución ha influido en el engranaje de la mohosa máquina que se llama Historia.

Claro está que constantemente se ha combatido semejante enfermedad social, empleándose con tal fin medios que, las más de las veces, pudieran considerarse como contraproducentes y que, por lo menos, fueron inútiles. En el Bajo Imperio de tal modo llegó á perseguirse á las rameras, que eran azotadas públicamente, condenadas á trabajos forzados en las minas, y aun ahorcadas en caso de reincidencia; Carlomagno, en el año 800, ordenó también la pública flagelación de las rameras, siendo muchos los emperadores cristianos que adoptaron medidas análogas al mismo fin encaminadas. Mas con tales rigores nada se conseguía, como no fuera un mal mucho más grave que aquel cuya corrección se perseguía, cual era el desarrollo de la prostitución clandestina, con su obligada cohorte en enfermedades terribles, transmitidas sin obstáculo de ningún género: de aquí que se pensase en la reglamentación de las mancebías. Ya en Roma, donde la prostitución adquirió colosales proporciones (1), se organizó, aunque rudimentariamente, obligando á las meretrices á habitar en un barrio especial de las poblaciones, y disponiendo asimismo que todas ellas vistiesen, á modo de uniforme ó librea, una túnica amarilla. Este procedimiento de la uniformidad en la indumentaria fué puesto en práctica también durante los siglos xv y xvi, tanto en España, donde se dispuso que las mujeres públicas usaran como distintivo una sobrefalda de color pardo, formando grandes picos—de aquí la vulgar frase *irse de picos pardos*,—como en Francia, donde para diferenciarse las mujeres honradas de las que no lo eran—tanto abundaban estas últimas,—establecióse que aquéllas llevasen un cinturón dorado (2).

(1) Una de las causas del aumento de rameras en Roma fué, aunque parezca absurdo, el cristianismo; pues sabido es que las vírgenes cristianas que no querían abjurar de su religión eran condenadas á ingresar en los lupanares.

(2) Esto dió origen á un refrán francés, equivalente al nuestro: «Cobra buena fama y échate á dormir», que dice: *Bon renomé, vaut mieux que centure doré.*

Mas tales distintivos fueron ineficaces, pues en su deseo de asimilarse á las mujeres honradas, las meretrices españolas suprimieron su parda y picuda sobrevesta, en tanto que las francesas encinturábanse con el dorado distintivo. En la actualidad—fuerza es confesarlo—sucede al revés: son las mujeres honradas las que—acaso con el loable fin de mejor agradar á sus maridos y adoradores—procuran imitar servilmente, no ya los trajes, sino hasta los ademanes descocados de las impúdicas hembras que comercian con su honra.

Luis IX de Francia, el ínclito varón que en los altares ocupa un lugar consagrado por la Iglesia católica, aunque en los primeros años de su reinado, poseído de loable celo, trató de extirpar la prostitución procediendo con severidad inusitada, hubo de convencerse de la inutilidad de tales esfuerzos, procediendo á la reglamentación del mal que aparecía como inextinguible, publicando atinadas ordenanzas. En España, la primera de que se tiene noticia es de 1539, y fué dada por Don Carlos y Doña Juana para la mancebía de Granada, conteniendo acertadas y curiosas disposiciones acerca del régimen interior de las casas de lenocinio.

Modernamente se ha adelantado bien poco en la materia: persuadido el legislador de la inutilidad de medidas encaminadas á la supresión de esta enfermedad social, imita á San Luis, reglamentando el vicio; de aquí que las mujeres públicas vivan hoy bajo la vigilancia inmediata de la administración, la cual vela por su salud, en bien de la de todos. Mas como no con esta reglamentación se evita la existencia de prostitutas clandestinas, éstas constituyen el mayor peligro de infecciones morbosas, por lo cual se las persigue, obligándolas á inscribirse en los registros *ad hoc*, proveyéndose del documento que se llama *cartilla*, acreditativo de su personalidad.

*
* *

Tal es la última palabra en la materia: abogar por la abolición de las mujeres públicas, sálese de los límites de la realidad para entrar en el terreno de la utopía; las Juntas de Damas é Instituciones Patronales, con el laudable fin establecidas de acabar con la prostitución, persiguen un ideal por demás hermoso, pero totalmente intangible: el fango tiene mucho de atrayente, y á él irán á parar millares de infelices mientras haya en el mundo amantes pérfidos que deshonran y olvidan; industriales tiránicos que utilizan á la obrera sin retribuir su trabajo; exigencias sociales que crean el deber de aparentar un boato casi siempre incompatible con la honradez, y mujeres estúpidamente ambiciosas que, con tal de adquirir preseas para el cuerpo, no tienen inconveniente en lanzar al arroyo el ornamento máspreciado de su alma: la pureza.

IV

LA TRATA DE BLANCAS

Días ha grandes que conozco en fin de esta vecindad una vieja barbu-
da que se dice Celestina, hechicera,
astuta, sagaz en cuantas maldades
hay... A las duras peñas promoverá
y provocará á lujuria, si quiere.

BACH. F. DE ROXAS

(*Tragicomedia de Calixto y Melibea*. Acto primero.)

Llegado al punto culminante de este trabajo, he aquí que me encuentro perplejo: este capítulo, que debiera ser el más largo, el más prolijo, el más y mejor documentado, acaso sea el más breve, el más incorrecto, el de más efímera argumentación. Cúlpese de ello á la índole del asunto, por demás peligroso y escurridizo, y en el cual las dificultades son mayores en éste que en los anteriores capítulos, para ser desarrollado en una Revista como la que hospitalariamente abre sus pági-

nas á mis emborronadas cuartillas. Es, en efecto, muy agradable hablar de lo que hoy acontece, cuando esto es simpático, ameno, sonriente; pueden asimismo referirse negruras, hediondeces y miserias de añejos tiempos, en la seguridad de que lo que tienen de pretérito disculpará lo que haya en ellas de desagradable; mas ¿cómo señalar las podredumbres actuales sin advertir en el que las lea ó escuche un gesto de asco, una manifestación de repugnancia? Gustamos de que se nos recuerden enfermedades que antaño sufrimos, siempre que su evocación sirva para que nuestra salud actual resplandezca y resalte; mas siempre huirá el enfermo las ocasiones en que se ponga de manifiesto la purulenta llaga que padece; tanto más, si de aquéllas no ha de venir alivio alguno para su dolor, pues aunque sea el propio Galeno quien descubra la herida mortificante, volverá el paciente la cabeza evitando el espectáculo de su propio mal...

Fuerza será, por tanto, reducir este capítulo á límites har- to más constreñidos de los que debieran ser los suyos, procurando apartar mi camino de cuanto incurrir pudiese en anatema de los moralizadores.

*
* *
*

Sentado ya como apotegma que la prostitución, existiendo desde que hay humanidad, hasta que ésta se extinga ha de existir, y, partiendo de este hecho consumado, cuya conveniencia hasta los Padres de la Iglesia preconizan, establecida la necesidad de su reglamentación, claro está que entre esto y la consideración de la trata de blancas como algo admisible dentro de los principios de estricta justicia, media un insondable abismo. Reducir á la mujer á la condición de objeto apropiable para explotar su honor en beneficio de un tercero (que es, en resumidas cuentas, lo que constituye la *trata*) es un crimen monstruoso, totalmente opuesto á la equidad, al sentido moral y á la naturaleza; reproducense con ello las monstruosidades

reseñadas en otro lugar de este trabajo (1), cuando, considerando la castidad femenina como objeto apropiable, eran las mujeres otras tantas fincas explotables, con las que no ellas, sino sus padres, hermanos ó esposos se lucraban.

La trata de blancas no es un mal moderno: prescindiendo de los precedentes que acerca de ella pudieran encontrarse en las remotas prácticas á que acabo de hacer referencia, ya en los siglos XII y XIII conocióse con idénticos caracteres á los que presenta hoy, dando lugar á que el monarca español Alfonso X, en su Código inmortal de *Las Partidas*, dedicase á la materia un Título especial (2), que no transcribo por estar tratada en él la cuestión con una *claridad* de lenguaje incompatible con nuestras costumbres. Asimismo, Enrique IV de Castilla promulgó en Ocaña una Pragmática, el año 1469, encaminada á encauzar los abusos cometidos por los explotadores de mujeres públicas; Carlos I y su madre Doña Juana, conjuntamente en 1552, así como el Emperador en la llamada *ley Carolina*, secundaron los mismos fines, prosiguiendo esta obra, si bien infructuosamente, Felipe II, Felipe III y Felipe IV, el cual, por absurdo que parezca, fué uno de los más implacables perseguidores de meretrices, á muchas de las cuales encumbró no obstante, como efecto de sus regios devaneos. Posteriormente se han dictado numerosas disposiciones, sin lograr con ellas mayores frutos; pues sobre lo arraigado del mal está el interés, que le sirve de incentivo.

...Todo por el hombre y para el hombre: podrán las costumbres haber proscrito en los países civilizados el régimen poligámico, que en algunas regiones aún impera; podrán la religión y la moral condenar de consuno los amancebamientos y barraganías; pero el hombre, pasando por todo, transgrediéndolo todo, hollándolo todo con sus groseras plantas, que á semejanza de los cascos del hipogrifo de Atila van asolando

(1) II, *Concepto del honor...*, etc.

(2) Título XXII de la Partida VII.

aquello en que se posan, logra, á despecho de la ley, conservar su eterno papel de sultán autocrático, procurándose clandestina y aun crimosamente un harén donde saciar sus apetitos... De aquí la *trata de blancas*, en cuya virtud infinito número de desventuradas mujeres sirven de carne de cañón para la lujuria de los unos, para las ambiciones de los otros. Porque claro está que, mercantilmente considerada aquélla, reviste todas las condiciones de un negocio por demás lucrativo, como las reviste el juego y, en general, todo cuanto reúne á la cualidad de *vicio* el aliciente de la prohibición. Por eso muchas personas—si así puede llamarse á quienes tengan tan ruin corazón como ancha conciencia—han conseguido, y consiguen, fabulosas ganancias con el oficio vil de mediadores. Y no se crea que éstos revisten en la actualidad el clásico tipo retratado de mano maestra por el bachiller Fernando de Rojas en su tragicomedia *La Celestina*, y transcrito en multitud de obras posteriores: el progreso y la civilización adviértense en todas las manifestaciones de la vida; así es que se ha comprobado la existencia de algunos centros de contratación de mujeres públicas, donde en grande escala practicábase tan repugnante comercio, recibiendo de todas las regiones del mundo *ejemplares* de la humana mercancía para colocarlos donde más aceptación pudieran tener. Claro es que no por eso han desaparecido las tradicionales *terceras* de arrugada faz y negras tocas, sino que ordinariamente el tráfico por ellas se realiza proveyendo á las casas de lenocinio, que, por regla general, regidas se hallan por arpías de su misma catadura, criadas en el vicio y envejecidas para el placer...

¿Para qué entrar en más detalles? Fuera peligroso hacerlo dentro del comedimiento en que debe encerrarse mi pluma, constreñida por las pudibundeces de las sociales exigencias, en virtud de las cuales debemos asustarnos, no del mal que padecemos, sino de su evocación. Además, profundizar más en la materia no es necesario: cuantos vivimos en grandes poblaciones estamos al corriente de lo que á la materia atañe, así

como de la inutilidad con que en contra de semejante llaga social han procurado loables cuanto estériles iniciativas. Eran precisas para atajar el mal muchas concausas, que debieran producir como resultante el alivio de aquél; cuando el hombre deje de ser egoísta y mire, más que por la propia conveniencia, por el bien social; cuando, libre de obsesiones sensualistas que, privándole de su elevado sér inmaterial, reducenle á la mera animalidad (*bêtise humaine*), se aleje de abusos que, aunque por el momento le deleiten, no tardan en enervar su cuerpo creándole enfermedades que aceleran el fin de sus días y producen, como consecuencia lógica, pero tristísima, razas cada vez más degeneradas y enclenques; cuando la mujer, conservándose en el terreno que debe ser el suyo, se haga respetar por el hombre cumplidamente; cuando las exigencias materiales de la vida moderna, colocándose en su justo medio, hagan perder al hombre el terror al matrimonio, curándole de la terrible *nupciofobia* que hoy padece... Entonces, y sólo entonces, podrá darse un golpe de gracia á la prostitución, no para extinguirla, pues sabido es su arraigo en la humanidad, sino para impedir que la mujer deje de ser considerada por el hombre como un objeto de placer que con un puñado de oro puede comprarse, y aprenda en cambio á verla siempre como lo que por naturaleza es: la eterna compañera de su vida.

V

LA PROSTITUCIÓN FEMENINA COMO FUENTE DE PRODUCCIONES
LITERARIAS

La prostitución no es un crimen: es una desgracia.

VÍCTOR HUGO

Siempre ha sido la prostitución de la mujer el arsenal más inagotable en que noveladores y dramaturgos hanse inspirado para urdir sus artísticas ficciones; mas con ser tantas las obras

que semejante asunto tienen por base, y tales los autores de las mismas que no quepa la idea de suponerlos plagiarios unos de otros, por doquier campea el pensamiento que sirve de lema á este capítulo, entresacado de la obra colosal de ese atleta de la literatura en el siglo XIX. Todos, unánimemente, se muestran compadecidos de la mujer que cae; todos disculpan su caída, juzgando que en ella es siempre la mujer víctima de la perversidad é incontinencia masculinas; alguno, yendo muy lejos, reconoce que, ya que no la causa, reside en la hembra, cuando menos, la ocasión del mal; la mayoría de los escritores proclama la rehabilitación de la mujer impura, sosteniendo que puede salir del lupanar dejando en él la mancha de su conducta, como transeunte torpe que cayó al arroyo y al levantarse sacude sus vestidos enlodados... No parece sino que las enseñanzas de Cristo, harto olvidadas en otras cuestiones, consérvanse para ésta en toda su pureza, y el perdón generoso por aquél concedido á María de Magdala hase consuetudinariamente transmitido (si no en la realidad de la vida, sí en la teoría del arte) á todas las émulas de la hermosa cortesana absuelta de sus maldades *por haber amado mucho*...

La inmensidad de mujeres perdidas que en la Novela y el Teatro figuran como protagonistas de producciones más ó menos estimables (y claro es que sólo habré de referirme aquí á algunas de las que más justo renombre han conquistado) pudieran clasificarse en *tres grupos*: forman el primero las que abandonaron el camino recto impulsadas por el *vicio*, ora residiera éste en ellas mismas, ora en el medio ambiente en que su vida se desarrolló y sus sentidos despertaron; constituyen el segundo las que emprenden la tentadora senda en pos del *oropel*, bien se manifieste en la sed de riquezas, bien en el afán inmoderado de brillar y distinguirse; finalmente, en el tercer grupo pululan las que pueden y deben considerarse como verdaderas víctimas entre las que forman esa *clase* desdichada de podredumbre social: las que mancillaron su honor bajo el influjo de la *miseria*. Deliberadamente excluyo otra que también

pudiera considerarse causa de la prostitución, y en tal sentido formar con ella un *cuarto grupo*: me refiero al *amor* cuando es seguido del desengaño y, engendrando en el alma el despecho, conviértese en ocasión de la caída. El amor, á mi juicio, no degrada nunca: antes al contrario, engrandece; y así como es la sola luz que puede convertirse en aureola de gloria, y aun en nimbo de santidad, cuando irradia de una mujer caída, para ensalzarla, enaltecerla y redimirla, no debe considerarse como causa de la perdición femenina: acaso lo parezca alguna vez; pero es sólo remotamente, jamás de un modo directo.

El prototipo de las comprendidas en el *primer grupo* hállese en *La ramera Elisa*, producción de Edmond Goncourt, que tanto tiene de obra novelesca como de estudio psicólogo-sociológico: en él, la protagonista, criada en una mancebía, entre el tráfico inmundo realizado por su madre, proxeneta de oficio, nace sin inocencia, crece sin pudor, y, en fin, se entrega al primero que la solicita, sin que la ambición la impulse, ni las pasiones la espoleen, ni la necesidad justifique su acto: cae porque sí, llevando la aberración de su cínica infamia hasta el extremo de fingir perdida su virginidad ante el hombre que por primera vez la posee, por parecerle sin duda vergonzoso el hecho de ostentar sobre su frente el timbre de la pureza.

Sér tan monstruosamente abyecto debiera ser pintado con los más repugnantes colores de la paleta del artista; sin embargo, no es así. Goncourt justifica su abyección, considerándola efecto del deletéreo ambiente respirado por Elisa: ¿cómo extrañar que caiga al precipicio un ciego que camina sin lazarillo ni báculo? Y, en prueba de que hay en su corazón fibras sensibles, preséntala, en una de las etapas de su existencia, enamorada de un *parroquiano* por el solo hecho de haber recibido de él una efímera distinción: el regalo de un *bouquet* de diez céntimos... (1).

(1) Dentro de este *primer grupo* hállese también, por derecho propio, la protagonista de las *Memorias de una doncella*, de Octavio Mirbeau. A

A la cabeza de las que por el oropel se encenagan figura *Manon Lescaut*, la creación admirable del abate Prevost, ese P. Coloma del siglo XVIII: nada más repulsivo que aquel tipo de mujer, tan diabólica como bella, meretriz indisculpable, ávida de oro y preseas, á trueque de lo cual vende su cuerpo, alternando en su conducta depravada las eróticas versatilidades de su alma inconstante con los hurtos y estafas de que, por vía de pasatiempo, hace víctimas á sus amantes... Todo condena á Manón: nada hay que pueda justificar su infame conducta; mas... en medio de las arideces de su alma corrompida, ¿no es verdad que existe un oasis de ternura en sus estupendos amores con Des Grieux? ¿Qué importa que le encalle y le pervierta, haciendo un rufián y un tahur del que pudo ser un hombre honrado? ¿Qué importa que el amor, que por su esencia altamente espiritual debe sublimarlo y enaltecerlo todo, al pasar por su corazón encenagado se convierta en ignominioso estigma, ni más ni menos que un chorro de agua limpísima que se ennegreciera al pasar por un cedazo cubierto de hollín? ¡Ama tanto Manón á Des Grieux! ¡Le hace tan feliz cuando, en medio de su inconstancia, vuelve á él después de una vergonzosa escapatoria! Ciertamente que, al verle exhausto de fondos, busca en ajenos brazos el medio de reponer su bolsa enflaquecida; mas no es menos exacto que le prefiere á otros en igualdad de circunstancias económicas. Toda la narración, en fin, respira piedad hacia la cortesana; y al surgir el desenlace, trágico, desgarrador, imprevisto, cuando en mitad de un camino apenas practicable de la exótica Nueva Orleans, sucumbe Manón, rendida de cansancio en la fuga que emprende para salvar la existencia adorada de su amante, el abate Prevost parece rodear la impura frente de la muerta con

pesar de la importancia que ha logrado este escritor, contemporáneo nuestro, renuncio á colocar la heroína de dicha obra entre las demás que menciono. Tal fué el asco que me produjo la lectura de ese libro, en el cual el naturalismo truecense en la más repugnante de las obscenidades, haciéndose digno de figurar tan sólo en la biblioteca de una mancebía.

la refulgente aureola de los mártires; en tanto que Des Grieux, desolado, contempla aquel cadáver, sin advertir que en él está la causa de que renazcan su caballería y su hidalguía, holladas por la planta de Manón y reivindicadas con su muerte.

El tercer grupo es el de las prostituídas por la miseria. ¿Quién duda que á él pertenece la infeliz *Fantina*, protagonista de uno de los episodios más conmovedores de *Los Miserables*, esa titánica obra, capaz de inmortalizar á un genio y más que suficiente para desmentir la afirmación desdeñosa, hecha por Zola, de que Víctor Hugo no es más que un gran poeta lírico?... ¿Quién no recuerda á Fantina, la triste madre de Cossette? ¿Quién, al evocar su imagen, no la ve, crédula, inocente, alegre en su trabajadora pobreza, entregarse por amor al primero que de amores la requiere? Pero esta caída—y aquí de mi afirmación precedente—no la deshonra: al ser madre, lejos de encenagarse, se ennoblece. Vienen luego las sociales conveniencias á hacer que por doquiera la denigren, y la consideren culpable, siendo víctima; y al verse acosada por todos, desposeída de los medios de vivir honradamente por aquellos mismos que, pretendiendo moralizar, la arrojaban á la sentina del vicio, vende su cuerpo, mancilla su honra, para procurarse el sustento que ella y su hija imprescindiblemente requieren...

Para un caso como éste, en que la piedad del literato esté justificada, ¡cuántos y cuántos hay en que las sensiblerías no son otra cosa que meros recursos declamatorios!

Recuérdese *La Dama de las Camelias*, portentosa creación de Dumas hijo, obra madre en la literatura contemporánea, fuente en que han bebido los autores de producciones múltiples que en aquélla se inspiran. Margarita Gauthier, que pertenece indiscutiblemente á las meretrices del segundo grupo de la clasificación citada, es el emblema de la Magdalena moderna, pecadora redimida por el solo influjo del amor; no del amor á un Dios, como aconteció con la arrepentida de Magdala, sino del cariño á un hombre. Pues bien: descortezando, por así decirlo, la comedia en cuestión, fácil es advertir, bajo

la cáscara sentimental que la recubre, una extraordinaria dosis de falsedad: si Margarita se aleja de Armando Duval, porque, amándole, no le quiere causar perjuicio con su viciosa compañía, ¡cuánto más lógicamente procediera retirándose á una humilde guardilla para vivir del módico producto de su honrada labor, que no vendiéndose á más alto precio que nunca, y concurriendo á los mismos salones á que Armando acude para que éste concluya por escupir al rostro de su antigua querida el infamador dicitario de amante mercenaria!

Nana, la inmortal heroína de Zola, impúdica meretriz nacida en el fango, elevada á las alturas por las prodigalidades de sus *amigos*, para la cual el mundo es un lupanar y la sociedad del segundo Imperio francés un pudridero en que ella y los suyos se revuelcan con espasmos de inmundo goce; *Nana*, lejos de ser retratada como un sér ponzoñoso *per se*, lo es como una víctima de ajenas maldades: ella nada hace por cometer infamia tras infamia; mancha inconscientemente, delinque sin ideas de depravación; es, en medio de todo, una buena chica. ¿Qué culpa tiene ella de haber venido al mundo entre las hediondeces de *L'Asommoir*? Y cuando llega el momento de poner á prueba las ternuras de su corazón, lo hace sacrificándose por el cínico Fontan, fauno repugnante, que la enamora con desvergüenzas y la explota descaradamente, dando como pago de sus desvelos golpes y patadas sobre aquellas carnes, cuya sola contemplación tienen que pagar los demás á peso de oro...

Alfonso Daudet, entre la pléyade de sus novelas hermosísimas, tiene dos tipos de mujer perdida dignos de estudio: en ambos, la misma idea consabida resplandece. Uno es el de Ida de Barancy, la madre del protagonista de esa admirable producción, gloria de la literatura francesa contemporánea, que se llama *Jack*: cabeza á pájaros, corazón hueco, alma de cántaro, encaprichada con el haraganazo D'Argenton, bohemio insustancial á quien su ceguedad cree un genio, no tiene inconveniente en postergar por él á su hijo, el hijo de sus ilícitos amores, privándole de su caudal para satisfacer los capri-

chos del ridículo poeta, arrojándole á las negruras de un oficio manual penoso en que su cuerpo enferma y sus sentidos se embrutece y su inteligencia se atrofia. Es una madre desnaturalizada, criminal, impía; pero ¡jama tanto á D'Argenton! ¡La domina él de tan tiránica manera!...

El otro tipo de Daudet es *Safo*, Fanny Legrand, la modelo encumbrada por el vicio; encaprichada de un hombre cuya inexperiencia provinciana le impide rechazar la risueña tentación, conviértese en su rémora implacable, le persigue, le acusa, le conquista; constituye para él una lapa que de su lado ni un instante se aleja, manchándole con su contacto impuro; y cuando ha conseguido encenagar su juventud y ennegrecerle las risueñas esperanzas que en el porvenir tuviese puestas, lo abandona fríamente, cínicamente, como á limón estrujado, después de hacerle romper un pactado matrimonio con la mujer que era digna de figurar á su lado como eterna compañera de su vida... ¡Qué infame! ¿Verdad? Pues para Daudet es mucho más censurable todavía la necia mansedumbre de Juan Gaussín que el perverso proceder de Fanny...

Y lo mismo acontece con tantas y tantas más: unas, como Esther, protagonista de *La comedianta*, de Arsenio Houssaye, en la cual el pabellón del arte cubre la mercancía del vicio; otras, como la griseta *Mimi Pinsón*, de Alfredo de Musset, para quien la caída viene á ser como un oasis floreciente en medio de las arideces de su monótona existencia de griseta parisina; algunas, como la Peri en *Realidad*, la famosa obra de Galdós, y los tipos similares á aquélla creados por Picón y Palacio Valdés, en *La honrada* y en *La espuma*, respectivamente, entreabren los nubarrones de crápula en que viven, para dar paso á sendos rayos de luz en forma de rasgos loables de sus corazones bondadosos..

Nada digamos de las producciones literarias en que la ficción del Arte no hace sino rebozar la realidad de la Historia: ellas nos hacen admirar y nos enseñan á enaltecer á Marion Delorme, á Adriana Lecouvreur y Ninon de Lenclos; ¡hasta

en Sofía Arnould se encuentran rasgos adorables! Así, Diana de Poitiers, en lugar de encenagar la vida de Enrique II, la enalteció, otorgándole la posesión de su privilegiada hermosura; la bella doña María de Padilla, lejos de convertir á Dñ Pedro I en el más ruin de los hombres haciéndole olvidar los sagrados deberes de la familia y de la patria, trató de refrenar sus ímpetus y conducirle por derechos caminos; la señorita de La Vallière no fué una mancha del *rey-sol*, sino un florón más puesto á su diadema de victorias; é igualmente la Montespan, la Ferronière, la Maintenon, la Pompadour, la Dubarry y cien más que á la memoria vienen y por la pluma salen, sin orden cronológico, sin ilación histórica, amalgamadas en montón informe, como poseídas todas del mismo carácter que la posteridad, más piadosa sin duda que sus coetáneos, no vacila en concederles...

*
* *

Hombres que tenéis esposas, madres que tenéis hijas: interponed vuestra autoridad para impedir que unas y otras empleen sus aficiones literarias dedicándose á la lectura de obras que no sólo disculpen, sino que justifiquen y aun aplaudan, los extravíos de la mujer: en imaginaciones impresionables, como lo son las femeniles, esas apologías del vicio son por demás peligrosas. Practíquese en buen hora, y llévase al libro como palenque de las ideas que es, aquella máxima piadosa, nunca bastantemente encomiada, que dice: «Odia el delito y compadece al delincuente»; mas no se extreme su moral, ni menos aún se la bastardee, hasta el extremo de hallar en el crimen un merecimiento y en el criminal un sér elogiabile; porque entonces el castigo justo, ejemplar, afrentoso, elevaríase á la categoría de martirio; las pecadoras parecerían heroínas, y esa existencia, por ellas arrastrada como cadena de forzado, adquiriría el tentador aspecto de una florida senda bordeada de palmeras gentiles, laureles inmarchitables, olorosos mirtos...

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA .

Madrid, 7 de Julio de 1904.



LIBROS DE CABALLERÍAS CATALANES

CURIAL Y GUELFA — TIRANTE EL BLANCO

Mucha importancia tienen dos libros de caballerías catalanes, que indisputablemente son del siglo xv: famoso el uno en la literatura novelesca, *Tirant lo Blanch*; casi ignorado el otro, *Curial y Guelfa*, hasta que recientemente le ha dado á luz en primorosa edición la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, con eruditas y oportunas observaciones de mi fraternal amigo y condiscípulo el profesor D. Antonio Rubió y Lluch (1).

(1) *Curial y Guelfa: Novela catalana del quinzen segle, publicada á despeses y per encarrech de la «Real Academia de Buenas Letras» per Antoni Rubió y Lluch, soci numerari de dita corporació.* Barcelona, 1901.

Además de estos libros en prosa, se escribieron en catalán algunas narraciones en versos cortos pareados de nueve y de seis sílabas (*novas rimadas*), que por su forma especial corresponden á la historia de la poesía lírica. A este género pertenece la *Faula* de Guillem de Torrella, publicada en parte por Milá (*Obras*, tomo III, págs. 364-378), composición agradable y llena de reminiscencias del ciclo de la Tabla Redonda, interviniendo en ella el propio rey Artus y el hada Morgana. Parece ser de la segunda mitad del siglo xiv. En cuanto al *Blandin de Cornouailles*, tanto Pablo Meyer como Milá y Fontanals opinan que su autor fué un catalán que quiso escribir en provenzal. También es más provenzal que catalana, y al parecer traducida del francés á fines del siglo xiv ó principios del xv, la *Storia del amat Frondino et de Brissona, on se contenen quatre libres d'amors ab alguns cansons en frances*, publicada por Meyer en la *Romania* (1891, tomo XX, págs. 599 y ss.). Es una novelita sentimental,

Más que libro de caballerías propiamente dicho, el *Curial* es una novela erótico-sentimental, influída por modelos italianos, y especialmente por la *Fiammeta* de Boccaccio. La colocamos, sin embargo, en este lugar porque conserva en mayor grado que las otras el espíritu caballeresco, principalmente en el libro segundo, que está lleno de descripciones de combates. Sobre la plena originalidad de esta obra pueden caber algunas dudas. Luis Vives, en un importante pasaje de su tratado sobre la educación de la mujer, enumera entre los libros de entretenimiento que corrían *en Flandes*, y cuya lectura reprueba, uno que llama *Curias et Floreta*. ¿Tendría que ver con el nuestro? Si hubiese sido español, estaría citado por Vives con los demás de nuestra literatura que menciona: es á saber, el *Amadís*, el *Florisando*, el *Tirante*, la *Celestina* y la *Cárcel de Amor*. Parece, pues, que se trataba de un texto francés. En el *Curial* ha notado su diligente editor inscripciones y divisas en lengua francesa, alusiones continuas á los libros de *Tristán y Lanzarote*, algunos que parecen galicismos, como *armurers*, *mestre dostal*, *renarts burells* y otros, y sobre todo un gran número de nombres y apellidos (históricos algunos) que son enteramente franceses.

Pero la influencia italiana es la que en el libro predomina, y se manifiesta de mil modos, ya en las frecuentes citas de Dante, de quien manejaba no sólo la *Commedia*, sino *Il Convito* y la *Vita nuova*, ya en el conocimiento que manifiesta de otras obras de aquella literatura, tan familiar entonces á los catalanes, dominadores de Sicilia y de Nápoles y émulos de las Repúblicas marítimas en el comercio de Levante. Así recuerda, como cosa que debía de estar presente en la memoria de todos sus lectores, la trágica historia de Guiscardo y Guismunda, que es la novela primera de la jornada IV del *Deca-*

mezclada de prosa y verso, y tiene de curioso el empleo de la forma epistolar. *Fronchino* y *Brissona* están citados en el *Curial* (pág. 498), como famosos amantes, al lado de *Amadís* y *Oriana*.

meron. El fondo mismo del *Curial*, la sencilla historia de amor que le sirve de principal argumento, tiene su origen directo en una colección de cuentos italianos, *Il novellino* ó las *Cento Novelle Antiche* (núm. 61, «*d'una novelle ch'avenne in Provenza alla corte del Po*»). Esta narración, como tantas otras, había pasado de Provenza á Italia, y de Italia volvió á Cataluña, rota ya la hermandad entre provenzales y catalanes, y olvidada la antigua literatura occitánica que había sido común á ambos pueblos. Aun los rasgos que más localizan el cuento y dan testimonio de su origen, la mención del *Puig de Nostra Dona*, y el primer verso de la canción del trovador Barbassieu, «*Atressi cum l'olifans*» (que quizá fué el fundamento de toda la leyenda), están tomados del texto italiano. La anécdota es ingeniosa y del género de otras que se leen en las biografías de los trovadores. Una dama, gravemente ofendida por la indiscreción de su caballero, le previene que no volverá á admitirle en su gracia hasta que cien varones, cien caballeros, cien damas y cien doncellas griten todos, á una voz, *perdón*, sin saber á quién se lo piden. El ladino caballero, que era de gran saber en el arte de trovar, inventa las palabras y la melodía de una canción alegórica, y va á cantarla en el gran concurso poético del *Puis de Nostradame*. Apenas había terminado su canción, en que empezaba por compararse con el elefante caído, que no se puede levantar si no se le anima con gritos y voces, todos los circunstantes pidieron perdón por él, y la altanera dama consintió en perdonarle (1).

El teatro de los amores de Curial y Guelfa es la corte de Monferrato (otro indicio de italianismo); pero se da á entender, aunque no está claro del todo (2), que el padre del héroe

(1) Vide Milá y Fontanals, *De los trovadores en España*, 2.^a ed., pp. 109-110.

(2) El libro comienza de esta suerte: «*Fonch ja ha lonch temps, segons jo he llegit, en Cathalunya, un gentil hom...*», etc. Según se ponga coma antes ó después de Cataluña, resultará que el padre de *Curial* era catalán ó que el autor había leído la historia en Cataluña.

era catalán, y en los episodios de la novela intervienen, llevándose la prez en justas y torneos de Francia é Italia, varios caballeros catalanes y aragoneses de apellidos muy ilustres: Dalmau de Oluge, Pons d'Orcan, Aznar de Atrosillo, Galcerán de Mediona, Pere de Moncada, Ramón Folch de Cardona. El autor ha querido, con justo entusiasmo, que la acción de su novela coincidiese con el momento más glorioso y solemne de la historia de la corona de Aragón, es decir, con el reinado de Don Pedro III el Grande, que es su héroe predilecto, á quien llama «*lo millor cavallero del mon sens tota falla*», aludiendo repetidas veces á su bizarra aventura del palenque de Burdeos, y comentando aquel célebre verso que le dedicó Dante en el cap. VII del *Purgatorio*:

D'ogni valor portò cinta la corda.

Aun en esta glorificación del gran rey vencedor de los franceses se revela también el asiduo lector de los autores italianos, y no de Dante sólo, sino de Boccaccio, que hizo á Don Pedro héroe de una de sus más delicadas y gentiles narraciones.

Hay, pues, un elemento histórico é indígena en el *Curial*, pero el caso no es único en las novelas españolas del siglo xv. Aparte de *El Siervo Libre de Amor*, de Juan Rodríguez del Padrón, donde hay tantas reminiscencias geográficas ó históricas de Galicia, ahí está la *Crónica Sarracina* de Pedro del Corral, escrita antes de 1410, la cual, más que libro de caballerías, es una verdadera novela histórica, en que se amplifican y desarrollan todas las tradiciones y consejas relativas á la pérdida de España y á los Reyes Don Rodrigo y Don Pelayo.

La impresión que el *Curial* deja es la de una obra forastera, refundida por un catalán más bien que concebida originalmente en Cataluña. Acaso fuese en su origen una breve historia de amor, escrita en italiano, que al pasar á nuestra Península se enriqueció, no solamente con las alusiones históricas,

con los apellidos ya citados y con algunos nombres geográficos, como Barcelona, La Roca, Solsona, sino con gran número de aventuras y razonamientos intercalados con poco arte de composición. Todo lo que se refiere á las andanzas de Curial en Grecia y África tiene este carácter, y lo tiene muy especialmente el curiosísimo intermedio clásico del sueño de Curial en el Monte Parnaso, donde Apolo y las Musas le eligen por juez para sentenciar sobre la veracidad de Homero en cuanto á la guerra de Troya. Curial no desprecia al poeta griego; pero, como era de suponer, da la palma á Dictis y Dares: «Homero ha escrit libre que entre los homens de sciencia man que sia tengut en gran estima: Ditis e Dares scriuiren la veritat e axi ho pronuncie». Toda esta disputa es un pedantesco alarde del autor para mostrarse muy leído en la *Crónica* de Guido de Columna, á quien alega varias veces, como también la compilación llamada *Fiorita*, que Armannino, juez de Bolognia, compuso en 1325, donde se contiene una especie de *Eneida* anovelada al gusto de la Edad Media. Parece haber manejado también las *Metamorfoses* de Ovidio, que cita al principio del libro tercero.

Milá y Fantanals, primer crítico que se fijó en el *Curial*, aunque muy de paso, reconoció en él aquella singular mezcla de *gótico* y *renacimiento* que se encuentra en muchas obras artísticas y literarias del siglo xv y principios del xvi (1). Tanto por esta mezcla, que para el gusto ecléctico y curioso de ahora no es desagradable, como por el interés que ofrece cualquier texto de lengua catalana, ya que son relativamente pocos los que han logrado salvarse del naufragio, merece el *Curial*, á pesar de la afectación y mal gusto de muchos trozos y del poco interés de la narración, la solicitud con que ha sido impreso y las investigaciones que se hagan sobre sus fuentes.

Pero no puede establecerse paridad alguna entre esta com-

(1) *Obras completas del Dr. D. Manuel Milá y Fontanals. Tomo III. Estudios sobre historia, lengua y literatura de Cataluña* (pp. 485-492).

posición retórica y amanerada y la muy sabrosa, aunque demasiado larga y demasiado libre, historia valenciana de *Tirant lo Blanch*, que es uno de los mejores libros de caballerías que se han escrito en el mundo; para mí, el primero de todos después del *Amadís*, aunque en género muy diverso.

El elogio que hace de él Cervantes en el escrutinio de la librería de D. Quijote nunca me ha parecido irónico, sino sincero, aunque expresado en forma humorística: «¡Valame Dios, »dijo el cura dando una gran voz; que aquí está Tirante el »Blanco! Dadmele aca, compadre, que hago cuenta que he ha- »llado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. »Aquí está D. Kirieleison de Montalban, valeroso caballero, y »su hermano Tomas de Montalban y el caballero Fonseca (1), »con la batalla que el valiente de Tirante (2) hizo con el alano, »y las agudezas de la doncella Placerdemivida y con los amo- »res y embustes de la viuda Reposada, y la señora Empera- »triz enamorada de Hipolito su escudero. Digovos, verdad, »señor compadre, que por su estilo es éste el mejor libro del »mundo: aquí comen los caballeros y duermen, y mueren en »sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con otras »cosas de que todos los demas libros deste genero carecen. Con »todo eso os digo que merecia el que lo compuso, pues no hizo »tantas necedades de industria, que le echaran a galeras por »todos los dias de su vida».

(1) Es singular, y prueba la portentosa memoria de Cervantes (que no siempre ha de ser la memoria cualidad de los tontos), el que se acordase de este insignificante personaje, que sólo una vez está mencionado en el enorme libro del *Tirante* (cap. CXXXII): «Toda la gent se arma e puja- »ren a cavall per partir. Primerament ixque la bandera del Emperador »portada per un cavaller qui era nomenat *Fonsequa*, sobre un gran e ma- »ravellos cavall tot blanch».

(2) *Detriante* dice la primera edición del *Quijote* y repitieron todas las sucesivas hasta la de Bowle, que escribió, como es debido, *de Tirante*. Pero el primero que propuso la enmienda fué el académico francés Fréret, autor del curioso prólogo que lleva la traducción de aquel libro de caballerías hecha por el Conde de Caylus.

Cervantes señaló entre burlas y veras el carácter realista del *Tirante*, fijándose en detalles tales como la lucha del héroe con un perro, que es, en efecto, de lo menos caballeresco que puede imaginarse, aunque tiene precedente en la del rey Artús con un monstruoso gato; no olvidó la sensual pintura de los amores de la vieja emperatriz y del escudero Hipólito, ni las intrigas por todo extremo livianas y celestinescas en que intervienen la doncella *Placer-de-mi-vida* y la viuda *Reposada*: felicísimos nombres uno y otro, que acreditan la inventiva y buen humor de quien los discurió. No se le pasó por alto el grotesco nombre de D. Kirieleisón de Montalbán, digno del repertorio de Rabelais; y tan empapado se muestra en el libro de Martorell, que ni siquiera omite la insignificante mención del caballero Fonseca, á quien se nombra una sola vez en toda la novela.

No puede negarse que el final del pasaje sea obscuro, y confieso que no me satisface ninguna de las explicaciones que de él se han dado. Si hay errata, como se sospecha, podrá consistir en la adición del *no*, pues suprimiéndole, la frase hace sentido y puede interpretarse de esta suerte: «Merecía el autor las galeras, porque siendo hombre de buen ingenio le dió mal empleo, poniéndose *de industria*, es decir, de caso pensado, á escribir necedades». Por *necedades* entiende Cervantes las extravagancias caballerescas y eróticas del *Tirante*; que también hay necedad en los discretos. Muy duro parece el castigo de las galeras para tales pecados; pero la frase es humorística á todas luces. Y es lo cierto que las lozanías del *Tirante* pasan á veces de la raya y explican la chistosa frase de Cervantes, la cual es á un tiempo elogio del ingenioso autor del libro y vituperio de las escenas lúbricas en que solía complacerse (1).

(1) Es en extremo forzada la interpretación que da á este pasaje don Juan Calderón en su curioso y á veces atinado libro, *Cervantes vindicado en ciento y quince pasajes del texto del Ingenioso Hidalgo... que no han entendido, ó que han entendido mal, algunos de sus comentadores ó*

El *Libre del valeros e strenu caualler Tirant lo Blanch*, impreso por primera vez en Valencia, 1490 (1), tiene, á diferencia de otros muchos libros de caballerías, especialmente de los más antiguos, autor, ó por mejor decir, autores conocidos, puesto que en él mismo consta que las tres primeras partes fueron escritas por el magnífico y virtuoso caballero *Mossen Johanot Martorell*, y que después de la muerte de éste fué acabada la cuarta parte, á ruegos de la señora doña Isabel de Lorris, por *Mossen Marti Johan de Galba*, que acaso fuera un notario, á juzgar por la forma curialesca en que redactó los testamentos de Tirante y la princesa Carmesina, á que alude Cervantes.

Sabemos, además, la fecha en que Martorell comenzó á es-

críticos (Madrid, 1854), pp. 19-27. Supone que la expresión *con todo eso* no tiene fuerza adversativa; que el verbo *merecía* está usado como neutro, y que la frase «que le echaran á galeras» es una oración incidente determinativa del sustantivo *necedades*, por lo cual debe omitirse la coma después de *industria*. Con todos estos desesperados recursos viene á resultar la siguiente frialdad indigna de Cervantes: «por todas estas razones os digo que el tal autor tenía mérito (merecía), puesto que de industria (esto es, sabiendo lo que traía entre manos) no hizo tantas necedades como otros, dignos de ir á galeras por toda su vida». Para atormentar así los textos, vale más confesar lisa y llanamente que no se entienden.

(1) Es libro rarísimo, del cual existe un ejemplar en la biblioteca de la Universidad de Valencia, y otro en el Museo Británico. D. José Salamanca poseyó otro procedente del colegio de la Sapiencia de Roma. Pero todavía es más rara la segunda edición de Barcelona, 1497, que puede verse descrita detalladamente en el tomo primero del *Ensayo* de Gallardo (número 1.218) con presencia del ejemplar que, procedente de la Biblioteca de Oporto, estuvo algún tiempo en poder del mismo Salamanca, y no sabemos dónde se encuentra hoy. No menos peregrina es la traducción castellana impresa en Valencia, 1511, por Diego Gumiel, de la cual he visto un solo ejemplar, que perteneció al marqués de Casa-Mena, y posee actualmente el bibliófilo barcelonés D. Isidro Bonsoms. Otro ejemplar falto de hojas se vendió en Londres en 1854, en la subasta de la librería de Lord Stuart de Rothsay, antiguo ministro de Inglaterra en Lisboa.

El texto original del *Tirante*, conforme á la edición príncipe de Valencia, fué reimpresso con mucha corrección y elegancia por D. Mariano Aguiló en cuatro tomos de su *Biblioteca catalana*, que, como casi todos los de la misma serie, carecen todavía de portadas y preliminares.

cribir su libro: 2 de Enero de 1460. Esta importante noticia consta al fin de la dedicatoria al infante D. Hernando de Portugal, una de las varias personas á quien se atribuyó sin fundamento el *Amadís de Gaula*. En su carta dice Martorell que «la historia y actos de Tirante estaban escritos en lengua inglesa, y que el infante le había rogado que los trasladase al portugués, entendiendo que por haber residido Martorell algún tiempo en la isla de Inglaterra había de serle más familiar aquella lengua que a otros. Por lo cual él, obedeciendo a este ruego o más bien mandato del señor a cuyo servicio estaba, se habia atrevido á traducir la obra no solamente de lengua inglesa en portuguesa sino de portuguesa en vulgar valenciana, para que la nacion de donde él era natural disfrutase de aquel beneficio». Y finalmente disculpa los defectos que puedan hallarse, con la oscuridad de la lengua inglesa, cuyos vocablos es difícil entender bien algunas veces.

Generalmente se ha hecho poco aprecio de estas declaraciones de Martorell, y como ni en inglés ni en portugués se encuentra rastro de tal libro, se ha creído que todo el prólogo era ficción pura, según la costumbre de los autores de libros de caballerías, que procuraban darles autoridad y crédito suponiéndolos traducidos de otras lenguas. Pero obsérvese que los que tal hacían afectaban, por lo común, trasladar sus libros de lenguas sabias ó muy remotas y peregrinas, como el griego, el hebreo, el caldeo y el húngaro, más bien que de las vulgares, y no recuerdo que ninguno de ellos quisiese autorizar su obra suponiéndola traída de una lengua tan de casa y tan familiar á los nuestros como era el portugués. Además, ¿qué objeto había de tener esta superchería, si el mismo Martorell es quien se reconoce autor de la versión portuguesa y de la valenciana, y así lo declara en un prólogo dirigido al infante de Portugal, en cuyo servicio estaba y que le había encargado la traducción? Si todo esto es invención, ¿qué podía ganar el libro con ello?

Para mí está fuera de duda que Juan Martorell, valenciano

de nacimiento, pero residente en la corte de Portugal por los años de 1460, escribió primero en portugués y luego en su nativa lengua (que tratándose de aquel tiempo debe llamarse sin ambages catalana) el libro de *Tirante el Blanco*, y que Micer Juan de Galba tradujo del portugués la cuarta parte, que en tono y estilo no difiere de las demás ni es adición pegadiza, sino desenlace natural y complemento necesario de la fábula, por lo cual hay que desechar el pensamiento de que sea labor suya y no del mismo Martorell (1).

¿Pero será verdad lo que éste dice de un original *inglés*? Aquí la cuestión es mucho más problemática. No hay razón para negar el viaje de Martorell á Inglaterra, y leyendo atentamente su libro se notan indicios que nos persuaden que estuvo allí. En Inglaterra empieza la acción; las justas reales de aquel país y sus fiestas caballerescas están descritas con la minuciosidad de un testigo de vista; se cuenta muy á la larga el origen y estatutos de la Orden de la Jarretiera. Y prescindiendo, porque nada probarían, de las frecuentes imitaciones del ciclo bretón, y de la familiaridad que el autor muestra con los personajes más conocidos y vulgarizados de aquel ciclo, como el rey Artús, á quien hace intervenir en una aventura de que hablaré después, se encuentran en el *Tirante* otras narraciones que parecen tomadas de libros ingleses. La misma leyenda del dragón de Cos, más que aprendida en las playas del Mediterráneo, parece trasladada del libro fantástico de viajes de John de Mandeville (2). La historia del conde *Guillem de Varoychi*, con que la obra comienza, es ni más ni me-

(1) Si algo puso de su cosecha Juan de Galba, sería en lo que toca á las hazañas de Tirante en Túnez y Tremecen, episodio ciertamente muy largo y no indispensable para la acción. Pero los últimos capítulos, que comprenden la vuelta de Tirante á Constantinopla, su casamiento y su muerte, no es verosímil que nadie sino Martorell los escribiera, porque son esenciales en el plan y propósito del libro.

(2) Vide Dunlop-Liebrecht, *Geschichte der Prosa-dichtung*, p. 175, y G. Paris, *Histoire Littéraire de la France*, t. XXX, pp. 191-192.

nos que el antiguo poema de *Guy de Warwycke*, escrito al parecer por un trovero anglonormando en el siglo XII y traducido en verso inglés á principios del XIV. En él se narra cómo el conde, recién casado, se separó de su mujer para ir en peregrinación á Tierra Santa; cómo volvió, después de muchas aventuras, para arrojar de Inglaterra á los daneses, y cómo, finalmente, se hizo ermitaño (1).

Pero al lado de estas reminiscencias, cuyo número es ciertamente muy escaso, hay en el *Tirante* innumerables cosas que denuncian el origen catalán de su autor y que no han podido ser escritas más que por algún súbdito de la corona de Aragón. Gran parte del primer libro, es decir, el encuentro del joven Tirante con el caballero ermitaño, y las instrucciones que éste le da sobre el oficio y deberes de la caballería, está calcada, puede decirse que servilmente, sobre un tratado de Ramón Lull que conocemos ya, el *Libre del orde de Cavalleria*. El tema principal de la novela, las empresas de Tirante en Grecia y Asia, sus triunfos sobre el Gran Turco y el Soldán de Egipto, su entrada triunfal en Constantinopla, sus amores y desposorio con la hija del Emperador griego, su elevación á la dignidad de César y heredero del Imperio, y hasta la muerte que le sorprende en medio de la alegría de sus bodas, si bien traída por causa natural y no por el hierro de la traición, dan al *Tirante* cierto sello de novela histórica, donde se reconoce, no muy desfigurada (dentro de los límites que separan siempre la verdad de la ficción), la heroica expedición de catalanes y aragoneses á Levante y el trágico destino de Roger de Flor. Ninguno de los personajes de la novela es español: á Tirante se le supone francés, ó por mejor decir bretón; pero antes de terminarse el libro primero, abandona por completo las regiones de centro y norte de Europa y se pone al servicio del rey de Sicilia, es decir, de un príncipe de la di-

(1) Véase el extenso análisis que de este poema hizo Littré en el tomo XXII de la *Histoire Littéraire de la France*, pp. 841-851.

nastía catalana. Los intereses políticos que le preocupan son los que en nuestro litoral mediterráneo tenían que ser primordiales: el socorro de Rodas, heroicamente defendida por los caballeros de San Juan, la competencia mercantil con los genoveses, la aspiración al dominio de la vecina costa africana, el peligro de Constantinopla, el creciente poderío de los turcos.

La materia episódica del *Tirante* puede estar, y en efecto está, tomada de fuentes muy diversas. Ya hemos mencionado la bellísima fábula de la doncella convertida en serpiente, que no sabemos si es bizantina ó bretona de origen, puesto que se la encuentra lo mismo en el poema francés de *Guin-glain* y en el italiano de *Carduino* que en la tradición oral de las islas del Archipiélago griego. Tal como la cuentan Martorell y Juan de Mandeville, en quien probablemente se inspiró nuestro autor, tiene todos los caracteres de un mito greco-oriental. El dragón de la isla de Cos (Lango) era la hija del sabio Hipócrates, encantada en aquella forma y que no podía recobrar la suya propia hasta que un joven se dejase besar por ella. Espercio, uno de los personajes secundarios del *Tirante*, es el que lleva á cabo la aventura, haciéndose con ella dueño de la hermosura de la doncella y de los tesoros de la isla. Se ha conjeturado que en la aplicación de esta leyenda al famoso médico griego hay una reminiscencia del papel que representaba la serpiente en el culto de Esculapio.

Otras anécdotas hay en el *Tirante*, cuyo origen es fácil señalar: por ejemplo, la estratagema de Zopiro, tomada, no de Heródoto, desconocido en la Edad Media, sino de cualquier compilador. Las fabulosas biografías de Virgilio y de Esopo le han prestado los dichos que pone en boca del filósofo á quien la princesa de Sicilia llama á su corte. Y aunque no se me alcanza de dónde pudo tomar el chistoso cuento del príncipe tonto D. Felipe de Francia, cuyos desaciertos y necesidades va remediando con tanta habilidad Tirante, para hacerle grato á los ojos de su prometida, bien se ve que esta historia

de burlas es una intercalación y que antes hubo de existir aislada. El que se fiara de la vieja traducción castellana ó de la francesa del Conde de Caylus, podría creer que Martorell, además de los libros bretones, conocía el *Amadis de Gaula*, puesto que en aquellos dos textos se encuentra el nombre de Urganda la desconocida, aplicado á una hermana del rey Artús. Pero en el texto catalán no hay semejante cosa: la hermana de Artús, que va en demanda suya á Constantinopla y le desencanta por medio de un rubí de mágica virtud, no es Urganda, sino el hada Morgana. La pasión de la Emperatriz por el escudero Hipólito tiene mucha semejanza con la de la Emperatriz Athenais y el joven Párides en un poema francés de la segunda mitad del siglo XII, el *Éracles*, de Gautier de Arras (1), aunque el trovero francés es mucho más casto que nuestro novelista, que agotó en esta ocasión todos los recursos de su pincel voluptuoso.

Leído el *Tirante* con la atención que merece, salta á la vista que Juan Martorell conocía muchos libros de pasatiempo, de los cuales se valió para enriquecer y amenizar el suyo, pero que la concepción general le pertenece, tanto ó más que al autor del *Amadis*. Pudo encontrar en Inglaterra uno ó varios poemas que le diesen la primera idea del suyo, y quizá el nombre del héroe; acaso al principio se limitó á traducir ó arreglar, y por eso el primer libro tiene un carácter más caballeresco, sin mezcla de pormenores vulgares ni escenas deshonestas; es también el único en que intervienen gigantes ó á lo menos personajes muy agigantados, como D. Kirieleisón de Montalbán y su hermano: el único en que las aventuras de Tirante se parecen algo á las de cualquier otro paladín. Pero en seguida cambió de rumbo, acaso por haberse trasladado desde las brumas de Inglaterra á las risueñas costas de Portugal: la musa del realismo peninsular le dominó por completo, y los

(1) Extensamente analizado en el tomo XXII de la *Histoire Littéraire de la France*, pp. 796-806

ejemplos venidos de Italia, especialmente el de Boccaccio, cuyos libros estaban entonces en su mayor auge, hicieron que este realismo no fuese siempre tan sano y comedido como debiera. De todos modos, el *Tirant lo Blanch*, escrito en una lengua mucho más próxima á la popular que el *Curial y Guelfa*, resultó uno de los libros más catalanes que existen, con cierta indefinible nota de gracia y ligereza valenciana que le da un puesto aparte entre los prosistas de aquella literatura, como á Jaime Roig entre los poetas.

No ha faltado algún excelente crítico (1) que considerase el *Tirante* como una parodia deliberada de los libros de caballerías, que en todo caso sería más parecida á la de Merlín Cocaio ó á la de Rabelais, que á la fina ironía del Ariosto ó á la grande y humana sátira de Cervantes. No faltan en aquella novela episodios que superficialmente considerados pudieran hacer verosímil esta opinión: desafíos tan ridículos como el de Tirante con el caballero francés Villermes, batiéndose los dos adversarios en paños menores con escudos de papel y guirnaldas de flores en la cabeza; bufonadas en que sacrílegamente se mezcla lo humano con lo divino (por ejemplo, el rezo de la Emperatriz en el capítulo CCXLV): un regocijo sensual bastante grosero y lo más contrario que puede haber al ideal caballeresco. Todo esto es verdad, y no obstante, considerado el *Tirante* en su integridad, no puede dudarse que fué escrito en serio, y que las empresas guerreras del héroe son las más serias que en ningún libro de esta clase pueden encontrarse. Lo son por su finalidad alta é histórica, y lo son por los medios muy racionales que el héroe emplea para llevar á cabo sus victorias y conquistas. No es un aventurero andante que consume su actividad en delirios y vanas quimeras, como la mayor parte de los paladines de Bretaña y sus imitadores, sino un hábil capitán, un príncipe prudente que pone su espada

(1) J. B. Warren, *A History of the Novel previous to the seventeenth century* (Nueva York, 1895), p. 175.

y su consejo al servicio de la cristiandad amenazada por los turcos. Las artes con que triunfa de ellos no deben nada al sobrenatural auxilio de magas y encantadores; vence, sí, y desbarata con fuerzas pequeñas innumerables ejércitos; pero esta hipérbole ha sido permitida siempre á los narradores épicos, y no podía menos de serlo cuando no se abstenían de ella los más graves historiadores.

No es el *Tirante* una parodia, sino un libro de caballerías de especie nueva, escrito por un hombre sensato, pero de espíritu burgués y algo prosaico, que no huye sistemáticamente del ideal, pero lo comprende á su manera. No sólo modifica el sentido del heroísmo, y en esto merece alabanza, sino que cambia radicalmente el concepto del amor, y aquí resbala de lleno en la más baja especie de sensualismo. También él ha querido hacer de Tirante y Carmesina una pareja modelo de leales enamorados, pero las situaciones en que los coloca no son más que un pretexto para cuadros lascivos. Mucho más honesta es Oriana, rindiéndose la primera vez que se encuentra á merced de su amador en el bosque, que la refinada princesa de Constantinopla, que se complace en excitar brutalmente sus sentidos en repetidas entrevistas, y no cede del todo hasta la última parte del libro. Hay en todo una especie de *molinosismo* erótico sobremanera repugnante. Nada diremos de la senil pasión de la Emperatriz, que tan caro paga al joven Hipólito su complacencia amorosa, ni de la consumada maestría que en las artes del lenocinio muestran las doncellas Estefanía y Placerdemivida, que más bien que en palacios imperiales parecen educadas en la zahurda de la madre Celestina. Adviértase que Martorell describe todas estas escenas sin correctivo alguno, antes bien con especial fruición, y las corona escandalosamente con el triunfo de Hipólito, elevado nada menos que al trono imperial de Constantinopla por el desaforado capricho de una vieja loca.

Si todo esto indica la depravación de la fantasía del autor (la cual contrasta por otra parte con el tono grave y doctrinal

de los razonamientos de que su libro está plagado), otras cosas de distinto género prueban en él la obsesión de la vida común, el amor al detalle concreto y preciso, el instinto que le llevaba á copiar la realidad, fuese ó no poética. Tirante, saltando por una ventana de la habitación de Carmesina, se rompe una pierna: accidente muy natural, pero que ningún otro autor de este género de historias hubiese atribuído á un héroe suyo, ni menos hubiese insistido tanto en los detalles de la curación. La enfermedad de que muere es una prosaica pulmonía, y, como ya notó Cervantes, hace en toda regla su testamento. Por lo demás, el final de la historia es tierno y patético. Tirante cayendo herido por la muerte cuando se ve á las puertas de la dicha mundana, y Carmesina expirando de dolor, abrazada al cadáver de su esposo, pertenecen á la esfera ideal del arte y recuerdan el sublime desenlace de los amores de Tristán é Iseo.

El *Tirante*, aunque tan ingenioso y tan cargado de pican-tes especias, no parece haber tenido muchos lectores en España. Casi nadie le cita, fuera de Cervantes, cuyo voto vale por todos. En su lengua original tuvo dos ediciones, ambas dentro del siglo xv; en castellano una sola, la de Valladolid de 1511. Las tres se cuentan entre los libros más raros del mundo. De la versión castellana proceden la italiana de Lelio di Manfredi, hecha por los años de 1514 á 1519, aunque no salió de las prensas de Venecia hasta 1538, y el galante *rifacimento* francés del conde de Caylus (1737?), que vale un poco más que el compendio del *Amadís* hecho por el conde de Tressan (1).

Pero el original catalán del *Tirante* había penetrado en Italia antes que estuviese traducido en ninguna lengua. Ya en 1500 lo leía Isabel de Este, marquesa de Mantua, y un año

(1) *Histoire du vaillant chevalier Tirant le Blanc, traduite de l'espagnol. A Londres.* Dos tomos en 8.º, sin año, que al parecer fueron impresos hacia 1737, y no en Londres, sino en París. Por lo licencioso del libro, se le puso este pie de imprenta falso. Fué reimpresso en París, 1775; tres tomos en 12.º

después comenzaba á traducirlo, á instancia suya, Niccolo da Correggio (1). Extraño libro parece el desvergonzadísimo *Tirante* para entretener los ocios de una princesa honesta y sabia; pero las costumbres de las cortes italianas lo autorizaban todo, y después de Boccaccio, á quien todo el mundo respetaba como un clásico, no había que escandalizarse de nada. La novela valenciana fué conocida y utilizada también por los dos grandes poetas de la escuela de Ferrara. Mateo Boyardo parece haber tomado de allí la leyenda del dragón de Cos, atribuyéndola al paladín Brandimarte en los cantos 25 y 26 del *Orlando Innamorato* (refundición del Berni). En cuanto al Ariosto, ya apuntó Dunlop, y ha confirmado Rajna (2), que el núcleo del episodio de Ariodante y Ginebra (canto V del *Orlando Furioso*), tan importante en sí mismo, y además por haber sido el germen de una novela de Bandello, de la cual tomó Shakespeare el argumento de su comedia *Much ado about nothing*, está en los embustes de la viuda Reposada, que ardiendo en liviano amor por Tirante, y deseando alejarle de los brazos de la princesa Carmesina, urde contra ésta una monstruosa intriga, haciendo creer al caballero que su dama le era infiel con un negro feísimo, hortelano de palacio, con cuyas vestiduras y máscara hace disfrazar á una de las doncellas de la princesa. La mayor alteración que el Ariosto introdujo en el relato, sin duda por el espíritu de galantería, que rara vez le abandona, consistió en hacer recaer la parte odiosa de la estratagema, no en una mujer, sino en un hombre, Polinesso, el rival de Ariodante. Conjetura también Rajna que la industria de que se vale un marinero, en el *Tirante*, para abrasar la nave capitana de los genoveses que sitiaban á Rodas como auxiliares de los sarracenos, dió al poeta la idea del artificio de que Orlando se vale para arrastrar á la playa, por medio de una gruesa

(1) Vide *Giornale Storico della letteratura italiana*, t. XXII, pp. 70-73.

(2) *Le fonti dell'Orlando Furioso*, 2.^a ed., pp. 149-53. En Dunlop-Liebrecht, p. 172.

cuenda, el monstruoso cetáceo que guardaba á Olimpia (canto XI).

A pesar de haber tenido tales imitadores, *Tirante el Blanco* quedó *sporádico* y cayó muy pronto en olvido. Quizá su realismo, demasiado prematuro para un libro de caballerías, aunque ya hubiese penetrado en otros géneros, le hizo poco grato á los lectores habituales de esta clase de obras. Acaso también, su desenfrenada licencia en las pinturas eróticas fué obstáculo para que siguiera circulando, aunque la Inquisición no le puso nunca en sus índices. Pero antes de la mitad del siglo xvi, ya la imprenta española había ido moderando mucho el verdor y lozanía de sus abriles, y habían desaparecido del comercio vulgar las *Tebaidas*, las *Serafinas* y los *Cancioneros de burlas*. Aun la misma traducción de las *Cien novelas* de Boccaccio no se reimprimió después de 1543.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

¿HAY SEMIVOCALES?

Algunos fonetistas llaman semivocales á la *i* y á la *u*.

¿Existe motivo para tal aseveración?

La cuestión es importantísima; porque, de ser cierta, comprometería la doctrina moderna de las vocales, fundada en los experimentos de HELMHOLZ y de KÖNIG.

I

En español reciben este nombre de *semivocales* solamente

la *i* y la *u*,

y no

la *a*, ni la *e* ni la *o*.

Pero precisamente se llaman semivocales en otras lenguas

la *a*, la *e* y la *o*.

Por manera que ya tenemos motivo para presumir que nada de esencia da lugar á la denominación de *semivocales*.

Mas ¿por qué se llaman semivocales

la *i* y la *u*?

Porque, en algunas ocasiones (tan pocas que pueden contarse por los dedos), la *i* se convierte en *y*, como sucede con

hierba, que muchos pronuncian *yerba*,

y la *u* va precedida de un sonido gutural, como en

huevo, que suena casi como *güevo*.

Pero observemos que á nadie se le ocurre llamar semivo-
cales

ni á la *i* ni á la *u*

cuando, solas, siguen á una consonante ó están entre dos, ya
tengan acento ó carezcan de él.

Con acento.	Sin acento.	Con acento.	Sin acento.
Dícta,	dictár,	Dúda,	dudár,
Fíno,	finúra,	Fúga,	fugáz,
Líno,	lináza,	Gúla,	gulusmeár,
Niño,	niñera,	Lúna,	lunár,
Ríba.	ribázo, etc.	Núlo,	nulidád,
		Rúda.	rudéza, etc.

En ninguno de los casos anteriores, ni en la multitud de
sus análogos, puede darse á la *i* el sonido de *y* ni á la *u* el so-
nido de *g* suave, ú otro gutural análogo.

El sonido de *y* y el sonido de *g* sólo pueden ocurrir cuando
la *i* y la *u* están acompañadas de otra vocal.

Pero analicemos.

En una pareja de vocales la *i* y la *u* pueden ocupar unas
veces el segundo lugar, y otras el primero. Si ocupan el se-
gundo lugar, nunca se da el caso de que la *i* se convierta en *y*,
ni la *u* vaya precedida de articulación gutural.

Digtongo.	Adiptongo.	Diptongo.	Adiptongo.
ai-re,	ca-í-da,	Au-ra,	a-ú-lla,
oi-dor,	o-í-do,	Sou-za,	bo-u,
pei-ne,	le-í-do,	eu-ro,	re-hu-sa,
cui-ta,	ru-í-na,	triun-fo,	di-ur-no,
nihí-lis-mo.	pi-í-si-mo.		Duunvir súm cuique (1).

Aun cuando haya parada, ó cesación de sonido, á nadie se
le ocurriría decir:

cayida,	agulla,
oyido,	bogu,
leyido,	regusa,
ruyina,	digurno,
piyísimo,	etc.

(1) Y ella se alzó y me dijo: *sú - um cuique*.

Ni, si se tratase de adiptongos entre dos vocablos, tales como

la íntima,	la última,
lo íntimo,	lo último,
le iba,	le usa,
su íntimo,	su último,
mi íntimo,	mi último,

tampoco diría nadie:

la yúltima,	la gúltima,
lo yíntimo, etc.	lo gúltimo, etc.

Resulta, pues, que ni á

la *i* ni á la *u*,

con acento ó sin él, colocadas después de otra vocal, puede aplicarse con fundamento la denominación de semivocales, porque, evidentemente, ninguna de las dos tiene, en ejemplos como los anteriores, carácter consonantal.

Pero la *i* y la *u* pueden ir antes de otra vocal, ocupando por consiguiente el primer lugar de la pareja, que es el caso de

hierba convertido en *yerba*

y de

huevo precedido de sonido gutural parecido á *güevo*.

Analicemos las variantes que pueden ocurrir, tanto cuando hay diptongo como cuando deja de haberlo.

II

Y empecemos con la *i*.

Diptongos.	Adiptongos.
hialino,	hiato, híadas,
iota,	
hiena,	hioides.
hiede (1).	

(1)

Ni temeré que cunda y se derrame
contra mí la calumnia,
á quien nunca más blando el vulgo cede
que cuando á errores asquerosos || hiede.

Cuando á la *i*, siendo inicial, sigue alguna de las dos vocales *a* o, la *i* no se convierte en *y*.

Antiguamente se decía y escribía

hiacinto

y la *i*, con el tiempo, se convirtió en *j*:

lo mismo que la palabra jacinto;

se convirtió en iota

jota.

Nos queda el caso de que á la *i*, siendo inicial, siga *e*:

yerba por hierba,
yeros por hieros,
yedra por hiedra...

Pero esta conversión ni ocurre siempre ni es lo normal. Nadie dice, si es persona instruída,

yena por hiena,
yelo por hielo,
yemal por hiemal,
yede por hiede...

Por otra parte, la *i* inicial se convierte en *j*:

jerarquía por *hierarquía*,
jeroglífico por *hieroglífico*,
jerosolimitano por *hierosolimitano*.

Otras veces no hay tal conversión:

hierofanta,
hierofante,
hieroscopia.

Por último, á veces, el uso es vario; ó bien por reminiscencias de origen, ó por la tendencia á seguir la pauta de otras formaciones análogas:

hierro, jierro, fierro,
hiebre, fiebre,
hieltro, fieltro...

Hiede, en los labios del vulgo, no se transforma en *y*, sino que toma *j* antes del diptongo:

jiede más que el mismo demonio.

Lo propio sucede con hierro:

quite usted jierro.

Así, la *i* inicial seguida de *e* no siempre hace de consonante, como sería necesario para decir que por naturaleza es semivocal. Y, cuando se convierte, es sustituida por varias consonantes, no precisamente por *y*.

III

Y vamos ahora á la *u*.

La *u* no se convierte jamás en otra letra. Siempre es *u*. Y, no habiendo conversión, no existe ni aun el motivo que se aduce con respecto á la *i* para la supuesta idea del carácter consonantal atribuido á la *u*.

Examinemos los casos que pueden ocurrir estando la *u* en primer lugar, que es el de

huevo.

La *u* se pronuncia claramente y sin ir precedida de sonido gutural cuando no va seguida de *e*:

huaca,
Huáscar,
huaco,
huelga,
huidizo,
Huidobro,
huída.

Nadie hace preceder de sonido gutural á la *u* seguida de *a*, ni de *o*, ni de *i*:

Las HUACAS eran sepulcros de los antiguos peruanos; y en ellas se encontraban á menudo ídolos de barro que se denominaban HUACOS.

El HUÁSCAR, acorazado peruano, fué destruído por los chilenos.

El campo abierto á su HUÍDA.

La fiebre es animal HUIDIZO.

HUIDOBRO es muy buen estudiante.

Nadie, en estos ejemplos, se atrevería á pronunciar:

gHüidobro,
ghüidizo,
ghüída,
gHuáscar,
ghuaco,
ghuaca.

En italiano se dice *l'uomo*, el hombre, y no

guomo.

Queda el caso de las voces que empiezan por el diptongo

hue.

Efectivamente, hay quienes pronuncian

güevo,
güero,
güeso,
güesoso, güesudo...

Pero no se oye á nadie decir

GÜELVA por Huelva:
mañana salgo pa Huelva (y no Güelva),

ni

GÜELGA por huelga:

Ha terminado satisfactoriamente la HUELGA de los cocheros.

Las HUELGAS inmotivadas perjudican más á los trabajadores que á los patronos.

Las huestes agarenas.

Nadie dice
 sino el viento güeste,
 el viento ueste:
 Hacía un uestazo muy duro.
 Soplabá un ventarrón del ueste.
 El uessudueste sopla allí con suma frecuencia.

Ni tampoco va siempre la *u* inicial de un diptongo precedida de *g* suave. Muchas veces lleva por delante una *j*.
 En el lenguaje del vulgo se oye:

estuvo toda la noche de juerga,
 es un juerguista incansable,
 á juir, que azotan;
 otras una B:
 dos buevos fritos,
 quien se traga un bueso...

Así, pues, menos motivo hay para decir que la *u* tiene índole de consonante que para afirmar lo mismo de la *i*.

La *i* verdaderamente se transforma alguna que otra vez en *y*, en *j* y en *f*. Pero la *u* jamás experimenta transformación. Unas veces suena como vocal inicial de su diptongo, y otras se deja preceder de un sonido gutural como de *g* suave, ó bien, francamente, de *j*; ó bien de B, aunque menos frecuentemente.

IV

Tenemos, pues, ya lo suficiente para presumir que no ha de buscarse la razón de los fenómenos aducidos en la supuesta naturaleza consonantal de la *i* ó de la *u*, y que esa razón está en las pausas, no bien estudiadas, que son indispensables para la formación de las sílabas.

En una sílaba caben muchas vocales: tantas cuantas puedan enunciarse en un abrir y cerrar de los órganos de la fonación, pero no en un abrir, cerrar y volver á abrir la boca.

Cuando á una vocal sigue otra acentuada, no hay diptongo por sinalefa en la mayor parte de los casos.

Es lo || último que me quedaba que o-ir,
 se decidieron á || ir al baile,
 odian y || aman,
 odia y || ama,
 muerte ú || honra.

Todos cuantos hablan una lengua (y con especialidad los ignorantes) tienden á la regularidad del idioma. Así, el niño dice:

en vez de yo cabo,

yo quepo.

en vez de Yo satisfací,

yo satisfice.

Me dijiste que andara y andé...

Sólo la gente de letras dice en Andalucía (y en otros puntos de España)

amaste, comiste, partiste,

pues la generalidad pronuncia

amastes, comistes, partistes,

conformando así las segundas personas del pretérito simple con las demás de los otros tiempos del indicativo y del subjuntivo, que TODAS acaban en s.

Hasta el gran Duque de Rivas (sabiendo lo que se hacía) terminaba alguna que otra vez en s la segunda persona del pretérito simple.

De esta tendencia á la regularidad han resultado dos clases de repugnancias.

En primer lugar: una repugnancia muy generalizada á terminar nuestras sílabas en consonante ó en consonantes.

Y de ahí el decirse:

sétimo por séptimo,

setiembre por septiembre,

dino por digno,

Madalena por Magdalena,

ECETO por EXCEPTO,
 OSCURO por OBSCURO,
 ESPERIENCIA por EXPERIENCIA,
 TRASPIRENAICO por TRANSPIRENAICO,
 etcétera.

De ahí el que sujetos de cierta cultura y muy descuidada pronunciación suelen decir, en alabanza de otros, que son personas

mu dinas.

Y de ahí lo siguiente, ocurrido al que escribe estas líneas:

Un día aquí en Madrid, en la plaza de Santo Domingo, entró en un coche de punto, y dijo al cochero, en términos muy claros, que lo condujera á su casa, calle de Villamagna, número 6.

—Yo no sé dónde está esa calle, señorito. ¿Lo saben ustedes?, preguntó el auriga á otros cocheros que le rodeaban.

Repitió el viajero las señas de su domicilio, refiriéndose al Palacio de Anglada; y, al momento, todos los cocheros prorrumpieron á coro:

—¡Pero esa es la calle de Biyamana! ¡Y como le da usted otro nombre...!!

La mayor parte de nuestras sílabas empiezan por consonante y acaban por vocal:

la na tu ra le za,
 yo te sa lu do,
 mi ma má me mi ma,
 el a te mo ri za do peregrino...

y los que pronuncian

sétimo,
 autosia,
 dino,
 Biyamana,
 Madalena,

no hacen más que acomodar esos vocablos al tipo común ó más conocido.

En segundo lugar: la otra repugnancia es la que tienen muchos españoles (los castellanos casi generalmente) á las pausas ó paradas necesarias para pronunciar los adiptongos.

Y de ahí el que los vendedores digan á voz en grito en las ferias:

 á ral, á ral, á ral,
en vez de decir
 á real, á real, á real.

Este horror á las paradas propias de la adiptongación trasciende á considerable número de nuestros versificadores antiguos y modernos.

Arriaza dice:

 Cual nave *r'al* en triunfo empavesada.

Jovellanos escribió:

 Ya no *m'ama* Rogundo: *m'abandona*.

Y Samaniego tuvo la frescura de escribir:

 Un artífice pintó
una lucha en que, valiente,
un hombre tan solamente
á un horrible *l'on* venció.
Otro *l'on* que el cuadro vió,
sin preguntar por su autor,
en tono despreciador
dijo: Bien se deja ver
que es pintar como querer
y no fué *l'on* el pintor.

En esta décima (si por caridad así queremos llamarla), el buen Samaniego manifestó claramente su horror á las paradas propias de la adiptongación.

Solamente á los grandes versificadores deleitan los adiptongos. Bello, el Rector de la Universidad de Chile, se extasiaba con el endecasílabo

 Diosa de juventud, púdica || Hebe.

Pero un versificador vulgar aplaudiría el que entre

PÚDICA y HEBE

hubiese una consonante; por ejemplo, un esperpento tal como si se dijese:

Diosa de juventud, púdica *Lebe*,

ó cosa por el estilo.

Este horror á las paradas de los adiptongos es lo que ha hecho y hace prescindir de la concordancia de género, cuando decimos:

el agua	en vez de la	agua,
el águila	—	la águila,
el ala	—	la ala,
el alba	—	la alba,
el alma	—	la alma,
el ara	—	la ara,
el arma	—	la arma,
el arpa	—	la arpa, etc.

Por eso el vulgo dice

en vez de	cante jondo
	cante hondo;
en vez de	estoy jarto
	estoy harto;
en vez de	quite usté jierro
	quite usté hierro;
	esto jiede á demonios,
	se junde el barco,
	á juye, que te alcanzan...

La necesidad de empezar sílaba cuando la *i* ó la *u* están entre dos vocales, como en los citados ejemplos

odia y ama,
muerte ú honra,

y la repugnancia á los adiptongos, son las causas de que en algunos casos se diga

la *yerba* por la hierba,
la *yedra* por la hiedra;

no la imposibilidad de pronunciar el diptongo *ie*, ni la soñada cualidad de consonante atribuída á la *i*.

Y si las personas cultas dicen

hielo,
hiena,
hiede,

no es porque deje de oirse en los labios del vulgo

yelo,
yena,
jiede.

Puede decirse, según el Diccionario,

hierarquía y jerarquía,
hieroglífico y jeroglífico,
hierosolimitano y jerosolimitano.

Pero todos preferimos la dicción que empieza por *j*, y tanto que ya nadie dice

ni
hiacinto, sino jacinto;
hieltro, sino fieltro,
etc.

Lo mismo pasa con la *u*: nadie dice

y si se oye
güelga, sino huelga;
güidizo, sino huidizo;
Güidobro, sino Huidobro;

güevo,
güero,
güeso,

es por no hacer parada á la cual no siga consonante.

También hay quien pronuncia

buevo y
bueso,

con incorrección tan manifiesta como cuando se oye

güeno, golvió

ú otra corrupción análoga.

V

Resulta, pues, que ni la *i* ni la *u* tienen sonido propio de consonante:

1.º Cuando cada una de ellas está sola después de consonante ó entre dos consonantes:

mi, mis;

su, sus.

2.º Que tampoco lo tienen cuando en concurrencia con otras vocales ocupan el segundo lugar:

aire,

aura,

Teide,

Tauro.

3.º Que solamente se las denomina semivocales:

a) Cuando en ALGUNAS ocasiones ocupan el primer lugar de un diptongo ó de un adiptongo cuya segunda vocal es *e*:

yerba,

güevo.

b) Que, aun en este caso, no siempre la *i* se transforma en *y*, ni la *u* va precedida de sonido gutural:

hiede,

hierofanta,

hieroscopia,

Huelva,

viento || ueste.

c) Que, no siendo *e* la segunda letra del diptongo ó del

adiptongo, la *i* y la *u* se pronuncian sin dificultad ninguna, ya tengan acento, ya carezcan de él:

hialino,
hiato,
hiadas,
iota,
hioides,
el Huáscar,
Huidobro,
huidizo,
huída...

4.º Que por los rarísimos casos de

yero,
güevo...

no hay motivo para considerar como semivocales á la *i* ni á la *u*.

5.º Y que la explicación de la conversión de la *i* en *y* y de la emisión de un sonido gutural antes de la *u* tiene su explicación en la costumbre de empezar nuestras sílabas por consonante, á continuación de la parada que naturalmente se hace después de la conclusión de sílaba anterior:

na tu ra le za,
mi ma má me mi ma,
etc.

E. BENOT

EL NIÑO-ESTRELLA

Hace ya mucho tiempo, dos pobres leñadores volvían á su casa al través de un vasto pinar. Era en invierno, una noche de picante brisa. Una espesa capa de nieve cubría el suelo, y las ramas de los árboles estaban completamente blancas; el hielo no cesaba de romper las varitas de ambos lados del camino mientras ellos pasaban; y cuando llegaron al torrente de la montaña, se lo encontraron suspendido en el aire, inmóvil, porque el Rey de los hielos le había dado un beso.

Tanto frío hacía, que los animales y hasta los mismos pájaros no sabían ya qué hacerse.

—¡Hu!—gruñía el lobo, renqueando por las malezas con el rabo entre piernas,—¡qué espantosa temperatura! ¿Por qué no cuida el Gobierno de que haga mejor tiempo?

—¡Uit, uit, uit!—gorjeaban los pardillos,—la vieja tierra ha muerto, y la han tendido en su blanco sudario.

—La tierra va á casarse, y esa es su vestidura de bodas—arrullaban entre sí las tórtolas. Sus patitas rosadas estaban, por decirlo así, resquebrajadas por el hielo, pero juzgaban de su deber considerar las cosas desde un punto de vista novelesco.

—¡Qué tontería!—exclamó gruñendo el lobo,—os digo que todo esto es por culpa del Gobierno; y si no me creéis, os devoro.—El lobo lo veía todo desde el punto de vista práctico, y jamás le faltaban argumentos.

—Por mi parte—dijo interviniendo el pico, que era filósofo en el alma,—me importan poco las teorías atómicas. Cuando una cosa es, lo es: por el momento hace un frío terrible.

Y era verdad: hacía un frío terrible. Las ardillas, que vivían en el hueco del gran abeto, se frotaban incesantemente las narices entre sí, para conservar el calor, y los conejos formaban una bola en sus madrigueras, no atreviéndose ni á echar una ojeada al exterior. Las únicas criaturas á quienes aquel frío parecía regocijar eran los grandes buhos cornudos.

Sus plumas estaban rígidas, pero no les importaba; giraban sus amarillos ojazos, y se llamaban unos á otros por todo el bosque:

— ¡Tu uit, tu u, tu uit, tu u! ¡qué tiempo tan exquisito tenemos!

Y los dos leñadores continuaban marchando hacia adelante, soplándose fuertemente los dedos y dando patadas sobre la nieve endurecida, con sus zapatones claveteados. Una vez cayeron en un espeso montón de nieve, y salieron de él blancos como molineros cuando las ruedas trituran el grano; otra vez resbalaron sobre el hielo duro y liso de una charca, sus haces rompieron sus ligaduras, y tuvieron que recoger toda la leña y volverla á atar; otra vez creyeron que habían perdido el camino, y se apoderó de ellos un gran terror, porque sabían que la nieve es cruel para los que se duermen en sus brazos.

Pero se encomendaron á la intercesión del buen San Martín, que vela por los caminantes; volvieron sobre sus huellas, marchando con precaución, y concluyeron por llegar al lindero del bosque; vieron desde allí, á lo lejos, en el valle, debajo de ellos, las luces del pueblo en donde tenían su casa.

Estaban tan contentos de verse al final de sus penalidades, que se pusieron á reír á carcajadas; la tierra se les aparecía como una flor de plata, y la luna como una flor de oro.

Sin embargo, tras aquel acceso de alegría vino la tristeza, porque se acordaron de su pobreza, y uno de ellos dijo al otro:

— ¿Por qué entregarnos á la alegría cuando vemos que la felicidad de la vida es para los ricos y no para gentes como nosotros? Hubiera valido más morir de frío en el bosque, ó que

alguna fiera se hubiese precipitado sobre nosotros y nos hubiera devorado.

—En verdad—respondió su compañero,—que se ha dado á algunos una gran parte y á los otros una pequeña. La injusticia ha formado los lotes en este mundo, y nada ha sido repartido por igual, como no sea la tristeza.

Pero, mientras que se lamentaban de su miseria, ocurrió una cosa extraña: cayó del cielo una estrella brillantísima y bellísima. Se deslizó de un lado del cielo, pasando en su carrera al lado de otras estrellas, y mientras ellos la miraban maravillados, les pareció que caía tras un grupo de sauces, muy cerca de un pequeño aprisco, á un tiro de piedra del lugar en que se encontraban.

—¡Ah, he ahí un tesoro para quien le descubra!—exclamaron, y echaron á correr febrilmente hacia el sitio en que acababa de caer lo que creían ser oro.

Y uno de ellos, corriendo más de prisa que su compañero, le adelantó, se abrió paso al través de las ramas de los sauces, llegó al otro lado, y... verdaderamente había allí en el suelo algo que brillaba como el oro. Fué en aquella dirección, se inclinó, y palpó aquella cosa con ambas manos: y era un manto tejido de oro curiosamente ornado de estrellas y plegado en numerosos pliegues. Y gritó á su compañero que había encontrado el tesoro caído del cielo; y cuando llegó aquél, se sentaron en la nieve y desplegaron los pliegues del manto para poder efectuar el reparto de las monedas de oro. Pero ¡ay! allí no había ni oro, ni plata, ni tesoro alguno de ninguna clase: solamente un niño que dormía.

Y uno de los leñadores dijo al otro:

—¡He aquí toda nuestra esperanza por tierra! No tenemos suerte, porque ¿de qué sirve un niño? Dejémosle; continuemos nuestro camino, puesto que somos pobres y tenemos hijos nuestros, para quienes debemos reservar todo el pan ganado.

Pero su compañero le respondió:

—No; estaría mal el dejar perecer á este niño en la nieve;

E. M.—*Diciembre 1904.*

y aunque yo soy tan pobre como tú y tengo muchas bocas á que atender con poca cosa en el puchero, me lo llevaré, sin embargo, á mi casa, y mi mujer cuidará de él.

Con ternura levantó al niño, y habiéndole envuelto en el manto á fin de preservarle del frío agudo, continuó su camino descendiendo de la montaña hacia el pueblo, mientras que su compañero trataba de locura su bondad de alma.

Y cuando llegaron al pueblo, su compañero le dijo:

—Tú tienes el niño; dame el manto, porque debemos repartir el hallazgo.

Pero él respondió:

—De ninguna manera, porque el manto no es mío ni tuyo: es del niño—y despidiéndose de él, se dirigió á su casa y llamó á la puerta.

Y cuando su mujer abrió la puerta y vió que su marido volvía sano y salvo, le echó los brazos al cuello y le dió un beso; le desembarazó de su haz de leña, quitó la nieve de sus zapatos y le invitó á entrar. Pero él le dijo:

—He hecho un hallazgo en el bosque, y te lo he traído para que cuides de él—y diciendo esto, no se movía del umbral.

—¿Qué es, pues?—exclamó ella.—Enséñame lo que es, porque la casa está desnuda y tenemos necesidad de muchas cosas.

Y él abrió el manto y apareció el niño dormido.

—¡Pero, hombre! —murmuró ella.—¿No tenemos ya en casa bastantes hijos nuestros, para que traigas el hijo de otro? ¡Y quién sabe si nos traerá la desgracia! ¿Y cómo vamos á poder cuidarle?

Y ella estaba irritada contra él.

—No; es un Niño-Estrella—respondió él, y contó el extraño incidente.

Pero ella no se calmó: se burló de él; pronunció frases de cólera, exclamando:

—¿Cuando nuestros hijos carecen de pan, vamos á sostener

el del prójimo? ¿Quién, pues, se ocupará aquí de nosotros? ¿Quién nos proporcionará el alimento?

—¿No cuida Dios de los pajarillos y no los alimenta?— respondió él.

—¿No se mueren los pájaros de hambre en el invierno?— preguntó ella.—¿Y no es invierno ahora?

Y el marido permanecía mudo, y no dejaba el umbral. Y una brisa más aguda llegó del bosque, por la puerta abierta, é hizo temblar á la mujer, y ella se estremeció y dijo:

—Si cerraras la puerta... Llega por ella un frío glacial á la casa, y estoy transida.

—¿No llega siempre un aire glacial á una casa en que hay un corazón duro?

Y la mujer no respondió nada, pero se acurrucó cerca del fuego.

Y después de algunos instantes se volvió hacia su marido, y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Y él se apresuró á entrar, y le puso el niño en los brazos; ella le dió un beso y le colocó en la camita en donde dormía el menor de sus hijos. Y al día siguiente el leñador cogió el curioso manto de oro y le metió en un armario; y su mujer cogió también un collar de ámbar que rodeaba el cuello del niño y lo depositó igualmente en el armario.

* * *

De esta suerte el Niño-Estrella fué criado con los hijos del leñador, y se sentó á la misma mesa que ellos, y fué su compañero de juegos. Y de año en año se ponía más hermoso, hasta tal punto que todos los habitantes del pueblo estaban maravillados, porque ellos eran atezados y tenían cabellos negros, mientras que él tenía el cutis blanco y fino como el marfil, y sus bucles se parecían á guirnaldas de asfodelos. Sus labios también eran como pétalos de una flor roja; sus ojos, como violetas al borde de un claro arroyuelo; y su cuerpo, como el narciso de una virgen pradera.

Sin embargo, su belleza le hacía malo. Porque se hizo orgulloso, egoísta, cruel. A los hijos del leñador, y á los otros niños del pueblo, los despreciaba, diciendo que eran de nacimiento bajo, mientras que él era noble, puesto que descendía de una estrella; había adquirido sobre ellos completa autoridad, y los trataba como á servidores. No tenía ninguna piedad por los pobres, los ciegos, los lisiados, ó, en general, por los desgraciados; antes por el contrario, les arrojaba piedras, les echaba de la carretera y les decía que se fueran á mendigar el pan á otra parte; no se les vió volver nunca á pedir limosna al pueblo aquel. No parecía conmoverse más que por la Belleza, mofándose de los débiles y de los contrahechos y riéndose de su debilidad y de sus achaques; se amaba á sí mismo, y durante el verano, mientras que los vientos reposaban, se echaba al lado de la fuente en el jardín del cura, y se inclinaba para contemplar la maravilla de su propio rostro, riendo de gusto ante el espectáculo de su propia belleza.

A menudo el leñador y su mujer le regañaban: «Nosotros no te tratamos como tú tratas á los que están solos, y son desgraciados, y no tienen á nadie que les asista. ¿Por qué eres tan cruel para los que tienen necesidad de compasión?»

A menudo el anciano cura le hacía buscar, y trataba de inculcarle el amor á las criaturas vivientes, diciendo: —La mosca es hermana tuya. No la maltrates. Los pájaros que vuelan por el bosque deben ser libres. ¿Por qué los coges con lazos, con el único fin de divertirte? Dios creó al gusano y al topo; les asignó á cada uno su papel. ¿Por qué quieres llevar el sufrimiento al reino de Dios? Hasta el ganado de los campos alaba al Señor.

Pero el Niño-Estrella no hacía caso de tales palabras, y tomaba un aire de zumba, se ponía á silbar, después iba á reunirse con sus compañeros y reanudaba su papel de déspota. Y sus compañeros le seguían porque era guapo y decidido, sabía bailar, tocar la zampona y componer música. Y á todo lugar adonde les llevara le seguían, y cualquier cosa que les

ordenase la hacían. Y cuando pinchaba con una ramilla puntiaguda los ojos turbios de un topo, se reían; y cuando tiraba piedras á un leproso, se reían también. Y en todo les dominaba, y se hicieron duros de corazón como lo era él.

*
* *

Sucedió que un día pasó por el pueblo una mendiga anciana. Iba cubierta de harapos, y sus pies sangraban por la larga caminata que había hecho sobre el duro suelo de las carreteras: se encontraba en malísimo estado. Y, como no podía más de cansancio, se sentó bajo un castaño para descansar.

Pero en cuanto la vió el Niño-Estrella, dijo á sus compañeros:

—¡Mirad allá abajo! Hay una horrible mendiga bajo el hermoso follaje de aquel castaño. Venid; vamos á hacer que se largue, porque es fea y de mal aspecto.

Se acercó, pues, y le tiró piedras, burlándose de ella; la mendiga le miraba con ojos espantados, que no se apartaban de él. Y cuando el leñador, que estaba ocupado en partir leños en un cobertizo próximo, vió lo que hacía el Niño-Estrella, corrió hacia él y le apartó, diciendo:

—En verdad que tienes el corazón duro y desconoces la piedad; ¿qué daño te ha hecho esa pobre mujer para que la trates de esa manera?

Y el Niño-Estrella se puso rojo de cólera, dió una patada y respondió:

—¿Quién sois para atreveros á interrogarme sobre lo que yo hago? No soy vuestro hijo, y no os debo obediencia.

—Tienes razón—replicó el leñador;—pero ¿no tuve yo piedad de ti cuando te encontré en el bosque?

Y cuando la mujer oyó estas palabras dió un gran grito y cayó con un síncope. Y el leñador la transportó á su casa, y su mujer la atendió; y cuando la mendiga hubo recobrado el

sentido, le ofrecieron de comer y de beber, diciéndole que cobrara ánimos y fuerzas.

Ella no quiso ni beber ni comer, y preguntó al leñador:

—¿No decías tú que el niño ha sido encontrado en el bosque? Y ¿no hará diez años de esto?

Y el leñador respondió:

—Sí; le encontré en el bosque y hace diez años.

—Y ¿no tenía nada característico sobre él? ¿No llevaba al cuello un collar de ámbar? ¿No estaba envuelto en un manto tejido de oro, bordado de estrellas?

—Exactamente; así es en verdad—respondió el leñador.

Y sacó del armario, en donde los había guardado, el manto y el collar de ámbar, y se los enseñó.

Y cuando ella los vió, se puso á llorar de alegría, diciendo:

—Es mi hijito, el que perdí en el bosque. Te lo ruego: hazle venir al instante, porque para encontrarle he viajado por el mundo entero.

El leñador y su mujer salieron y llamaron al Niño-Estrella:

—Ven á casa; encontrarás en ella á tu madre, que te espera.

Él se precipitó á la casa, lleno de asombro, loco de contento. Pero cuando vió á la que le esperaba, se echó á reír desdeñosamente y dijo:

—Y ¿qué? ¿dónde está mi madre? Yo no veo aquí más que á esa vil mendiga.

Y la mujer le respondió:

—¡Yo soy tu madre!

—Tú estás loca al hablarme así—exclamó el Niño-Estrella con tono irritado;—yo no soy tu hijo, porque tú eres una mendiga, eres fea y estás llena de harapos. Vete de aquí, para que no vuelva á ver tu ridícula figura.

—No; porque, en verdad, tú eres mi hijo, mi hijo el que llevé al bosque—exclamó ella, cayendo de rodillas y tendién-

dole los brazos.—Los ladrones te robaron y te abandonaron luego para dejarte morir—dijo ella á media voz;—pero te he reconocido en cuanto te vi, y lo característico que tú llevabas lo he reconocido también: el manto tejido de oro y el collar de ámbar. Por eso te ruego que vengas conmigo, porque he viajado por el mundo entero para encontrarte. Ven conmigo, hijo mío, porque tengo sed de tu amor.

Pero el Niño-Estrella no se movió; cerró las puertas de su corazón, para que ella no entrase en él; no se oía otro rumor que el llanto de la mujer, presa de la pena.

Y, por fin, él le dirigió la palabra, y su voz era dura y amarga.

—Si verdaderamente eres mi madre—dijo,—hubieras hecho mejor quedándote donde estabas que viniendo aquí á humillarme, á mí que pensaba ser hijo de una estrella, y no el de una mendiga, como tú lo afirmas; por esto, vete, y que no te vuelva á ver.

—¡Ay, hijo mío!—exclamó ella,—¿no quieres abrazarme antes de que me vaya?

—No—dijo el Niño-Estrella;—tienes una cara demasiado repugnante: preferiría dar un beso á una serpiente ó á un sapo.

Y la mujer se levantó y se fué al bosque, llorando amargamente; y cuando el Niño-Estrella vió que se había marchado, se alegró y volvió con sus compañeros para jugar de nuevo con ellos.

Pero cuando le vieron acercarse se burlaron de él, diciendo:—¡Miradle! es horrible como un sapo y repugnante como una víbora. ¡Vete de aquí, porque no sufriremos que juegues con nosotros!—Y le echaron afuera del jardín.

Y el Niño-Estrella, despechado, pensó para sí: ¿Qué es lo que me dicen? Voy á mirarme en la fuente; ella me hablará de mi belleza.

Y fué á la fuente y se miró en ella, pero... su cara era como la cara de un sapo, y su cuerpo tenía escamas como el

de la serpiente. Y se dejó caer en la hierba y lloró, diciéndose: Seguramente éste es el castigo de mi falta. Porque he renegado de mi madre, la he echado, he sido con ella altivo y cruel. Me voy á marchar, voy en su busca por el mundo entero, y no descansaré hasta haberla encontrado.

Y entonces llegó la hija pequeña del leñador; le puso una mano en el hombro, y dijo:

—¿Qué nos importa á nosotros que hayas perdido la hermosura? Quédate: yo no me burlaré nunca de ti.

Y él respondió:

—No; he sido cruel con mi madre, y como castigo la desgracia ha caído sobre mí. Por eso me voy de aquí y viajaré por el mundo entero hasta que la encuentre y me otorgue su perdón.

Y huyó al bosque, llamando á gritos á su madre; pero no se oía ninguna respuesta. Durante todo el día la llamó, y cuando el sol se puso se tendió en un lecho de hojas, y los pájaros y los animales se apartaban de él porque se acordaban de su crueldad; y se quedó solo, con el sapo que velaba sobre él y la perezosa víbora que se estiraba á su lado.

Y al día siguiente por la mañana se levantó, cogió de los árboles algunas bayas amargas, que comió, y después se puso de nuevo en camino por el bosque, llorando desconsoladamente. Y á cada encuentro preguntaba si por casualidad no habían visto á su madre.

Dijo al topo:—Tú puedes ir bajo tierra. ¿Está mi madre allí?

Y el topo respondió:—Me dejaste sin ojos. ¿Cómo he de poder ver?

Dijo al pardillo:—Tú puedes volar por encima de los árboles y ver el mundo entero. ¿Ves á mi madre?

Y el pardillo respondió:—Por juego me cortaste las alas. ¿Cómo he de poder volar?

Y á la ardilla, que vivía en el abeto y estaba completamente sola, preguntó:—¿Dónde está mi madre?

Y la ardilla respondió:—Mataste á los míos. ¿Tratas de matar también á los tuyos?

Y el Niño-Estrella, llorando, inclinó la cabeza y pidió perdón á las criaturas de Dios; prosiguió su camino al través del bosque, buscando siempre á la mendiga. Y, al tercer día, llegó á la linde del bosque y descendió al llano.

Y cuando pasaba por los pueblos, los niños se burlaban de él y le tiraban piedras; los campesinos no permitían que se acostase en sus granjas por miedo que comunicase la roña al trigo recogido: hasta tal punto causaba horror el verle; y los criados le echaban: no había nadie que le compadeciera. Y en ninguna parte podía adquirir noticias de la mendiga, que era su madre, á pesar de haber viajado durante tres años por el mundo; y hubiese creído verla á menudo ante él en su camino; la llamaba, corría de tal manera hacia ella, que los cantos ensangrentaban sus pies. Pero nunca había logrado alcanzarla; y las gentes que habitaban á lo largo de los caminos decían siempre que no la habían visto, ni á ninguna mujer que se le pareciese, y se reían de su dolor.

Durante el transcurso de tres años viajó por el mundo, y en el mundo no hubo para él ni palabra de amor, ni muestra de bondad, ni piedad, sino que el vasto mundo fué como había sido él en otro tiempo, en sus días de desenfrenado orgullo.

*
* *

Y una tarde llegó á la puerta de una ciudad fortificada que se alzaba cerca de un río, y fatigado, con los pies llenos de sangre, quiso pasar. Pero los soldados que estaban de guardia le cerraron el camino con sus alabardas, y le dijeron con voz ruda:

—¿Qué tienes que hacer en la ciudad?

—Voy en busca de mi madre—respondió él,—y os ruego que me dejéis pasar, porque puede que se encuentre en esta ciudad.

Pero ellos se burlaron de él; y uno que tenía una barba negra flotante dejó su escudo y exclamó:

—Es verdad que tu madre no se alegrará mucho al verte, porque eres más feo que el sapo de las charcas ó la serpiente que se arrastra en el fango. ¡Fuera de aquí! tu madre no habita en la ciudad.

Y otro, que tenía en la mano una bandera amarilla, le dijo:

—¿Quién es tu madre, y por qué viajas tú en su busca?

Y él respondió:

—Mi madre es una mendiga, como mendigo soy yo. La he tratado mal, y os ruego que me dejéis pasar á fin de que pueda concederme su perdón si, por casualidad, habita en esta ciudad.

Pero ellos no quisieron, y le pincharon con sus armas.

Y mientras daba media vuelta para irse, llorando, llegó uno cuya armadura estaba ornada de flores y sobre cuyo casco tenía un león alado, y preguntó á los guardias quién era el que había pedido entrar en la ciudad. Y ellos le respondieron:

—Es un mendigo, hijo de una mendiga; le hemos echado.

—Pues no habéis hecho bien—exclamó él riendo;—vamos á vender como esclavo á esa horrible criatura y con el precio nos pagaremos un jarro de vino azucarado.

Y un hombre de edad, de mirada torva, que pasaba por allí, les llamó y dijo:—Os lo compro por ese precio.—Y después de haber pagado, cogió al Niño-Estrella de la mano y le llevó á la ciudad.

Y después que hubieron recorrido un gran número de calles, llegaron ante una puertecilla de una pared, que estaba cubierta por un granado. Y el viejo tocó la puerta con un anillo de jaspe grabado, y se abrió: bajaron por cinco escalones de bronce á un jardín lleno de adormideras y de jarras verdes de tierra cocida. Y entonces el viejo sacó de su turbante una venda de seda con dibujos, tapó con ella los ojos al Niño-Estrella y le empujó hacia adelante. Y cuando le quitaron la

venda, el Niño-Estrella se encontró en un calabozo alumbrado por una linterna.

Y el viejo puso ante él un poco de pan enmohecido en una escudilla de madera y le dijo:—Come,—y un poco de agua salobre en una taza y le dijo:—Bebe.—Y cuando hubo acabado de comer y de beber, el viejo salió, echó el cerrojo á la puerta y la afianzó con una cadena de hierro.

*
* *

Y al día siguiente, el viejo, que era en realidad uno de los más expertos magos de Libia y había aprendido su arte de uno de los que habitaban en las tumbas del Nilo, entró en el calabozo y de mal modo le dijo:

—En un bosque situado muy cerca de la puerta de esta ciudad hay tres monedas de oro. Una de ellas es de oro blanco, la otra de oro amarillo y la tercera es roja. Hoy me traerás la moneda de oro blanco; si no, recibirás de mi mano un centenar de golpes. Vete en seguida, y á la puesta del sol te esperaré en la puerta del jardín. Recuerda que has de traerme la moneda de oro blanco, ó te irá mal, porque eres mi esclavo, al que he comprado por un jarro de vino azucarado.

Y vendó los ojos del Niño-Estrella con la venda de seda con dibujos y le condujo por toda la casa, por el jardín de adormideras, por la escalera de peldaños de bronce. Y habiendo abierto la puertecilla por medio de su anillo, le empujó á la calle.

*
* *

Y el Niño-Estrella salió por la puerta de la ciudad y llegó al bosque de que le había hablado el mago.

Y aquel bosque era muy bello visto desde fuera y parecía lleno de pájaros cantores y de flores de suaves perfumes, y el Niño-Estrella entró en él con el corazón alegre. Sin embargo, su belleza le fué de poco agrado, porque por todas partes le

salían al paso cardos y espinas que embarazaban su marcha y le pinchaban: sentía una profunda angustia. Y en ninguna parte podía descubrir la moneda de oro blanco de que le había hablado el mago, aunque buscó desde la mañana hasta la tarde y desde la tarde hasta ponerse el sol. Entonces volvió hacia la casa, llorando amargamente, porque sabía lo que le esperaba.

Pero cuando llegó á la linde del bosque, oyó que desde una maleza salía un grito como de alguien que se quejara. Y olvidando su propia pena, corrió hacia el lugar de donde salía el grito, y vió una liebre que estaba cogida en un lazo tendido por algún cazador.

Y el Niño-Estrella se compadeció del animal, le libertó y le dijo:

—Yo no soy más que un esclavo, y sin embargo te doy la libertad.

Y la liebre respondió:

—Sí, me has dado la libertad; ¿qué puedo hacer yo ahora en pago?

Y el Niño-Estrella le dijo:

—Estoy buscando una moneda de oro blanco y no puedo descubrirla en ninguna parte; sin embargo, es preciso que se la lleve á mi amo; si no, me pegará.

—Ven conmigo—dijo la liebre;—te conduciré á la moneda de oro, porque sé dónde está oculta y para lo que ha de servir.

Y el Niño-Estrella siguió á la liebre y... en el hueco de una encina vió la moneda de oro blanco que buscaba. Y se llenó de alegría y la cogió, diciendo á la liebre:

—El servicio que te he prestado me lo has devuelto con creces; y si yo fuí bueno contigo, tú acabas de serlo cien veces más conmigo.

—De ninguna manera—respondió la liebre;—me he portado contigo como tú conmigo;—y huyó rápidamente, mientras el Niño-Estrella se dirigía á la ciudad.

Y á la puerta de la ciudad estaba sentado alguien que te-

nía lepra. Sobre su rostro tenía echado un capuchón de tela gris, y por los pequeños agujeros se veían lucir sus ojos como carbones ardientes. Y cuando vió llegar al Niño-Estrella, golpeó en un escabel de madera, agitó su campanilla y le llamó, diciendo:

—Dame algo, porque me muero de hambre; me han echado de la ciudad, y nadie se compadece de mí.

—¡Ay!—exclamó el Niño-Estrella,—no tengo más que una moneda de oro, y si no se la llevo á mi amo me pegará, porque soy su esclavo.

Pero el leproso le rogó, le suplicó de tal manera, que el Niño-Estrella tuvo compasión de él y le dió la moneda de oro blanco.

Y cuando llegó á la casa del mago, el mago le abrió la puerta, le hizo entrar y le dijo:—¿Tienes la moneda de oro blanco?—Y el Niño-Estrella respondió:—No.—Entonces el mago se precipitó sobre él y le pegó. Después colocó ante él una escudilla vacía y le dijo:—Come,—y una copa vacía y le dijo:—Bebe.—Y violentamente le arrojó de nuevo al calabozo.

Y al día siguiente, el mago fué á buscarle y le dijo:

—Si hoy no me traes la moneda de oro amarillo, seguramente te retendré como esclavo y te daré trescientos golpes.

Y el Niño-Estrella fué al bosque, y durante todo el día buscó la moneda de oro amarillo sin poder descubrirla en ninguna parte. Y á la puesta del sol se sentó y se puso á llorar; y mientras lloraba, llegó á él la liebre que había libertado del lazo.

Y la liebre le dijo:

—¿Por qué te lamentas, y qué buscas en los bosques?

Y el Niño-Estrella respondió:

—Estoy en busca de una moneda de oro que está oculta aquí; y si no la encuentro, mi amo me pegará y me mantendrá en cautiverio.

—Sígueme—exclamó la liebre, y echó á correr por el bosque hasta que llegó á un manantial. Y en el fondo del manantial estaba la moneda de oro amarillo.

—¿Cómo darte gracias?—dijo el Niño-Estrella,—porque, ya ves, es la segunda vez que vienes en mi ayuda.

—¡Qué importa eso! Tú me socorraste la primera—replicó la liebre; y se marchó rápidamente.

Y el Niño-Estrella cogió la moneda de oro y echó á correr á la ciudad.

Pero el leproso le vió llegar, salió á su encuentro y cayó de rodillas ante él, gritando:

—Dame algo; si no, me voy á morir de hambre.

Y el Niño-Estrella le dijo:

—No tengo más que una moneda de oro amarillo, y si no la llevo á mi amo me pegará y me mantendrá en el cautiverio.

Pero el leproso imploró tan ardientemente, que el Niño-Estrella tuvo compasión y le dió la moneda de oro amarillo.

Y cuando llegó á la casa del mago, el mago le abrió la puerta y le dijo:

—¿Tienes la moneda de oro amarillo?—Y el Niño-Estrella respondió—No.—Entonces el mago se arrojó sobre él, le pegó, le llenó de cadenas y le encerró de nuevo en el calabozo.

Y al día siguiente, el mago fué á buscarle y le dijo:

—Si hoy me traes la moneda de oro rojo, te devolveré la libertad; pero si no me la traes, seguramente es la muerte para ti.

Y el Niño-Estrella fué al bosque, y durante todo el día buscó la moneda de oro rojo, sin poderla descubrir. Y cuando llegó la noche, se sentó llorando; y mientras lloraba, llegó la liebre.

Y la liebre le dijo:

—La moneda de oro rojo que buscas está en esa gruta detrás de ti. Así, no llores más, y pon una cara alegre.

—¿Cómo podré recompensarte nunca?—exclamó el Niño-Estrella;—porque, ya ves, es la tercera vez que vienes en mi ayuda.

—¡Qué importa eso! Tú fuiste el primero en socorrerme—dijo la liebre; y se alejó rápidamente.

Y el Niño-Estrella entró en la gruta, y en lo más recóndito encontró la moneda de oro rojo. La cogió y echó á correr á la ciudad. Y el leproso, al verle venir, se puso en medio del camino y exclamó:

—¡Dame la moneda de oro rojo; si no, me es preciso morir!

Y el Niño-Estrella tuvo compasión una vez más, y le dió la moneda de oro rojo, diciendo:

—Tu angustia es mayor que la mía;—y, sin embargo, sentíase acongojado porque sabía lo que le esperaba.

* * *

Pero, ¡ved! Al pasar por la puerta de la ciudad, los guardias se inclinaron ante él y le rindieron pleitesía, diciendo: «¡Qué hermoso es nuestro amo!» Y una multitud de personas se puso á seguirle, gritando: «¡Seguramente, no hay en el mundo entero nadie que sea tan hermoso!» El Niño-Estrella lloraba. «Se burlan de mí, sin duda; tratan ligeramente mi miseria». Y la muchedumbre era tánta, que perdió el camino, y por fin se encontró en una vasta plaza cuadrada, en donde se alzaba el palacio de un rey.

Y la puerta del palacio se abrió, y los sacerdotes y los altos funcionarios de la ciudad salieron á su encuentro, se inclinaron ante él y le dijeron:

—Tú eres el amo que esperábamos y el hijo de nuestro rey.

Y el Niño-Estrella les respondió:

—No soy hijo de un rey, sino el hijo de una pobre mendiga. ¡Y cómo se puede decir que soy hermoso, cuando sé lo horrible que soy!

Entonces, aquel cuya armadura estaba ornada de flores y que tenía en el casco un león alado, tendió hacia él su escudo y exclamó:

—¿Cómo puede decir eso vuestra majestad?

Y el Niño-Estrella miró en el escudo y... su rostro era el

que tuvo antes: había vuelto su belleza, y en sus ojos percibió algo que no había percibido nunca.

Y los sacerdotes y los altos funcionarios se pusieron de rodillas, diciendo:

—Una antigua profecía anunciaba para este mismo día la llegada del que debía reinar sobre nosotros. Que vuestra majestad tome, pues, esta corona y este cetro, y sea para nosotros el señor de justicia y de misericordia.

Y él respondió:

—No soy digno, porque he renegado de la mujer que me llevó en su seno, y no quiero detenerme hasta que la haya encontrado y me haya concedido su perdón. Por esto, dejadme marchar; porque es preciso que me ponga en camino por el mundo, y no puedo quedarme aquí aunque me traigáis el cetro y la corona.

Y mientras que hablaba, volvió la cabeza y miró hacia la calle que conducía á la puerta de la ciudad, y... entre la multitud que se agolpaba en torno de los soldados, vió á la mendiga que era su madre, y, al lado de ella, al leproso que había encontrado en su camino.

Y un grito de alegría se escapó de sus labios; corrió á su madre, se arrodilló ante ella, besó las heridas de sus pies y las bañó con sus lágrimas. Se inclinó en el polvo, sollozando como aquel cuyo corazón está próximo á romperse, y le dijo:

—Madre, renegué de ti en mis días de orgullo. Acógeme en mi día de humildad... Madre, te dí el odio. Te lo ruego, dame el amor. Madre, te rechacé. Recibe ahora á tu hijo.

Pero la mendiga no pronunciaba una palabra.

Y él tendió los brazos y estrechó los pies blancos del leproso.

—Tres veces me he mostrado piadoso contigo. Di á mi madre que me responda, te lo suplico.

Pero el leproso no pronunciaba una palabra.

Y él volvió á sollozar y dijo:

—Madre, mi sufrimiento es tal, que no lo puedo resistir. Concédeme tu perdón y déjame volver al bosque.

Y la mendiga le puso una mano en la cabeza y le dijo:

—¡Levántate!

También el leproso le puso una mano en la cabeza y también le dijo:

—¡Levántate!

Y él se levantó y los miró... y había allí, ante él, un rey y una reina.

Y la reina le dijo:

—He aquí á tu padre, á quien socorríste.

Y el rey le dijo:

—He aquí á tu madre, cuyos pies has lavado con tu llanto.

Y se arrojaron á su cuello y le besaron. Le condujeron al interior del palacio, le vistieron ricamente, pusieron sobre su cabeza la corona y en su mano el cetro, y sobre la ciudad que está á orillas del río reinó como señor. Fué un rey de justicia y de misericordia: al perverso mago le desterró; al leñador y á su mujer envió muchos y magníficos presentes, y á sus hijos colocó en grandes puestos. No toleró jamás que se hiciera daño á los pájaros ó á los animales; enseñó el amor, la bondad de corazón y la caridad; dió pan á los pobres y vestidos á los que iban desnudos, y hubo en todo el país paz y prosperidad.

Sin embargo, no reinó mucho tiempo: fueron tan grandes sus sufrimientos, tan ardiente el fuego de sus pruebas, que murió á los tres años. Y su sucesor fué un malísimo rey.

OSCAR WILDE

CRÓNICA LITERARIA

A propósito de una novela de Ohnet.—Cualidades de este novelista.—Causas que explican la aceptación de sus novelas.—La novela como suplemento de ilusión.—Por vía de ejemplo.

Se tomará tal vez á paradoja; pero es el caso que creo que, si de algo sirve la crítica, el examen de los libros que se leen mucho y de los autores que llegan á hacerse populares, aunque sean ellos y sus obras medianos y hasta vulgares, es más importante que el de los escritores raros, delicados y exquisitos y el de las obras gustadas sólo por una refinada minoría. Me parece más importante el examen de los primeros, porque ellos son los que ejercen verdadera influencia sobre el público, aunque esa influencia suela ser pasajera y superficial; y aun diré más: no sólo me parece de mayor importancia el examen de esos autores populares grandes y chicos, buenos y malos, inspirados y pedestres, que el de aquellos otros literatos que escriben para un reducido círculo de espíritus selectos ó simplemente excepcionales (la extravagancia puede ser también una excepción), sino que el primero de estos estudios me parece hasta más interesante. Desde luego es más útil, porque si la crítica puede ejercer alguna misión docente, alguna acción directora y correctiva sobre el gusto, es dirigiéndose á ese público medio que da la popularidad á los autores, y que no es bastante culto para elaborar por su cuenta doctrinas, declarándose independiente en absoluto de la crítica, ni tan iletrado que la ignore y séale ella inasequible. Y añado que es más

interesante, porque en todo literato ó en toda obra que goza del favor del gran público, del público que es enteramente público, hay que ver un fenómeno de psicología colectiva y de estado social; mientras que en las obras y en los autores que son para pocos, lo más que puede haber es un caso individual sugestivo y atrayente.

Además, no hay que darle vueltas: se escribe para un público. Escribir para los literatos, para el público menos público, y al mismo tiempo más reducido y más parcial, es una extravagancia, una aberración de una vanidad misantrópica que desnaturaliza las letras. La empresa viril del que tenga verdadera vocación literaria es la conquista de un público todo lo grande posible, presente y futuro, si se puede. Sólo que esa conquista puede hacerse con el talento verdadero, como lo han hecho Zola y, entre nosotros, Galdós, por ejemplo, y puede hacerse también con moneda falsa, con cualidades de las que cautivan los instintos de vulgaridad que entran en el gusto del gran público.

Se me ocurre esto con motivo de un libro de Ohnet. Entre las traducciones de libros extranjeros que he recibido en estos últimos meses figura la de una novela de Ohnet, *El camino de la gloria*. A mí me parece naturalísimo que se publiquen novelas de Ohnet, desde el momento en que hay mucha gente á quien le gustan, pues los libros se publican precisamente para eso, para que los lea la gente; pero no ignoro que Ohnet no es santo de la devoción de los intelectuales de la literatura, y también esto me parece natural, porque Ohnet es, en realidad, un novelista vulgar, una medianía triunfante.

Por todo esto, Ohnet es un caso literario interesante; caso muy lógico, aunque mirado por fuera parezca raro y contradictorio. Contradictorio, porque entre sus tiradas de 100.000 y más ejemplares, y el desdén con que le mira la crítica, hay una oposición evidente. Chocante, pues aunque se quiera decir que el ser malo un autor justifica precisamente el que tenga muchos lectores, eso no pasa de ser una *boutade*. No está de-

mostrado que el gran público se incline necesariamente á lo malo, ni que tuviese razón Lope en lo de que se debe hablar en necio al vulgo para darle gusto. Será ó no será necio el vulgo; pero tiene instinto artístico para apreciar lo bueno, como lo prueba el que rara vez dejan de alcanzar popularidad los grandes autores, como no sean sibilíticos y oscuros ó estén enteramente divorciados de las ideas de su tiempo. Y cuando alguna medianía conquista una gran popularidad que viene ancha á sus merecimientos, hay siempre alguna razón para ello.

Así ocurre con Ohnet. Hay que empezar advirtiéndole que si exagerado es el favor que le ha dispensado el público, también lo es, en sentido contrario, el desprecio con que una parte de la crítica le trata. Tal vez la primera de estas exageraciones entra por mucho en la segunda. En pocas esferas de la actividad y del comercio humano es tan intenso como en la vida literaria el dolor del bien ajeno, que aquí hiere las fibras más delicadas de la vanidad. Para los que no le alcanzaron ó le obtuvieron menor del que juzgan merecer, el éxito ajeno es un gran pecado, que sólo puede hacerse perdonar á fuerza de talento. Calcúlese si será mortal ese pecado, cuando el peccador no es más que una medianía triunfante hábil y afortunada.

Por eso, por medianía y por triunfante (y más acaso por lo segundo), maltratan á Ohnet muchos críticos, y otros por espíritu de imitación les siguen.

Entre los novelistas de cierta nombradía, hay en Francia muchos tan medianos como Ohnet, pero que, por desdicha de ellos, no tienen que hacerse perdonar las tiradas de 100.000 ejemplares del autor de *Sergio Panine*, la insolencia del éxito inmerecido ó poco merecido.

En la vida literaria, como en cualquier otra esfera de la vida social, hay éxitos buenos ó malos, inmerecidos; pero no los hay sin causa. La casualidad ejerce influencia pasajera y rara en los sucesos humanos, y sus efectos nunca son constan-

tes. Obra un minuto, un día; pero no acompaña á nadie año tras año, ni se casa con hombre alguno.

¿Cuál es el secreto de la fortuna de Ohnet? Secreto no es en realidad, como veremos en seguida. ¿Qué representa Ohnet en la novela francesa de estos tiempos? Nos lo dirán sus biógrafos, y más claro los más elementales, los que están al alcance de todos, los que recogen la opinión corriente. Para esto sirven que ni pintadas las enciclopedias, por lo mismo que son archivo de lugares comunes, en lo opinable al menos, y se inclinan generalmente á la opinión media. Esa opinión media, y aun el mismo sentir vulgar, es lo que puede explicar mejor el buen éxito de los autores medianos.

Veamos lo que dice de Ohnet uno de los Diccionarios enciclopédicos más recientes, el *Nouveau Larousse illustré...*: «Empezó por el periodismo, cultivando algún tiempo, no sin alguna habilidad, el boletín político y la crónica parisiense. Pero le tiraban la novela y el teatro. Triunfó en ambos de un modo tan constante y con éxito tal cerca del gran público, que comparados los triunfos con el valor literario de sus obras, le acarrearón críticas apasionadas.

»...Se podría decir que es el historiógrafo de la burguesía contemporánea. No es un artista de la forma; carece de una manera suya y del dón del estilo; pero, en cambio, no se le puede negar claridad en la exposición, desenvolvimiento lógico y una positiva habilidad en la composición dramática». «Ha reflejado los sentimientos, los gustos y el espíritu de la burguesía», dice otro de los biógrafos de Ohnet.

Ahí está la clave de los triunfos de librería de Ohnet y del menosprecio en que la crítica le tiene. Ese historiógrafo de la burguesía, que piensa y siente como ella, y la habla de cosas que la interesan y la divierten, no tiene estilo, es un escritor mediocre, impersonal, que escribe como todo el mundo y á quien todo el mundo puede entender sin trabajo. Y al mismo tiempo es un inventor de fábulas novelescas; maneja bien sus personajes y combina con destreza sus escenas. Sabe adminis-

trar bien, en una palabra, el interés dramático de la novela. Le falta, pues, á Ohnet lo que menos les importa, por lo general, á los lectores de novelas: el estilo; y tiene en cambio lo que menos suelen apreciar los refinados en literatura: la inventiva fecunda y el arte de guiar una acción.

*
*
*

¿Pero va descaminado el gran público en sus preferencias por este y otros escritores vulgares, cuyos libros lee y compra? Quizás no. El estilo es cualidad del escritor; la inventiva, cualidad del novelista. Y el escritor y el novelista pueden fundirse en una sola persona, pero pueden también andar separados.

Figuraos un escritor primoroso. Su estilo es bello, expresivo, elocuente. La palabra ilumina cada concepto, abrillanta y matiza cada representación; la cadencia de la frase halaga al oído; la propiedad de las voces deleita el entendimiento; el lenguaje corre cristalino y limpio como un arroyo de aguas puras. Y ese escritor se pone á escribir una novela. Los personajes hablan como académicos de la lengua, de los que hablan bien; todo está dicho maravillosamente; el ingenio y la agudeza ponen sus sales en la frase. Pero, con todo eso, si el tal estilista no tiene la facultad creadora del novelador; si no es un inventor que sepa hallar en el mundo de la realidad, ó traer del mundo de la fantasía, un drama y unos personajes con apariencia viviente; si no es al mismo tiempo un compositor que sepa combinar los elementos de la fábula, idear y dirigir una acción, hacer que nos interesemos por los seres imaginarios que nos presenta, no será nunca un novelista.

Representémonos ahora el caso contrario. Este otro escritor de novelas ignora los arcanos del estilo; tiene la gramática indispensable; escribe un poco mejor que su sastre y su zapatero; pero su imaginación es fecunda: concibe y pare personajes, vidas imaginarias, escenas tristes y alegres, cómicas y dramáticas. Por su fantasía pulula una multitud de homúncu-

los novelescos, que el empezar á correr la pluma sobre el papel acuden dócilmente á la evocación, y salen regocijados á la luz del sol. Este escritor que os digo no será un novelista completo, le faltará la forma; pero será al cabo un novelista, tendrá público, venderá sus novelas, alcanzará quizás, como Ohnet, tiradas de 100.000 ejemplares; y si es hombre discreto, se reirá de los que le mienten el estilo, aunque, como es condición humana estar cada uno descontento de su suerte, tal vez le acibare la vida el no escribir mejor y que se lo echen en cara.

El lector suele buscar en la novela un suplemento de ilusión. Felices ó infortunados, todos llegamos á cansarnos de nosotros mismos y de lo que nos rodea, y ansiamos salir alguna vez de nuestra propia vida, vivir otras vidas, conocer otras personas, que por lo mismo que son imaginarias han de ser poco molestas, puesto que podremos echarlas de nuestra intimidad cuando queramos. Los jóvenes por lo que ignoran de la vida, los hombres maduros por lo que saben de ella, se deleitan con estos simulacros de existencias humanas que el novelista les presenta. Los unos distraen con ellas la prosa de su propio vivir acompasado, monótono, sin incidentes; los otros ven acaso en este juego de posibles un reflejo vago de las posibilidades abortadas de su propia existencia. Lo que hay de romántico, de imaginativo y de curioso en el hombre se complace en estas historias fingidas. Las novelas nos hacen soñar despiertos; y como el ensueño nos traslada á un mundo quimérico revestido de vivas apariencias de realidad, nos hace olvidarnos de nosotros mismos y de lo que nos rodea; ser otros, sin dejar de ser lo mismo que somos en ideas y sentimientos. Se comprende que la lectura de novelas llegue á constituir un vicio, como el abuso de los narcóticos y de los estimulantes.

Y si la novela es un suplemento de ilusión, ¿qué han de pedirle los lectores sino aquellos elementos de ilusión que les faltan? Y lo que más falta en la vida ordinaria de las clases medias de los pueblos civilizados, entre las cuales se recluta el

mayor contingente de los lectores de novelas, es movimiento, variedad, accidentes. Una vida igual, monótona, lisa, reglada por ocupaciones que se repiten á las mismas horas, año tras año, por hábitos que hacen igual el día de hoy al de ayer y al de mañana y por convenciones sociales que conspiran contra lo original y lo espontáneo; esa vida que, bien mirado, puede que sea la más feliz y la más racional, no satisface á la loca de la casa, que hasta en los más cuerdos y en los menos imaginativos es loca, y la hace buscar en las páginas de una novela la animación y la variedad de sucesos que no encuentra en la propia experiencia. De ahí el favor que encuentran las novelas de aventuras, y en general toda novela de acción dramática y movida, en personas dentro de cuya vida el más liviano suceso es un acontecimiento.

La intriga tiene en la novela mucho más público que el análisis psíquico y que la descripción. El público suele ser objetivo y realista: no quiere fatigarse demasiado, ni se le ocurre mirar por dentro á los personajes; le basta ver lo que hacen, y le interesan más los actos externos que la trama confusa y delicada de los motivos interiores. Tampoco las descripciones suelen cautivarle demasiado. Para apreciarlas se necesita saber ver las cosas, y son muchos los que están ayunos de ese género de visión que detalla los objetos y recibe de ellos una imagen rica en matices. Además, tanto el análisis psíquico de los personajes, como la descripción artística de la realidad exterior, son para leídos despacio; y la atención del vulgo se pára poco en cada cosa, pues siendo superficial agota pronto cada imagen. Centenares hay de lectores que saltan páginas enteras de una novela para buscar el diálogo ó llegar más de prisa al desenlace de alguna aventura que les interesa.

Todo esto explica que sin estilo, sin grande penetración psicológica y sin maestría en las descripciones, pero con inventiva y soltura para concluir una acción, se pueda ser novelista gustado de muchos, como lo es Ohnet. Pero hay en los libros de éste algo más que ha ayudado también á sus éxitos

de librería. Historiógrafo de la burguesía—como dicen sus biógrafos,—expresa el sentir, las ideas y las preocupaciones de ésta. La tabla de valores mentales del novelista es la misma de esa burguesía que le lee. Son semejantes, y por serlo están llamados á entenderse.

*
* *

La novela de Ohnet citada al principio puede tomarse por ejemplo de esa disposición espiritual del autor que siente con el sentir vulgar y discurre con las ideas de todo el mundo. Ya el título general de la serie, *Las batallas de la vida*, y el especial de la novela, *El camino de la gloria*, tienen algo de folletinesco y retumbante que estampa en el umbral de la obra el sello de la vulgaridad. Pasemos adelante y veamos cuál es el asunto de la novela. El protagonista, Derstal, es un músico de talento que debe gran parte de sus triunfos á la hermosa cantante Eva Brillant, asociada á él por lazos de amor y de colaboración artística. Juntos han dado los primeros trabajosos pasos en la carrera del arte, juntos han ido venciendo las dificultades de la vida, juntos han llegado al cabo á la celebridad. Pero Derstal, menos constante que su amiga y menos enamorado de ella que Eva lo está de él, se rinde á los encantos y á los millones de una joven norteamericana, Susana Brandon, se casa con ella, y desde aquel momento su inspiración artística empieza á decaer. Pronto se cansa del nuevo círculo social á que le ha conducido su matrimonio: riñe con su cuñado y con sus suegros, logra que su mujer le siga y acaba por separarse de ella; con lo cual es de suponer, siguiendo el espíritu de la novela, que recobre del todo la inspiración perdida y avance nuevamente por el camino de la gloria. El asunto, como se ve, no tiene nada de particular. Es una de las variantes del tema del americanismo, presentado aquí en contraste con el refinamiento artístico que Derstal quiere representar.

El pensamiento capital de la obra es desde luego falso y

vulgar. No se comprende por qué ha de ser más favorable á la inspiración artística vivir amancebado con una cantante que casado con una mujer discreta y hermosa que comprende el talento de su marido. Con todo, un novelista de mayores dotes que Ohnet hubiera podido sacar de ahí una buena novela. En la ejecución es donde verdaderamente se ve la calidad del autor. Le ocurre á éste que, queriendo presentar tipos, traza caricaturas.

Eso son los norteamericanos, eso el crítico Laviron, que es el tío gruñón é irritable, áspero como un erizo, pero bueno en el fondo, de las antiguas novelas. Cada personaje es la representación convencional del concepto vulgar de una clase de personas. Derstal es el artista tal como lo entiende el vulgo, exagerando el alcance de las anomalías del genio; y los Brandon son la representación grotesca que tiene de los yanquis el vulgo francés y el vulgo de muchas partes, pero más todavía aquél, por lo mismo que le molesta grandemente, y ofende su vanidad nacional el que haya alguien que no rinda parias á las maravillas de su cultura y de su tierra.

Con todo eso, la novela es propia para agradar á muchísimos lectores. Es fácil en el desarrollo de la acción, no fatiga, tiene la claridad y la lógica aparente de lo superficial. Entretiene, sin impresionar. Está al alcance de cualquiera. Pide muy poco al entendimiento del lector.

* * *

...Para la crítica, el caso de Ohnet envuelve una lección, un llamamiento á la humildad. La indica cuán limitada es su acción sobre el público, cuán escasa su influencia. El éxito es democrático. Y mientras el crítico, desde el trípode de su periódico ó su revista, define las normas del arte y diserta gravemente sobre ellas, el público se pára un momento á oírle, da luego media vuelta y se va en pos de quien le da la gana.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN: El cambio internacional de niños.—Las Universidades del Japón.—HISTORIA: Nitchévo.—PSICOLOGÍA INFANTIL: La imaginación creadora en el niño.—COSMOLOGÍA: El hombre y el Universo.—PSICOFÍSICA: La mímica del pensamiento.—POLÍTICA: El Parlamento español.—PSIQUIATRÍA: La neurastenia y su curación.—IMPRESIONES Y NOTAS: La inteligencia de los pájaros.—Las recepciones de Roosevelt.—Anécdotas teatrales.—El valor de un ojo.

ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN

EL CAMBIO INTERNACIONAL DE NIÑOS.—Carlos Duffart da cuenta en *Le Phare*, de Nantes, de un experimento de expatriación familiar llevado á cabo en la persona de uno de sus hijos, bajo la dirección de la «Sociedad de cambio internacional de niños», con el objeto de perfeccionarle en el conocimiento del inglés, á cambio de que otro niño inglés se perfeccionara en francés, en su casa. El hijo de Duffart tenía trece años, y el niño inglés era de la misma edad aproximadamente. Las familias respectivas eran también de posición social semejante.

Una tarde de los primeros días de Agosto, Duffart fué á esperar al niño inglés á la estación del Norte, de París. No le conocía, pero no tardó en descubrirlo entre 500 viajeros de todas edades, por su andar desembarazado y resuelto, su actitud decidida y su flemática mirada investigadora. Un niño de trece años, que acaba de atravesar Inglaterra, de embarcarse en Tolkestone, de desembarcar en Bolonia y de llegar solo á París, sin esperanzas de encontrar con quién hablar, á su lle-

gada, en su lengua nativa, no puede parecerse á ningún otro niño de los que viven pegados á la falda de sus madres. Sin señas especiales, ni fotografía, ni datos de ninguna clase, Duffart adivinó quién era el niño esperado, y no se equivocó.

Como el inglesito sabía muy poco francés y Duffart ignoraba el inglés, los cumplidos fueron brevísimos; pero como todavía estaba en casa de Duffart su hijo, que debía salir al día siguiente, los dos muchachos pasaron juntos unas horas, teniendo el disgusto de comprobar prácticamente que el inglés que había aprendido el francés y el francés que había aprendido el inglés no les servía para nada, puesto que no se entendían uno á otro, convenciéndose así de la absoluta necesidad de completar su saber con el aprendizaje práctico del idioma en el extranjero.

El niño Duffart salió al día siguiente para Londres, vía Calais, llegando á la estación de Chasing Cross por la mañana, sin saber á punto fijo por dónde dirigirse ni en qué trenes, pues el servicio de informes en París deja no poco que desear, y las agencias sólo informan bien á sus clientes, pero no á los extraños. Duffart tenía que ir de la estación de Chasing Cross á la de Euston, dentro de Londres, y luego tenía que recorrer 300 kilómetros con varios cruces, teniendo que arreglárselas él solo para salir del paso. En una carta escrita á su llegada, dió cuenta á sus padres de sus apuros, de las equivocaciones cometidas, de las respuestas de los empleados de Londres, tan poco complacientes como los de París; y concluía afirmando que «la posesión práctica del inglés le apareció de tal modo indispensable en aquel momento crítico, que iba á dedicarse con empeño á aprovechar los dos meses de vacaciones para llegar á dominarla en lo posible».

Esa lección de vida, esa escuela de dificultades, tiene grandísimo alcance: aparte del estudio de la lengua extranjera, está ese aspecto de la educación expansiva, esa salida del nido maternal para aprender á vivir y á luchar, apreciando mejor lo que vale la nación propia y la familia á que se pertenece.

El joven á quien se mima sin necesidad y se tiene sujeto hasta los veinte años, del que se hace una señorita más que un hombre, se echa entonces á volar sin reconocimiento siquiera del cariño maternal en que ha vivido envuelto, atraído por otras preocupaciones y entregado sin defensa á los embates de la realidad, que desconoce. Las madres y los hijos que así se conducen son incapaces de utilidad social y de sano patriotismo: esas madres consideran la expatriación como lote de miserables y de desengañados; y sus hijos, hermosas nulidades, sólo son cazadores de dotes y aspirantes á empleos, incapaces de todo esfuerzo laborioso y de toda fecunda iniciativa.

El inglesito adoptado por la familia Duffart ha vuelto á su casa encantado de París, limpio de muchos prejuicios, conociendo perfectamente el francés y llevando en su libro de apuntes sus impresiones del Louvre, Luxemburgo, Carnavalet, Inválidos, Jardín de Plantas, Trocadero, teatros, monumentos, paseos, cosas y personas. El hijo de Duffart, á su vez, ha vuelto del país de Gales comprendiendo el inglés, encantado de las bellezas naturales de aquel país, de las partidas en bote, de las carreras en poney, de cien juegos físicos que le eran desconocidos. Ha vuelto lleno de amor á sus padres y á su patria, y de reconocimiento á la familia inglesa en cuyo seno ha vivido; y en esos dos meses en que uno y otro estudiante han estado en país extraño, su inteligencia se ha enriquecido y su voluntad se ha fortificado, ganando extraordinariamente su educación.

¡Ojalá estas líneas — decimos con Duffart — sirvan para abrir los ojos de muchos padres, convirtiendo á los egoístas, á los que crían á sus hijos para sí mismos, á las nuevas ideas educativas, persuadiéndoles de la necesidad de completar la instrucción y la educación de sus hijos por medio del sistema del cambio internacional, que tan excelentes resultados viene dando, especialmente para el perfeccionamiento de los estudios lingüísticos, hoy indispensables en todas las esferas de la vida!

*
*
*

LAS UNIVERSIDADES DEL JAPÓN.—El profesor K. Miwa, de la Universidad de Kyoto, recoge en *La Revue*, de París, el cargo de orgullo que se ha dirigido á los estudiantes y profesores japoneses, diciendo que lo que se toma por orgullo es una reserva algo exagerada, unida á cierta seguridad debida al rápido desarrollo de las fuerzas vivas del Japón. Reconoce que lo deben todo á los occidentales, que han sido sus preceptores; y haciendo algunas indicaciones acerca de las aptitudes de los japoneses, acaba exponiendo sumariamente algunos datos relativos á la organización de los estudios en el Imperio.

En el Japón existen sólo dos Universidades: la de Tokio, fundada en 1876, y la de Kyoto, en 1897. El camino que hay que recorrer para llegar á ellas no es corto ni fácil. El japonés, á la edad de seis años, entra en una escuela primaria elemental, en la que pasa cuatro años; de allí va á la primaria superior, cuyos estudios duran otros cuatro años, aunque no necesita cursarlos todos para ser admitido en un Instituto, donde, previo el examen de ingreso, puede entrar con sólo dos ó tres años de la escuela primaria superior. En el Instituto — que es el organismo docente más extendido que hay en el Japón, contándose 150 Institutos en el Imperio — permanece cinco años, y allí es donde comienza el aprendizaje de una lengua viva, que, salvo uno ó dos Institutos en que se enseña alemán, es el inglés, por ser Inglaterra y los Estados Unidos las naciones que sostienen mayores relaciones con el Japón.

Terminados los cinco años del Instituto, el japonés pasa al Instituto superior, especie de escuela preparatoria para la Universidad, donde cada alumno elige la Facultad que quiere seguir; estos Institutos superiores comprenden tres secciones: 1.^a La de los aspirantes á ingreso en la Facultad de Derecho y en la de Letras. 2.^a La de los aspirantes de Ciencias, Ingenieros y Agronomía. 3.^a La de los aspirantes de Medicina. Los estudios duran tres años, empezándose por los de otra lengua viva, el alemán ó el francés; y la admisión es muy difícil,

pues sólo hay ocho de estos Institutos, que no pueden admitir más que 2.000 alumnos, y como los aspirantes á ingreso son 6.000 por término medio, el concurso de admisión ofrece serias dificultades, pensándose en dotar al país de mayor número de Institutos de esta clase.

Sólo al salir del Instituto superior, cuando el alumno cuenta por lo menos de veinte á veintidós años (6+4+2 á 4+5+3), es cuando puede ingresar en la Universidad, ya sin previo examen si los aspirantes no son muchos, ya mediante examen si las peticiones de ingreso son tan numerosas que obligan á una selección. La Universidad de Tokio comprende el Daigakwen, ó Universidad propiamente dicha, y seis Facultades: Derecho, Letras, Ciencias, Ingeniería, Medicina y Agronomía. La de Kyoto comprende, además del Daigakwen, tres Facultades solamente: las de Derecho, Medicina y Ciencias é Ingeniería. Cada Facultad tiene anejos varios Institutos ó secciones: la de Derecho (cuatro años en Tokio y tres en Kyoto), los de Derecho y Ciencias sociales; la de Medicina (cuatro años), los de Medicina y Farmacia; la de Ingenieros (tres años), los de Puentes y Caminos, Mecánica aplicada, Ingeniería marítima, Armas de fuego, Electricidad aplicada, Arquitectura, Química aplicada, Pólvoras y Minas y Metalurgia; la de Letras (tres años), los de Filosofía, Literatura japonesa, china, inglesa, francesa, alemana, Historia del Japón, Historia y Filología; la de Ciencias (tres años), los de Matemáticas, Astronomía, Física, Química, Zoología, Botánica y Mineralogía; y la de Agronomía (tres años), los de Agricultura, Química agrícola, Bosques y Veterinaria.

Al terminar sus estudios cada estudiante recibe el título de Licenciado ó *Gakushi*, y entonces puede ser admitido en el Daigakwen, ó Universidad propiamente dicha, en la cual no hay cursos fijos; los estudiantes prosiguen allí estudiando su especialidad más profundamente, y al cabo de cinco años presentan una tesis ó memoria, que si es aprobada les vale el título de Hakushi ó Doctor en la Facultad respectiva. Los tra-

bajos de los profesores y de los antiguos alumnos se publican en los *Boletines* de la Facultad, de los que van ya publicados en Tokio 33 tomos. El número de estudiantes que han terminado por completo todos sus estudios es el de 5.000, la mayor parte de los cuales ocupan hoy las más altas situaciones oficiales y particulares.

En cuanto á la organización de los estudios, varía en cada Universidad: en Tokio, el estudiante á quien se suspende en una asignatura de las que comprende el año escolar tiene que volver á estudiar y examinarse de nuevo de todas las asignaturas del año, mientras en Kyoto le basta con repetir el estudio y examen de la asignatura en que quedó suspenso. Por lo que hace á los sueldos del profesorado, el sistema es muy distinto del de España. Allí cada profesor tiene dos asignaciones: la de su posición, aunque no ejerza, que varía de 2.000 á 5.250 francos, y la de la cátedra, que varía de 1.500 á 3.000 francos; el profesor que menos recibe 3.000 francos, cantidad que, dada la baratura de la vida en el Japón, representa tanto como 6.000 francos en Europa, y equivaldría á 8.000 pesetas en España.

Son curiosos los datos estadísticos con que el profesor Miwa cierra su artículo, referentes á la edad media de los alumnos y al número de los mismos por años y Facultades.

Helos aquí:

Edad media de los estudiantes.

En la Facultad de Derecho	25 años y 2 meses.
» » de Medicina.....	25 » y 1 »
» » de Ingenieros	23 » y 10 »
» » de Letras.....	24 » y 9 »
» » de Ciencias	23 » y 8 »
» » de Agronomía.....	24 » y 3 »
En el Daigakwen (doctorado).....	28 » y 3 »

Edad media de los estudiantes al terminar sus estudios de Licenciados, en años y meses.

FACULTADES	En 1901.	En 1902.	En 1903.	PROMEDIO
Derecho	26'1	27'10	27'11	26'10
Medicina.....	27'7	27'6	27'7	27'7
Ingenieros.....	26'1	25'6	25'10	25'10
Letras.....	26'3	26'7	26'4	26'3
Ciencias.....	25'4	25'3	26'00	25'6
Agronomía.....	25'8	26'2	26'11	26'4
<i>Promedio de las seis Facultades.</i>	26'2	26'7	27'00	26'07

Número de estudiantes salidos de la Universidad de Tokio de 1888 á 1902.

AÑOS	Derecho.	Medicina.	Ingenieros.	Letras.	Ciencias.	Agronomía.	TOTAL
1888.....	59	29	35	2	7	25	157
1889.....	39	43	20	6	10	7	125
1890.....	83	49	28	5	10	26	201
1891.....	43	40	19	8	4	12	126
1892.....	70	33	25	4	8	63	203
1893.....	78	27	32	15	8	1	161
1894.....	74	21	42	21	12	43	213
1895.....	87	25	50	26	18	26	232
1896.....	97	28	80	50	18	40	313
1897.....	67	25	78	62	26	16	274
1898.....	107	31	110	66	26	14	354
1899.....	155	27	110	75	34	14	415
1900.....	129	34	104	77	21	13	378
1901.....	106	40	94	71	19	15	345
1902.....	141	94	117	67	12	20	451
TOTAL.	1.335	546	944	555	233	335	3.948

HISTORIA

NITCHEVO.—La palabra más empleada en la lengua rusa, según el coronel Emerson afirma en *La Revue*, es esa: *Nitchevo*, que quiere decir «nada», y que lo mismo se emplea en equivalencia de «ninguna cosa», que de «no hay de qué», de

E. M.—Diciembre 1904.

«no importa», que de «á mí qué». Es una palabra típica que caracteriza perfectamente el fatalismo ruso, como el *all right* expresa el temperamento activo del americano y el *mañana* la indolencia del español.

El coronel Emerson dice que es la primera palabra rusa que aprendió. Cuando le preguntaban si hablaba ruso, en seguida supo decir ¡*Nitchevo!* Cuando los asquerosos mendigos chinos que pululan en las calles de Mukden se acercaban demasiado, se veía obligado á soltarles un *nitchevo* estentóreo para que le dejaran en paz; cuando un oficial pedía *pardon* en el más puro parisién por cerrarle el paso ó por haberle tocado con el sable sin querer, murmuraba un *nitchevo* de cumplido; cuando llega la noticia de una derrota ó la de la muerte de un oficial que ayer mismo había comido tranquilamente con sus compañeros, éstos se contentan con decir: «Sí, es verdad; hemos perdido unos cañones, una posición, una batalla... ¡*Nitchevo!*»

Esa indolente, estúpidamente fatalista, aunque estoica divisa de los rusos, cuya influencia es tan perniciosa en la marcha de los negocios públicos como en la dirección de los asuntos privados, y que debe su origen á un temperamento semejante al del celta, que es la mayor plaga de la desgraciada Irlanda, tiene en gran parte la culpa de lo que está en Rusia sucediendo.

Una noche estaba el coronel Emerson en la estación de Mukden con un capitán de artillería ruso, cuya batería debía avanzar al día siguiente al amanecer contra el enemigo; el capitán se pasó gran parte de la noche bebiendo Vodka y Champagne con sus compañeros; á las cuatro, cuando el sargento se presentó diciendo que la batería estaba lista para marchar, el capitán dormía en tierra, y á todas las respetuosas súplicas del sargento contestaba *nitchevo* sobre *nitchevo*: los compañeros del oficial intervinieron entonces; pero después de varias tentativas infructuosas, pronunciaron también el sacramental *nitchevo* y dijeron al sargento que esperase; el capitán siguió

durmiendo hasta las diez, y si la batería llegó tarde á ocupar su puesto, ¿qué importaba eso? ¡Nitchevo! La verdadera superioridad de la artillería japonesa está precisamente en su mayor movilidad y en la precisión de sus movimientos, precisión imposible con el *nitchevo* ruso.

Entre los conocidos de Emerson está un capitán de ingenieros, amable y generoso como nadie; le gusta mucho el juego, y un día en que Emerson, habiendo perdido más de lo razonable, estaba preocupado, el capitán le animaba diciéndole: «Eso no es nada, ¡nitchevo!» Y, en efecto, al día siguiente vió al capitán perder sin pestañear más de tres mil rublos, el doble de su paga. «Bueno, ¿y qué? ¡Nitchevo! Otra vez ganaría.» Entre los jugadores estaba el corresponsal del mayor periódico ruso; como no salía del Casino, Emerson le preguntó cómo se las arreglaba para escribir sus artículos.—Francamente—le respondió el periodista,—yo no escribo. ¿Para qué molestarse en escribir, si puedo ganar diez veces más de lo que me pagan, jugando?—¿Y qué dice el director del periódico?—¿Qué ha de decir? ¡Nitchevo!

En el mismo Casino estaban jugando una noche, cuando entró sofocado un empleado del ferrocarril; habló con el capitán de ingenieros, y éste con los demás oficiales; entonces se levantó un teniente precipitadamente y salió á la calle. Emerson le siguió, olfateando algún acontecimiento.—¿Qué hay?—le preguntó.—¡Nitchevo! Un tren que acaba de llegar, y no había nadie en la estación para recibirle.—¿Cómo? Pues y los guardias?—Los guardias, sí; pero no había ningún oficial.—Cuando llegaron á la estación, el tren se había ido y un general se paseaba en el vestíbulo; en cuanto vió al teniente, su cólera estalló; pero tras breves explicaciones se disipó en seguida, y el general decía al teniente golpeándole amistosamente en el hombro: «¡Nitchevo, nitchevo! Vamos á tomar algo, ya que está todavía abierta la fonda».

Una tarde que estaba Emerson oyendo la música militar, se sentó á su lado un caballero de edad, que luego resultó ser

un príncipe que había llevado al virrey unas órdenes verbales del czar. Se expresaba categóricamente, acusando á la diplomacia que había precipitado la guerra, y reprobando la falta de juicio en la marcha de las operaciones. Aquel príncipe se servía muy poco de la palabra *nitchevo*; por eso en su boca tenía esta expresión singular valor, que verdaderamente impresionaba. Criticaba la estupidez de la guerra; hablaba con emoción del dolor del czar por tantas pérdidas, y añadía: «¿Qué será de esos pobres camaradas, esos buenos muchachos de la Escuela militar que encontramos en todas las fiestas de San Petersburgo y de Moscú? ¿Qué será de esos doscientos mil hombres que no volverán de esta miserable Manchuria? No esperamos volverles á ver. Y ese no es más que el primer sacrificio, ¡*nitchevo!* Nunca renunciaremos á la Manchuria, ni á llevar nuestras fronteras hasta el Océano. Todo está descontado. Nuestro ejército caerá en ridículo como ha caído ahora; el imperio ruso hará bancarrota, pero nada de eso nos impedirá cumplir nuestro destino. ¿Qué son para Rusia cinco, diez, cien años? ¡*Nitchevo!*»

He ahí un *nitchevo* que puede rescatar la vaciedad de muchos otros.

PSICOLOGIA INFANTIL

LA IMAGINACIÓN CREADORA EN EL NIÑO.—Pueden distinguirse — según Queyrat dice en la *Revue Bleue* — cuatro estadios principales en el desarrollo de la imaginación infantil, el primero de los cuales consiste en la *percepción ilusoria de las cosas*.

La imaginación representa importante papel en nuestro conocimiento de los objetos exteriores: oímos un ruido ó percibimos un perfume, y en seguida nos representamos un coche, una violeta ó una rosa. De ahí luego la imaginación reproductora. Las formas vagas é indecisas de las llamas, de las nubes ó de las rocas ofrecen amplio campo á la imaginación

creadora; Juan Muller cuenta que en su infancia pasaba horas enteras en descubrir contornos y figuras en el revoque ennegrecido y hendido de la casa situada frente á la suya.

Las diversas ilusiones de los sentidos son un ejemplo sorprendente de la intervención de la imaginación en la percepción. Una zarza hace al miedoso el efecto de un bandido emboscado; una ligera bruma se toma por un fantasma; una rama, por una serpiente. A veces ciertos niños imaginativos llegan á realizar objetivamente, á tomar por verdaderas percepciones imágenes nacidas en su espíritu fuera de toda modificación de los órganos de los sentidos, de toda excitación exterior. La imagen entonces es alucinatoria, como las que Anatolio France dice que veía cuando le metían en la cuna en medio de la habitación, junto á las inmensas cortinas del lecho de su madre; apenas estaba acostado comenzaba en su torno el desfile de personajes extraños, unos con narices de pico de cigüeña, otros con bigotes erizados, vientres puntiagudos y piernas como patas de gallo, que pasaban de perfil con un ojo redondo en medio de las mejillas, llevando escobas, asadores, guitarras y jeringas.

Una variedad de ilusión que persiste largo tiempo en la vida infantil consiste en el aumento de los objetos: así, Anatolio France se representaba á su padre, á su madre y á su criada como gigantes muy buenos, testigos de los primeros días del mundo, inmutables, eternos, únicos en su especie. De ahí que el recuerdo de los lugares en que hemos pasado nuestra infancia concuerde tan poco con la realidad; todo nos parece después achicado: el niño tiene una charca por un lago, una cascada insignificante por un Niágara, un ligero pliegue del suelo por un precipicio, unos cuantos árboles por una alameda ó por un bosque. Jorge Sand necesitaba subir á una pequeña gruta que su madre le había hecho construir, para convencerse de que no era la caverna de una montaña, como le parecía cuando era niña.

Hasta aquí la imaginación se ha contentado con exagerar;

pero en el segundo estadio de su desarrollo *puebla la naturaleza de seres de todas clases*, admirables ó terribles. Quizá en este hecho se halle la clave del encanto mágico que ejerce en el niño el misterio de los retiros secretos, de los rincones y de los bosques sombríos. Y no se pára en esto, sino que anima y personifica las cosas mismas, dando cuerpo y alma al viento que silba y gime durante la noche. Las letras mismas se convierten casi en personas: un niño de veinte meses tenía tal pasión por la letra W, que siempre la llamaba «esta querida buena W»; otro, de cuatro años, escribiendo una L, torció el trazo horizontal, y le resultó casi una V; en seguida le pareció un sér humano, y exclamó: «¡Toma, se ha sentado!»; hizo luego una F al revés, y luego trazó otra al derecho, y mirándolas exclamó muy satisfecho: «Están hablando». Miss Ingelow cuenta que los guijarros de la carretera le parecía que debían aburrirse de estar siempre quietos sin ver nada nuevo, y que por eso, cuando ella salía, cogía siempre uno ó dos, los echaba en su cestito, y al terminar el paseo los ponía en tierra, creyendo que estarían muy contentos del nuevo espectáculo que les proporcionaba. Así personifican las abstracciones; y cuando oyen hablar de la clausura de la caza, se imaginan que se han cerrado las grandes puertas de los campos.

El tercer estadio del desarrollo de la imaginación infantil es el del juego, que consiste esencialmente en una transformación de la realidad propia para dar forma concreta á una imagen, para poner en escena alguna idea.

En el cuarto y último estadio aparece la *invención novelesca*, que exige cultura más refinada, y se despierta hacia los tres ó cuatro años. Primeramente el niño *proyecta en el mundo real* y refiere á objetos definidos las imágenes suscitadas en su espíritu por los diversos cuentos ó historias que ha oído; después *realiza visualmente* las escenas que le han contado, y por último *inventa narraciones originales*. La lectura le divierte, pero prefiere la explicación ó el cuento; y una vez trazado el cuadro en su imaginación, no admite modificaciones ni omi-

siones. Una de nuestras amigas—dice Sully—contaba una vez *El gato embotado*, y por inadvertencia hizo sentar al héroe, para quitarse las botas, en una silla en vez de una caja; en seguida el auditorio infantil protestó con agudos *¡no, no!*, hasta que restableció el texto primitivo; otra vez, contando el cuento de *La bella y la bestia*, se le olvidó el detalle del suspiro de la bestia, con el que «los vasos temblaron en la mesa y las velas casi se apagaron»; el auditorio reclamó, y hubo que subsanar la omisión.

En la invención, los primeros ensayos son tímidos; pero poco á poco la imaginación se hace más atrevida, hasta llegar á forjar las más sorprendentes creaciones. Tales son los estadios que recorre la imaginación infantil, desde la más simple percepción y reproducción de la realidad objetiva, hasta la invención original.

COSMOLOGÍA

EL HOMBRE Y EL UNIVERSO.—Cuando hace algunos meses publicó el Dr. Wallace en la *Fornightly Review* un artículo rehabilitando la antigua cosmogonía y devolviendo al hombre su puesto de rey del universo, se produjo en el mundo de los sabios un verdadero escándalo. El autor escuchó las críticas, descartó las diatribas, prometió tratar con toda amplitud el arduo problema, y, como resultado de sus nuevos estudios, ha publicado un libro, *Man's Place in the Univers*, que en la *Grande Revue* analiza H. Chateau.

La historia de la Astronomía podría dividirse en tres épocas. La primera comprende desde Anaximandro hasta Copérnico, Ticho Brahe, Kepler y Galileo: en ella la tierra ocupa el centro del mundo, y el mundo sólo existe para la tierra y el hombre. La segunda llega hasta 1860, en que se descubrió el análisis espectral: la tierra es uno de tantos planetas que giran en torno del sol; el sol es una de tantas estrellas, y la tierra y

el hombre no tienen ninguna superioridad, no habiendo razón para que los demás planetas no tengan sus habitantes, ni los demás soles sus planetas habitados; Kepler y Huygens creían en los habitantes de la luna, y Newton, el gran Newton, sostenía que el sol estaba habitado; cuando Fontenelle publicó sus *Entretiens sur la pluralité des mondes*, el entusiasmo fué general, y Herschell, Taylor y Arago admitieron la teoría de la habitabilidad de los planetas; hay que llegar á 1853 para tropezar con un sabio, Whewell, que se atreviera á combatir las ideas corrientes, sosteniendo que «la órbita de la tierra es la zona templada del sistema solar» y la única que reúne las condiciones necesarias para la vida animal; Marte, sin embargo, le parece habitable, aunque sólo por seres inferiores.

La tercera época de la Astronomía arranca del maravilloso descubrimiento de Kirchoff y Bunsen, el análisis espectral, con el que ha sido posible constituir la física y la química de las astros y de las nebulosas y la organización y temperatura de las estrellas, permitiendo comprobar la existencia de numerosas estrellas invisibles, determinando sus órbitas, sus velocidades y hasta cierto punto sus masas. Si á esto se agrega el perfeccionamiento á que se ha llegado en los instrumentos de observación y de fotografía celeste, se comprenderá la importancia de los resultados obtenidos en esta tercera época, llamada de la *Astronomía nueva*, y por algunos *Astrofísica*.

Trazada la historia de la Astronomía, el Dr. Wallace aborda los problemas más discutidos. ¿Es infinito el número de estrellas? No, responde Wallace con el profesor Newcomb, de Washington. Si el sistema estelar fuera infinito, los cielos estarían llenos de luz tan deslumbradora como la del sol; lejos de ser así, la luz total de las estrellas no es más que una seis-millonésima parte de la del sol; admitido el infinito estelar, sólo podría haber dos causas que explicaran esa casi extinción de la luz de las estrellas: la pérdida de luz al atravesar el éter, ó la absorción de la luz por estrellas sombrías ó polvos meteóricos difusos; la primera causa no es aceptable, pues está pro-

bado que las estrellas más brillantes no son las más próximas; la segunda tampoco es admisible, pues en la parte más brillante de la Vía láctea la luz no llega á la centésima parte de la luna llena, cuando debería ser por lo menos igual, aun suponiendo que los cuerpos opacos fueran en número 150.000 veces mayor que las estrellas de la Galaxia. Por otra parte, el número de las estrellas hasta la sexta magnitud aumenta con regularidad tres veces y media de una categoría á otra, siendo 7.647 estrellas las comprendidas en las seis primeras magnitudes; desde la séptima la proporción cambia, pues si se mantuviera hasta la 17.^a magnitud, daría un total de 1.400 millones de estrellas, mientras que los cálculos de los astrónomos permiten afirmar que el total no pasa de 100 millones.

Ahora bien: considerado el sistema estelar limitado, este sistema tiene un *plan*, que no es otro que la Vía láctea, que forma en los cielos, con todas sus irregularidades, un gran círculo, según los astrónomos reconocen. Si la Vía láctea, vista desde la tierra, divide la esfera celeste en dos partes iguales, es evidente que el plano de ese círculo debe pasar por la tierra, lo que conviene con la opinión de ciertos astrónomos que tienden á considerar el mundo sideral como una esfera ó esferoide que tiene por ecuador la Vía láctea, dotada de un lento movimiento de rotación. La tierra, en este plano, ocupa evidentemente una posición central, pues de otro modo no podrían verse las cosas como se ven, y se descubriría en seguida nuestra posición excéntrica, viéndose la tierra, por ejemplo, á un cuarto de diámetro vialáctico de distancia, de un lado; y á tres cuartos de diámetro, de otro.

Todo esto, por lo que hace á la *posición* de la tierra. En cuanto á la habitabilidad de un planeta, depende de su distancia del sol, y sólo la tierra se halla en las condiciones requeridas para que la vida sea posible, pues en los demás planetas el calor y el frío son excesivos, y la vida no puede en ellos desenvolverse por sus condiciones de temperatura, de densidad, etcétera. Fuera del sistema solar tampoco hay astros habita-

bles: no lo son los de la Vía láctea, por su falta de estabilidad; no lo son las estrellas alejadas de la Vía láctea, como nuestro sol, porque unas, las más brillantes, son menos densas; porque muchas otras, la mayor parte, no son estrellas simples, sino grupos binarios impropios para la vida planetaria, y porque las dos ó tres estrellas que se hallan en condiciones semejantes á nuestro sol no se sabe que tengan planetas, y, aunque los tuvieran, se ignora si alguno de ellos ocuparía la posición privilegiada en su sistema que ocupa la tierra en el sistema solar.

Las conclusiones del libro son de dos clases: conclusiones formuladas por los astrónomos modernos y conclusiones personales del Dr. Wallace. Las primeras son las siguientes: 1.^a Aunque de extensión inmensa, el universo estelar forma un todo continuo y finito, y su extensión es determinable. 2.^a El sistema solar se halla situado en el plano de la Vía láctea y á poca distancia de su centro, hallándose, por consiguiente, la tierra cerca del centro del universo estelar. 3.^a El universo está constituido en todas partes por los mismos elementos materiales y sujeto á las mismas leyes físicas y químicas.—Las conclusiones del Dr. Wallace son las siguientes: 1.^a Ningún planeta del sistema solar, fuera de la tierra, está habitado ni es habitable. 2.^a Es infinitamente probable que ningún otro sol posea planetas habitados. 3.^a La posición casi central de nuestro sol es probablemente permanente, y ha sido especialmente favorable, quizá absolutamente esencial, al desarrollo de la vida en la tierra.

PSICOFÍSICA

LA MÍMICA DEL PENSAMIENTO.—Así se titula un sugestivo trabajo del profesor de la Universidad de Roma Sante de Sanctis, inserto en la *Nuova Antologia*. La tristeza y la alegría, la cólera y el amor, todo lo que emociona se refleja fa-

talmente en nuestro rostro. No hay pensamiento sin exteriorización, y lo mismo que existe una mímica emocional, existe una mímica del pensamiento, que comprende la *mímica atenta* (atención sensorial) y la *intelectual* (interna, reflexiva).

El Dr. Duchenne de Bolonia dedujo de muchos experimentos que cada emoción tenía su expresión exacta en una modificación local única. Así, á la manera que el músculo piramidal de la nariz expresa la amenaza, el gran cigomático la risa, el pequeño cigomático el llanto, el triangular de los labios el desdén, y así sucesivamente, el músculo frontal sería el músculo expresivo de la atención, y la parte superior del orbicular el de la reflexión.

Taine decía de una señora: «Ha sonreído tánto, que á los veintiocho años tiene comienzos de arrugas en torno de los ojos y de los labios». Así se encuentran individuos cuya fisonomía expresa habitualmente el dolor con la elevación del ángulo medio superciliar, y el placer con los pliegues del labio inferior y con la acentuada tensión del músculo grande cigomático, y como hay hombres que ofrecen estereotipada en sus rostros la mímica atenta, revelando en los pliegues permanentes de ciertos músculos el hábito del pensar, tales como Leonardo Vinci, Beethoven, Müller, Nietzsche, Ibsen, Björnson y Lenbach en sus retratos más conocidos. Víctor Hugo y otros poetas han descrito las arrugas verticales de la frente en los hombres muy reflexivos y en los pensadores de genio, y Carlos Feré ha llamado la atención de los alienistas sobre las arrugas que á la larga se forman en torno de los ojos y junto al pabellón de la oreja en los que padecen alucinaciones de la vista ó del oído.

Pero ¿es cierto que entre uno y otro músculo exista la independencia de expresión señalada por Duchenne? No; en realidad casi todas las expresiones del rostro están determinadas por la contracción simultánea de varios músculos, lo que desde el punto de vista biológico explicó Darwin por la «asociación de los hábitos útiles» y que anatómicamente es

debido á la falta de una clara diferenciación entre los varios grupos celulares de que se compone el núcleo facial. El principio de Duchenne tiene sin embargo una base verdaderamente científica si se reduce la mímica atenta á la sencillez de un schema. La atención y la reflexión vienen expresadas por la acción *preponderante* de los músculos frontales, orbiculares de las cejas y superciliares.

La atención, pues, considerada como ejercicio de la inteligencia propiamente dicha, tiene sus órganos mímicos como los tienen las emociones. También el pensamiento tiene su centro mímico (zona mímica ocular), siendo su forma expresiva las arrugas de la frente y del sobrecejo. El séptimo par de los nervios cerebrales, el *nervio facial*, puede llamarse el nervio mímico por excelencia, el nervio de la expresión. Es el que anima los músculos frontales, orbiculares, superciliares y todos los demás superficiales del rostro; lleva en sus más finas fibras el impulso motor que por vía refleja, por automatismo ó por un acto de voluntad arranca del cerebro. El llamado centro mímico del tálamo óptico toma también parte activa en la mímica del pensar.

Los animales poseen también su mímica del pensamiento. No es comparable á la del hombre, siendo imposible demostrar que tengan atención interna. Son capaces de atención sensorial externa y la expresan por medio de una mímica especial. Los simios expresan la atención de un modo semejante al hombre, apoyando la barba en la mano ó poniendo el índice en los labios. Las arrugas superciliares son difíciles de observar, pero las tienen, y lo que más se nota en ellos es la movilidad del músculo frontal con sus arrugas horizontales. La mímica del caballo es vivaz, pero se difunde por todo el cuerpo: al menor rumor, las puntas de las orejas se tienden adelante y casi se tocan; cuando las echa para atrás, es que teme un peligro ó quiere defenderse; todos conocen los gestos ansiosos del caballo que tiene miedo; puede decirse que el caballo expresa la atención con los músculos cérico-auriculares.

Los perros poseen una mímica de atención muy característica, y en la caza sobre todo ofrecen al psicólogo el más espléndido ejemplo de mímica atenta, llegando verdaderamente al paroxismo de la atención. Por lo demás, hasta los pájaros muestran estados característicos de atención sensorial: inclinan la cabeza del lado de que viene el estímulo, y cuando el objeto les hace fuerte impresión, se quedan parados en una sola pata ó hacen movimientos exuberantes. El arte mismo de amaestrar á los animales ofrece ejemplos de singularísimo desarrollo de la mímica de atención, siquiera sea artificial. El arte representa también frecuentemente á los animales en postura de atención visiva, auditiva ú olfativa; pero la expresión no es siempre fisiológicamente verdadera, porque el artista, para conseguir su propósito, exagera el elemento emocional; los animales de Palizzi, caballos, bueyes, cabras, ciervos, asnos, perros, son los que con la postura de la cabeza y la expresión de los ojos y de la boca revelan mejor un estado de observación tranquila, casi de pensamiento.

En los niños la expresión de la atención, como la de la sorpresa y la curiosidad, es menos viva que en los adultos. A veces la expresión parece más enérgica, pero esto ocurre cuando el proceso atento es puramente pasivo y reflejo, como en los recién nacidos; á medida que la atención pierde su naturaleza refleja, su mímica parece hacerse más débil. La mímica atenta aparece en el niño como continuación de la mímica refleja, provocada por excitaciones ópticas, y las excitaciones acústicas intensas, y aun las táctiles, provocan una mímica semejante á la de las excitaciones ópticas. Las irradiaciones de atención son frecuentísimas en los niños, siendo difícil que la mímica se limite ni se concentre en la zona ocular, irradiando á la zona oral y á la musculatura del cuello, del tronco y de las articulaciones. En los viejos la mímica parece más acentuada que en los jóvenes, pero es por las arrugas permanentes y múltiples de la cara senil, y no hay que confundir la fisonomía, que es un carácter estático del rostro, con la

mímica, que es un carácter dinámico; en realidad la mímica de los viejos es generalmente menos vivaz que la de los jóvenes.

POLÍTICA

EL PARLAMENTO ESPAÑOL.—Es curioso saber cómo nos estudian y juzgan en el extranjero, y por eso nos ha parecido interesante extractar lo que acerca del Parlamento español escribe en *La Revue de París* Eduardo de Bray.

España es un país que ha cambiado en un siglo diez veces de Constitución: 1.º, la Constitución de Bayona; 2.º, la de 1812; 3.º, la del Estatuto Real en 1834; 4.º, la de 1837; 5.º, la de 1845; 6.º, la de 1854; 7.º, la del Acta adicional de 1856; 8.º, la revolucionaria de 1869; 9.º, la republicana *non nata* de 1873; 10.º, la de la Restauración de 1876, vigente. Con estos cambios de Constitución corren parejas los cambios de Parlamento; en España no hay nada semejante á los Parlamentos ingleses, que duran cinco ó seis años, y cuya labor es tan provechosa como fecunda; cada dos años ó menos hay nuevas elecciones, y desde 1810 hasta 1903, descontando los diez y siete años de gobierno absoluto, se cuentan 43 Parlamentos para setenta y cinco años. Los Gobiernos se han sucedido con la misma vertiginosa rapidez, y entre revoluciones y pronunciamientos España no ha gozado nunca de verdadera tranquilidad. No hay ejemplo en la historia de otro pueblo que, habiendo tenido que sufrir veintiún cambios en la persona del jefe del Estado en el breve espacio de un siglo, haya podido conservarse en pie; ese, sin embargo, es el caso de España. Hoy las cosas han cambiado mucho; pero la inestabilidad de los Parlamentos persiste todavía.

Cuando un Ministerio español se derrumba, el primer acto político de su sucesor es decretar la disolución de las Cortes. Los senadores y diputados disueltos vuelven pacíficamente á sus hogares, y el Gobierno se pone á trabajar en el recluta-

miento y organización de la nueva mayoría, pues hay que consignar que en España, país en que la ley del sufragio universal está en vigor hace mucho tiempo, los electores no se cuidan de elegir, sea por apatía, por indiferencia ó por asco, dejando al Gobierno el cuidado de sacar adelante sus candidatos.

El primer cuidado del nuevo Gobierno, apenas tomada posesión del mando, es escoger entre los innumerables aspirantes á la representación nacional, entre los amigos políticos, los amigos de los amigos y los hijos de papá; el hijo de papá, el yerno, es el microbio de la política y de la administración española, hasta el punto de haber dado nombre á una enfermedad constitucional: la *yernocracia*. Los aspirantes, en general, son un ejército de nulidades, entre los que se distinguen los cuneros, que ni siquiera conocen el distrito que pretenden representar, importándoles poco que sea éste ó aquél, pues el caso es «ser diputado». Una vez hecha la selección, el ministro hace una lista de trescientos elegidos, y esos son los *encasillados*; una vez en esa lista, el aspirante puede considerarse elegido, y su misión está trazada en el montón de la mayoría: aplaudir los discursos ministeriales é interrumpir á los diputados de oposición.

Para asegurarse la elección, el ministro de la Gobernación tiene cuidado de enviar á los gobernadores una circular confidencial con los nombres de los aspirantes escogidos; el gobernador sabe que aquéllos son los que tiene que sacar á flote, y como un fracaso en la elección le cuesta el destino, hace los imposibles para dar el triunfo á los adictos. Llegado el día de las elecciones, el ciudadano español, convencido de que su voto es inútil, se abstiene; el Gobierno lo sabe, y sustituyéndose á los electores, hace llenar las urnas de candidaturas, y donde no han votado más que ciento aparece el diputado elegido por millares de votos. Todos los partidos y todos los Gobiernos hacen lo mismo.

Con este sistema, que produce mayorías aplastantes, podría

creerse que la labor política del Parlamento sería verdaderamente fecunda. Nada de eso; su esterilidad es completa, y de ella tienen la culpa principalmente las costumbres parlamentarias. Toda apertura de Cortes se señala en España por un debate político provocado por la oposición, perfectamente inútil, puesto que se trata de combatir una política *non nata*, unos actos que todavía no existen; en ese debate intervienen para consumir turnos y alusiones todos los personajes de todos los partidos, y así se consumen estérilmente el tiempo y las fuerzas que tanta falta hacían para cosas de más empeño y de alcance práctico; pero aunque todos lo lamentan, nadie cambia estas costumbres, que convienen á los Gobiernos, porque les evitan toda crítica seria y concienzuda, y convienen á los diputados, que salen del paso con cuatro brillantes generalidades que les permiten lucirse sin tener que dedicarse á estudios enojosos.

El Parlamento español tiene, sin embargo, una historia verdaderamente gloriosa desde las Cortes de Cádiz, fundadoras de las libertades españolas, hasta las Cortes actuales, en que lo que sobran son oradores esculturales. Aquellas Cortes de 1869 en que discutían, de un lado, Monescillo, Manterola y Aparici; y de otro, Ríos Rosas, Olózaga, Figueras, López de Ayala, Castelar, Pi y Moret, acerca de la libertad de cultos, presenciaron torneos oratorios como quizá no se hayan presenciado en toda Europa: la palabra de Castelar brilló allí con todo su esplendor incomparable, como en las Cortes de la Restauración; al discutirse la Constitución de 1876, brilló también la de Cánovas del Castillo y la de López de Ayala, y como en las Cortes de la Regencia ha brillado la del sabio Salmerón, el orador de rostro ascético, en cuyos ojos hay un no sé qué que arde y que devora, y cuyas palabras tienen algo del hachazo que corta, brutal é implacable.

PSIQUIATRIA

LA NEURASTENIA Y SU CURACIÓN.—La neurastenia — dice el Dr. Regnault — es la enfermedad de moda, aunque sólo tiene de nuevo el nombre; el siglo XVIII ha conocido los vapores, el XVII el mal de amor y los enfermos imaginarios, y en la Edad Media los señores nerviosos, atribuyendo sus insomnios al coacoarilleo de las ranas, hacían azotar por los villanos el agua de los fosos de sus castillos; nunca, sin embargo, ha hecho la neurosis tantas víctimas como en nuestra época, por ser el resultado de todas las fatigas y de todos los excesos, intelectuales, físicos y orgánicos.

El neurasténico pasa por una verdadera odisea: consulta á todos los médicos, ensaya los remedios más contradictorios, los toma sin método ni persistencia, y sólo consigue empeorar su estado. Le ordenan como tónico un vaso de Burdeos con quina, cola y coca, y después de una excitación pasajera, siente mayor depresión; para vencerla toma Burdeos á todo pasto, y no tarda en sentir los síntomas del alcoholismo, temblores, pituitas y pesadillas. Le prescriben un régimen fortificante, y se traga grandes tazones de chocolate, bistécs suculentos, huevos á docenas, legumbres, sopas sustanciosas y dos litros de leche como bebida, y luego se sorprende de hacerse dispéptico. Le aconsejan distracciones, y se pasa las noches en los cafés y en los teatros, cayendo en la más negra melancolía, porque no hay nada más aburrido que querer siempre divertirse. Le prescriben ejercicios físicos, y pasa de la gimnasia sueca al trapecio, á la equitación, á la bicicleta, al canotaje, etcétera, hasta agotarse completamente. Si la enfermedad es grave y le someten al reposo, no se atreverá á moverse, aunque una vez recobradas las fuerzas el ejercicio le sea útil. Y es que el neurasténico es excesivo en todo, y la diplomacia del médico se gasta en pretender moderarle.

El Dr. Regnault, á pesar de tantos remedios y de la difi-

E. M.—*Diciembre 1904.*

13

cultad de su aplicación, preconiza uno nuevo: la carrera. En 1890 hizo un viaje á la India, y le llamó la atención el modo de correr que tienen los indios y, sobre todo, los cingaleses, que corren enganchados como caballos á unos vehículos ligeros durante horas enteras sin sentirse fatigados; de vuelta á Europa supo que el comandante Raul practicaba un método para enseñar á correr sin fatigarse, y vió que era el mismo de los cingaleses y el de todos los corredores. Sorprendido por estos hechos, Regnault emprendió su estudio científico, y de ahí sus conclusiones.

La marcha varía con la edad, el sexo, el carácter y la profesión. El ciudadano, sobre todo, no anda como el aldeano: el primero practica la marcha de extensión y el segundo la de flexión, por el medio en que viven; el uno extiende la pierna y el otro la dobla; para una carrera corta de 100 á 800 metros, la marcha en extensión es preferible; para una carrera de varios kilómetros se impone la marcha en flexión. Esta marcha es la que debe utilizarse para la curación de la neurastenia.

El neurasténico va al campo de carreras, vasto jardín alejado del ruido y del aire corrompido de la ciudad; al principio desconfía, pero la vista de otros enfermos corredores le tranquiliza, y se confía al médico que le da la primera lección. Para impedir que la espalda se encorve y la cabeza se doble hacia adelante, el corredor coge una varita, que sostiene con las dos manos á la altura de los senos, con los codos doblados para atrás; así se bombea el pecho, y pueden hacerse dos ó tres profundas inspiraciones por minuto para oxigenar la sangre. Luego parte con las rodillas dobladas, levantando los pies muy poco, lo estrictamente necesario para evitar las asperezas del suelo, con lo cual economiza los esfuerzos que tiene que hacer el corredor en extensión para levantarse varios centímetros del suelo. Los primeros pasos son cortos, de 35 centímetros, y la cadencia lenta, de 120 á 130 por minuto; poco á poco, sin darse uno cuenta de ello, se llega á 160 á los diez minutos, y á los veinte se dan de 180 á 200 pasos por minuto,

y la distancia pasa de 35 centímetros á 50, á 80 y á un metro. Al principio el enfermo va demasiado aprisa: confía demasiado en sus fuerzas, se entusiasma y se sofoca. Por eso es necesaria la presencia del médico durante algunas semanas, para dosificar la carrera: las primeras lecciones son de siete á diez minutos como máximo; luego se aumentan gradualmente, cuidando de disminuirlas en cuanto se note fatiga.

El mejor graduador del ejercicio es el pulso: si es débil, blando, en hipotensión, hay que tener cuidado, y durante dos ó tres semanas no puede pasar el enfermo de veinte á treinta minutos; sólo cuando recobre fuerzas puede aumentarse la dosis; si es fuerte, vibrante, en hipertensión, se le pueden prescribir cuarenta y cinco á sesenta minutos de ejercicio, pasados los primeros días. En todo caso hay que estar atentos á los más fútiles pormenores. Los neurópatas suelen tener seca la piel; para que suden, conviene que beban uno ó dos vasos de agua á sorbitos antes de la carrera; si se trata de un obeso, se le debe abrigar bien y hacerle tomar antes de correr bebidas calientes; si es un flaco, la carrera le excitará el apetito y no tardará en robustecerse; los que inspiran débilmente deben acompañar las inspiraciones con grandes movimientos de los brazos, como cuando se bosteza. La hidroterapia, por otra parte, es un excelente auxiliar de estos ejercicios.

Lo difícil no es el recetar, sino que el enfermo ejecute fielmente lo que se le prescribe. Para lograrlo hay á veces que recurrir á mil astucias, que obran sobre la imaginación del enfermo, disfrazando la naturaleza del remedio; así el Dr. Gruby, una celebridad parisiense, aconsejaba á sus enfermos que se levantaran á las cinco de la mañana para bajar y subir á reculadas la escalera de su casa, técnica excelente para evitar las pesadillas de la mañana; otras veces prescribía ir á una finca de los alrededores de París, cavar allí durante dos ó tres horas, y volver á llenar el foso que se había abierto con la tierra de él sacada; otras mandaba que se cogiera un adoquín de la calle y se recorrieran con él en la mano tales ó cuáles calles y pla-

zas; á una actriz del Teatro Francés la mandó levantarse todos los días á las cinco, ir al mercado, comprar dos pucheros, volver á casa y en dos hornillas de dos habitaciones distintas preparar dos caldos; la actriz iba de uno á otro puchero, espumándolos y cuidándolos, y cuando estaban listos, á las ocho, llegaba una hermanita de los pobres y se los llevaba. Pero para estas recetas se necesita la salvaguardia de la celebridad.

IMPRESIONES Y NOTAS

LA INTELIGENCIA DE LOS PÁJAROS.—La psicología de los pájaros está todavía en la sombra. Los pájaros, sin embargo, son mucho más inteligentes de lo que generalmente se cree. Un sabio naturalista, según Nemi, ha hecho recientes observaciones sobre una bandada de cornejas que parecían haber llevado á una de ellas ante un verdadero tribunal: aquella corneja había entrado en un nido y había matado un pajarito; la madre, al regresar de sus correrías, se había enterado del crimen, y salió dando fuertes gritos; acudieron otras cornejas, y al cabo de un cuarto de hora había varias docenas reunidas rodeando al pájaro asesino, con un griterío ensordecedor; el grupo de pájaros parecía obedecer á un jefe que presidía la ceremonia. Por último, cesaron los gritos; el jefe se dirigió hacia la corneja criminal, y, como si obedecieran á una señal, todas las demás se lanzaron contra ella y la mataron. ¿Habrá una moral y una justicia entre los pájaros?

Eugenio Muller, en la *Revue des animaux*, cita otro hecho que prueba la solidaridad existente entre los pájaros. Una pareja de golondrinas hacía su nido bajo un tejado, quizá el en que habían nacido, pues junto á ellas había otro nido viejo ocupado por otras golondrinas, tal vez los padres de las primeras. Cuando más contenta estaba la joven pareja de haber terminado su nido, el nido se desmorona, y los gritos de alegría se convierten en gritos de angustia; los dos vecinos acu-

den, y entre los cuatro reconstruyen el nido en dos días; pero el fango debía ser malo, porque de nuevo se vino la casa abajo, y eso que parecía tan sólida. Las golondrinas parecían angustiadas, y toda la vecindad llenaba el aire de lamentos; las golondrinas del barrio acudieron, vieron el nido en tierra, recorrieron el tejado, examinaron los alrededores, y de pronto, de común acuerdo, todas se pusieron á traer materiales para reconstruir el nido; en cuatro horas quedó lista la nueva casa, y todos los pájaros celebraron su construcción. Pero, contra toda previsión, por tercera vez se derrumbó el nido. Las golondrinas, como espantadas, revolotearon gritando, y de pronto partieron en todas direcciones; en un cuarto de hora no se vió ni una golondrina, como si hubieran acordado huir de aquel sitio maldito. Pero de pronto cayó sobre la casa una verdadera nube de pájaros: eran cientos de golondrinas que iban y venían sobre la casa; una de ellas se posó en un punto del alero, y un grito general pareció asentir á su elección; en el acto se dispersaron en todas direcciones, volviendo después con fango tomado del río; una hora más tarde, el nido estaba hecho de nuevo, y esta vez con toda solidez, pues ya no se cayó. ¿Se quiere ejemplo más claro del sentimiento de solidaridad?

*
* *
*

LAS RECEPCIONES DE ROOSEVELT. —Alberto Sabine ha publicado un libro, *Roosevelt íntimo*, cuyo título indica suficientemente su objeto. La Casa Blanca, residencia del presidente de la República Norteamericana, está abierta á todos los ciudadanos, y desde las diez de la mañana los visitantes que desean saludar al presidente, hablarle de sus negocios ó simplemente verle por curiosidad, invaden el palacio presidencial á centenares. Allí hay de todo: senadores, diputados, funcionarios, curiosos, turistas extranjeros, etc. Hay senadores que llegan acompañados de electores influyentes, para tratar asuntos locales ó pedir favores, y otros que llevan allí á sus electores para que vean al jefe del Estado.

Roosevelt hace una corta aparición, habla á uno de los senadores y da un apretón de manos á su elector; para abreviar estas ceremonias, no aguarda á que le den la mano: la coge y la suelta en el acto, y así se acaba más pronto. Para despachar á sus visitantes, Roosevelt ha perfeccionado el sistema de recibir. No introduce á nadie en su gabinete, sino que sale al salón y, fijándose en cualquiera de los concurrentes, se dirige á él; el visitante expone el objeto de su visita, casi siempre en voz baja y con aire misterioso, y Roosevelt le escucha con paciencia; pero, al contestarle, lo hace en alta voz, de modo que todos puedan enterarse de la pregunta y de la respuesta; y, como la mayor parte de las visitas tienen un fin interesado ó no tienen ningún objeto, los visitantes van desfilando á la inglesa, para no verse en el caso de que se descubran sus propósitos, y al poco rato el salón queda libre; generalmente, al sexto personaje á quien el presidente recibe, no queda un alma en el salón, y así puede Roosevelt dedicarse á cosa de más provecho que recibir visitas.

*
* *

ANÉCDOTAS TEATRALES.—De un largo artículo de Gilberto Stenger, publicado en *La Grande Revue* sobre «El Teatro bajo el Consulado», entresacamos algunas anécdotas que nos han parecido interesantes.

En la representación de *Bruto*, Talma, principiante entonces, hacía el papel de Próculo. Los actores, como los pintores, se cuidaban poco de la verdad histórica, y todos salían á escena con trajes de guardarropía que lo mismo servían para representar un héroe romano que un caballero de la Edad Media: la peluca alta empolvada y la capa corta á la española eran de rigor en todas las tragedias.

Pero Talma, que tenía otras ideas sobre lo que debía ser el disfraz de los actores, bajó de su cuarto envuelto en una toga romana; al verle sus compañeros, le dirigieron mil pullas, hasta el punto de que Talma, avergonzado, iba á volverse á su

cuarto para vestirse como los demás, cuando le avisaron de que le tocaba salir á escena; como ya no era tiempo de cambiar de traje, tuvo que salir como estaba, temblando por el efecto que iba á producir. Una salva de aplausos acogió su aparición, y, tranquilo ya del éxito, Talma obtuvo su primera brillante victoria, y rompió con los anacronismos de la escena, restableciendo la verdad histórica en los trajes, que más tarde se ha extendido á todos los detalles de la representación. Según Luisa Fusil, Talma debió á los consejos de David aquella emancipación del uso ridículo de los polvos, las pelucas, las falsas caderas y demás elementos del arte escénico corriente, creándose un guardarropa notable por su exactitud y su riqueza.

Monvel suprimió los gritos y gestos y todo el oropel de la tragedia, como Talma había suprimido las pelucas; bajo, de poca voz, faltándole varios dientes, parece increíble que Monvel pudiera imponerse al público; todos los contemporáneos, sin embargo, reconocen que apenas aparecía en escena, los espectadores quedaban como hipnotizados. La señorita Clairon describe muy bien el efecto. «Se anuncia Aquiles, Horacio, un héroe cualquiera, que acaba de ganar una batalla combatiendo casi solo contra enemigos formidables; ó bien un príncipe tan seductor que la más alta princesa sacrifica por él su trono y su vida, y se ve llegar á un hombrecillo sin fuerza y sin voz. ¿Qué ilusión cabe entonces? Todavía no puedo concebirlo; pero he visto á ese actor que acabo de pintar, con audacia para acometerlo todo, recibir aplausos desenfrenados». Es, seguramente, como dice Geoffroy hablando de Mouvel, un prodigio del arte hacerse escuchar con gusto en la escena cuando apenas se puede hablar.

Molé, actor cómico, era un fatuo á quien se reconvenía porque á cada instante tenía que tirarse de los calzones para que no se le cayeran. Una vez le entregaron, como manuscrito de un autor, un rollo de papel blanco muy bien envuelto; Molé se lo llevó á casa, y al cabo de seis meses lo devolvió al supuesto autor con una carta llena de cumplimientos por su obra.

Antes de la señorita Dumesnil, una reina de teatro, esclava de su papel, apenas se atrevía á andar en la escena; ni aun para volar en socorro de su hijo salía una reina madre de su paso majestuoso, conforme á la tradición. ¡Cuál no fué la grata sorpresa del público cuando vió á la Dumesnil, haciendo de reina, atravesar precipitadamente el escenario, lanzarse entre Egisto y Polifon, con lágrimas en los ojos y el brazo tendido hacia el tirano, exclamando con voz sollozante: «¡Deténte! ¡Es mi hijo!» Dumesnil quedó proclamada por aquel arranque reina de las trágicas, y la verdad triunfó del convencionalismo una vez más.

*
* *

EL VALOR DE UN OJO.—Uno de los temas discutidos en el último Congreso internacional de Oftalmología, de Lucerna, ha sido el de «fijar desde el punto de vista de la indemnización el valor de un ojo perdido ó estropeado».

Según la *Gazette de Lausanne*, cuando se trató de establecer la ley de seguros contra los accidentes del trabajo, los especialistas consultados al efecto dijeron que la pérdida de un ojo debía estimarse como equivalente á la pérdida de la mitad de la capacidad del obrero para el trabajo, y valorarse, por consiguiente, la indemnización en un 50 por 100. Estudiado mejor el asunto, se vió que la estimación hecha era excesiva, pues la pérdida de un ojo es mucho menos grave que la pérdida de los dos, y entonces los oculistas la estimaron en un tercio, á propuesta del Dr. Zehnder de Rostock; la fórmula de la *tercera parte* ha estado vigente algún tiempo en los tribunales y en las compañías de seguros.

Las estadísticas, sin embargo, han demostrado que ese valor era todavía excesivo, y que debía fijarse en un 20 ó á lo más en un 25 por 100; es decir, en una quinta ó cuarta parte, siempre que se trate de lesiones oculares unilaterales. En el Congreso se presentó la siguiente proposición: «Cuando un obrero quedado tuerto por un accidente sufre ulteriormente una nue-

va enfermedad ó herida que debilita la vista de su segundo ojo, la indemnización fijada por la pérdida del primer ojo debe examinarse de nuevo, y aumentarse si procede».

El Congreso no se ha atrevido á resolver, y ha confiado el estudio de la cuestión á una comisión, que propondrá soluciones para otro Congreso. Por ahora se ha dejado la fijación de la indemnización á la apreciación del médico ó del árbitro. En Suiza, la pérdida de un ojo se indemniza con una cantidad equivalente al 25 ó 30 por 100 de la capacidad laborable del obrero. El Dr. Gonia propone una solución que no deja de ser aceptable: la de que, reunidos en sociedad los obreros indemnizados, se obliguen á dejar en depósito una parte de su indemnización para aquel que llegue á quedarse ciego; pues si la indemnización para el que queda tuerto excede realmente del daño recibido, es en cambio irrisoria para el que llega á quedarse ciego; la reserva que cada tuerto indemnizado dejara en depósito pondría remedio á la desigualdad, y el ciego encontraría de este modo asegurados sus medios de vivir, sin tener que acudir á la mendicidad.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Castilla, por Leonardo Williams. — Madrid, 1904.

El Sr. Williams—un inglés que escribe exquisitamente el castellano—ha hecho recientemente un libro, al que ha dado el título que encabeza estos renglones.

Principalmente «la ciudad de las buenas espadas y de las dagas románticas»—según escribió Teófilo Gautier en su *Viaje por España*—atrae la atención del autor, y preferentemente habla de ella en el libro, ya que, de los ocho capítulos que éste contiene, cinco se limitan á Toledo.

Verdad es que nuestras viejas ciudades castellanas (Segovia, Ávila, Toledo, entre ellas) son propias para ensueños poéticos por remembranzas de clasicismo caballeresco. De ahí el por qué el Sr. Williams, si va á la ciudad del Tajo, fundada, «según los más moderados cronistas, antes del diluvio», gusta de hacer el viaje completamente solo ó en compañía de un poeta, ó de un arqueólogo, ó de un artista, «porque—sigue escribiendo—el aspecto de estas viejas murallas, cargadas de recuerdos de grandezas, que se desmoronan y se destruyen, está muy lejos de invitar á una excursión alegre». Mucho de melancólico romanticismo tienen estas manifestaciones; pero las aplaudo, porque tengo para mí que son sinceras.

Enamorado, y mucho, de las cosas de España debe de estar el autor; que así nos lo atestiguan anteriores y acaso futuras producciones suyas.

Tres artículos más, y muy interesantes y curiosos por cierto: «Una aventura del príncipe inglés Carlos Estuardo»; otro

sobre «El Escorial» y sobre «Alcalá de Henares», completan el libro del Sr. Williams, editado con mucho gusto y primorosamente adornado de fotograbados interesantes que dan más relieve y amenizan el trabajo.

Yo creo que este libro, como reflejo de la impresión estética sentida por el autor en sus viajes, merece elogio; únicamente el título me merece reparo. Cierto que es en extremo sugestivo y elocuente, y acaso esto haya buscado el autor, que debe de estar satisfecho; pero me temo que no es del todo verdadero, ya que poco tiene

.....
..... aquellos campos,
los de las pardas onduladas cuestas,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias,
los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas...

El libro *Castilla* tiene muy poco de esa Castilla del poeta Galán; pero, sin embargo de ello, yo me regocijo y aplaudo al Sr. D. Leonardo Williams, un inglés que siente flaqueza por las cosas de España y que escribe de ellas en donoso y perfecto castellano.

JOSÉ RINCÓN

INDICE

por orden alfabético de autores de los artículos
publicados en «La España Moderna»
durante el año 1904.

AMADOR DE LOS RÍOS (Rodrigo).—*Recuerdos históricos de la invasión francesa (1809 á 1811)*. Junio, pág. 108.—*Los fueros de los pobladores cristianos en la ciudad de Toledo*. Agosto, pág. 68.—*El niño de la Guardia y su martirio, según los documentos*. Diciembre, pág. 42.

ALBORNOZ (Alvaro).—*La cooperación y el problema obrero*. Octubre, pág. 45.

ANDRÉ (Eloy L.).—*Fuerza y cultura, según nuestra mentalidad individual y colectiva*. Junio, pág. 72.

ANDRÉS.—*El problema de la Marina de guerra*. Enero, pág. 46.

APRAIZ (Julián).—*Don Isidoro Bosarte y el Centenario de «La Tía fingida»*. Julio, pág. 82; Agosto, pág. 21.

ARAUJO (Fernando).—*Revista de Revistas*. Enero, pág. 176; Febrero, pág. 166; Marzo, pág. 167; Abril, pág. 166; Mayo, pág. 172; Junio, pág. 185; Julio, pág. 165; Agosto, pág. 180; Septiembre, pág. 187; Octubre, pág. 175; Noviembre, pág. 169; Diciembre, pág. 171.

BECKER (Jerónimo).—*Relaciones hispanoamericanas*. Marzo, página 113; Septiembre, pág. 25; Noviembre, pág. 54.

BENOT (E.).—*Signo de pasiva «se»*. Mayo, pág. 104.—*El análisis atomístico-gramatical*. Junio, pág. 57.—*Uso de los modos y tiempos*. Agosto, pág. 56.—*Estudio aislado de las palabras*. Noviembre, pág. 88.—*¿Hay semivocales?* Diciembre, pág. 129.

- DANILEWSKY (Gregorio).—*La princesa Tarakanoff* (novela). Febrero, pág. 5; Marzo, pág. 5; Abril, pág. 5.
- DORADO (P.).—*Notas bibliográficas*. Enero, pág. 203; Febrero, página 202; Abril, pág. 197.—*El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo*. Noviembre, pág. 24.
- ECHEGARAY (José).—*Recuerdos*. Enero, pág. 59; Febrero, pág. 55; Marzo, pág. 81; Abril, pág. 33; Mayo, pág. 77; Junio, pág. 43; Julio, pág. 52; Agosto, pág. 101; Septiembre, pág. 62; Octubre, pág. 56; Noviembre, pág. 73; Diciembre, pág. 5.
- ELOLA (José de).—*Estudios de sinonimia inversa*. Noviembre, página 5.
- GÓMEZ DE BAQUERO (E.).—*Crónica literaria*. Enero, pág. 166; Febrero, pág. 155; Marzo, pág. 157; Abril, pág. 156; Mayo, página 162; Junio, pág. 176; Julio, pág. 155; Agosto, pág. 171; Septiembre, pág. 178; Octubre, pág. 167; Noviembre, pág. 158; Diciembre, pág. 162.
- GONZÁLEZ BLANCO (Edmundo).—*El evemerismo de Spencer*. Enero, pág. 113.—*Las ilusiones sobre el problema social*. Marzo, página 40.—*Las aspiraciones típicas de la anarquía contemporánea*. Abril, pág. 67.—*La evolución religiosa del pueblo japonés*. Mayo, pág. 56.—*El individualismo de Nietzsche y la teoría sociológica del genio*. Octubre, pág. 5.
- GONZÁLEZ BLANCO (Pedro).—*Notas bibliográficas*. Julio, pág. 205.
- GONZÁLEZ REBOLLAR (Hipólito).—*El pueblo español ante la reforma social*. Febrero, pág. 86.
- GOROSTIZAGA (L. de).—*Notas bibliográficas*. Mayo, pág. 203.
- HINOJOSA (Eduardo de).—*La servidumbre de la gleba en Aragón*. Octubre, pág. 33.—*El Código de Hammurabi*. Diciembre, pág. 31.
- HISPANUS.—*Lecturas americanas*. Enero, pág. 148; Febrero, página 136; Marzo, pág. 140; Abril, pág. 132; Mayo, pág. 140; Junio, pág. 148; Julio, pág. 135; Agosto, pág. 150; Septiembre, página 157; Octubre, pág. 149; Noviembre, pág. 135.
- IGNOTUS.—*Nuestro sistema de recompensas militares*. Febrero, página 37.—*El romanticismo en el Ejército y la recluta de oficiales*. Septiembre, pág. 5.

- MARTÍNEZ OLMEDILLA (Augusto).—*La trata de blancas*. Diciembre, pág. 76.
- MENÉNDEZ Y PELAYO (M.).—*Indagaciones y conjeturas sobre algunos temas poéticos perdidos*. Enero, pág. 94.—*Libros de caballerías catalanes*. Diciembre, pág. 111.
- MEREJKOWSKY (Dmitry de).—*La muerte de los dioses (La novela de Juliano el Apóstata)*. Agosto, pág. 114; Septiembre, pág. 76; Octubre, pág. 77; Noviembre, pág. 100.
- MORILLO (Antonio).—*Notas bibliográficas*. Febrero, pág. 203; Marzo, pág. 200.
- NAVAS (Conde de las).—*Artículos de primera necesidad. Chocolate*. Julio, pág. 29.—*Amigos y enemigos del libro*. Noviembre, página 40.
- PARÍS (Gastón).—*Roncesvalles*. Abril, pág. 116; Mayo, pág. 32.
- PÉREZ DE GUZMÁN (Juan).—*Páginas de la historia del periodismo (de 1820 á 1823)*. Enero, pág. 73.—*El magisterio de la prensa en España*. Marzo, pág. 63; Abril, pág. 47.—*Las mocedades de D. Manuel Josef Quintana* (apuntes y datos inéditos para su biografía). Mayo, pág. 116.—*Los israelitas de origen español en el Oriente de Europa. La conservación de la lengua castellana entre ellos y su inclinación hacia España*. Julio, pág. 5.
- PITOLLET (Camille).—*Cosas de Francia (opiniones de Diego Gabacho)*. Mayo, pág. 91.
- POSADA (Adolfo).—*La discusión del presupuesto de Instrucción pública*. Febrero, pág. 70.—*La actividad legislativa de las Cortes*. Abril, pág. 98.—*La doctrina orgánica de las sociedades*. Julio, pág. 65.
- RINCÓN (José).—*Notas bibliográficas*. Diciembre, pág. 202.
- SANTACRUZ (Pascual).—*El carácter del pueblo español*. Julio, página 109.
- SEMPERE Y OLIVARES (José María).—*Notas bibliográficas*. Enero, pág. 204; Marzo, pág. 198.
- TECHEKHOFF (Antón).—*En la hondonada* (novela). Enero, pág. 5.
- TECHEKHOV (Antón).—*Desolación*. Febrero, pág. 129.—*Una fiebre tifoidea*. Marzo, pág. 34.—*Vanka*. Mayo, pág. 5.

-
- TERÁN (Luis de).—*Notas bibliográficas*. Julio, pág. 203.
- TWAIN (Marc).—*El robo del elefante blanco*. Junio, pág. 5.—*La gran revolución de Pitcairn* (cuento). Julio, pág. 121.
- UNAMUNO (Miguel de).—*La locura del doctor Montarco*. Febrero, pág. 114.—*Intelectualidad y espiritualidad*. Marzo, pág. 98.—*Sobre la filosofía española* (diálogo). Junio, pág. 28.—*¡Plenitud de plenitudes y todo plenitud!* Agosto, pág. 5. *Sobre la soberbia*. Diciembre, pág. 17.
- UÑA Y SARTHOU (Juan).—*El descanso dominical en el Imperio Alemán*. Septiembre, pág. 53.
- VALLE PASCUAL (Luis del).—*El problema del trigo*. Junio, pág. 96.
- WILDE (Oscar).—*El cumpleaños de la infanta* (cuento). Mayo, página 10.—*El Niño-Estrella*. Diciembre, pág. 143.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	5
<i>Sobre la soberbia</i> , por Miguel de Unamuno.....	17
<i>El Código de Hammurabi</i> , por Eduardo de Hinojosa.....	31
<i>El Niño de la Guardia y su martirio, según los documentos</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos.....	42
<i>La trata de blancas</i> , por Augusto Martínez Olmedilla.....	76
<i>Libros de caballerías catalanes</i> , por M. Menéndez y Pelayo.....	111
<i>¿Hay semivocales?</i> , por Eduardo Benot.....	129
<i>El Niño-Estrella</i> , por Oscar Wilde.....	143
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	162
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	171
<i>Notas bibliográficas (Castilla, por Leonardo Williams)</i> , por José Rincón.....	202
<i>Índice general por orden alfabético de autores</i>	204